AFORISMOS

LEONARDO DA VINCI

Prólogo

Los extractos de la obra escrita de Leonardo de Vinci que componen este volumen han sido preferentemente elegidos entre los pu-blicados, por Edmundo Solmi en su compila-ción titulada Leonardo da Vinci, Frammenti letterari o filosofici (Firenze, G. Barbera edito-re, 1900) y los coleccionados por Luca Bel-trami (vol. XXII de la serie de Gli Immortali, Istituto Editoriale Italiano, s. f.). Hemos utili-zado, además, la publicación de J. P. Richter en dos espléndidos volúmenes, profusamente ilustrados y provistos de abundantes comen-tarios históricos, biográficos, gramaticales: The Literary Works L. da V. Compiled by Jean Paul Richter, second edition, revised by J. P.

Richter, and Irma A. Richter, Oxford University Press, 1939. Esta notable colección contiene los textos originales y su traducción ingle-sa (no siempre rigurosamente fiel). Hemos consultado frecuentemente, y siempre con provecho, la concienzuda y erudita traducción alemana de María Herzfeld: Leonardo da Vinci, der Denker, Forscher und Poet, verlegt bei Eugen Diederichs, Iena, 1926.

En fin, la traducción francesa de Péladan (Ed. du Mercure de France, 1907) nos ha servido guía para la clasificación y distribución metódica de la materia. Ése es el único méri-to de la pretendida traducción de Péladan, emprendida sin el más vago conocimiento no ya de la lengua de Vinci, pero ni siquiera de la lengua italiana en general. He aquí algunas perlas, tomadas al azar, en esta pretendida traducción, ejemplo único de audacia y de ignorancia:

Petroso, parent; brutezza, brutalité; resta, résiste; inverso a, a la l'inverse de; insensi-bile, animé; poscia che, malgré que; nomi, hommes; riverte, révéle; li semplici naturali, les sciences naturelles; debita, débile; capel-lo, chapeau; il calar, la chaleur; tortora, tor-ture; apre la strada, elle est apre la voie; pentimenti, pétillements; li pota, le boit; fer-mare, fermer; civetta, civette, y mil otros desatinos semejantes.

Leonardo no es, ciertamente, lo que suele llamarse un autor fácil. En todo caso, hay que reconocer que no es un autor fácil de traducir. Sin contar las formas y giros dialectales que dan sabor a su prosa, pero oscurecen a veces el sentido, su olímpico desprecio por la gramática y la retórica le hace acumular en una sola página de solecismos y bruscos cambios de tema que no podrían trasladarse a otra lengua sin afectación intolerable. Hay que resignarse, pues, a parafrasear, eludien-do en lo posible los dos escollos que amena-zan a toda traducción: fea casi siempre, si pretende ser fiel; e infiel, si quiere ser bella.

Finalmente, la originalidad de muchas de sus geniales ideas altera -hay que confesarlo- con la copia casi literal de pensamientos ajenos y con pensamientos propios de escasísimo valor. Hemos preferido, sin embargo, incluir también, siguiendo el ejemplo de todos los compiladores y traductores de la obra de Leonardo, estos lamentables ejemplos de mal gusto, a fin de dar en sus varios aspectos una imagen imparcial y completa de la producción del más desigual, quizá, de todos los grandes escritores conocidos.

E. GARCÍA DE ZÚÑIGA.

LEONARDO AL LECTOR

1.- Considerando que no podía encontrar una materia de gran utilidad o agrado, puesto que los hombres nacidos antes que yo habían tomado para sí todos los temas útiles y necesarios, haré como el que, a causa de su pobreza, llega el último a la feria y, no pudiendo surtirse de otro modo, compra cosas ya vistas por los otros y desechadas por ellos a causa de su escaso valor.

2.- Emplearé en la adquisición de esa mercadería despreciada, rechazada y proveniente de muchos mostradores, mi escaso peculio, y así recorreré no las grandes ciudades, sino los pobres caseríos, distribuyendo las cosas de que dispongo y recibiendo por ellas el precio que merecen.

3.- Empezado en Florencia, en la casa de Braccio Martelli, el 22 de marzo de 1508, to-do esto forma una recopilación sin orden de muchas hojas sueltas, a la espera de clasifi-carlas según la materia de que tratan. Creo que, antes de llegar al fin, repetiré muchas veces las mismas cosas. Si ello ocurre, no me critiques, lector. Las cosas son en gran nú-

mero y la memoria no puede reténerlas todas. Yo no quisiera escribir lo que ya he dicho; mas para no incurrir en ese error, sería menester que cada vez que agrego algo, re-leyese todo lo pasado, lo que me ocuparía mucho tiempo, pues escribo a largos intervalos y fragmento por fragmento.

4.- Que no me lea quien no sea matemáti-co, porque yo lo soy siempre en mis principios.

Teodicea

5.- Te bendigo, Señor, ante todo por el amor que, de acuerdo con mi razón, debo sentir por ti; y luego, porque Tú sabes abreviar o prolongar la vida de los hombres.

6.- Tú vendes, ¡oh Dios!, todos los bienes a los hombres al precio de su esfuerzo.

7.- ¡Admirable justicia la tuya, Causa Primera! Tú no has permitido que ninguna fuerza falte al orden y calidad de sus efectos necesarios.

8.- ¡Quiera Nuestro Autor que yo haya demostrado bien la naturaleza del hombre y sus facultades, mediante mis figuras descrip-tivas!

9.- Que el Señor, luz de todas las cosas, se sirva iluminarme, a fin de que yo trate dignamente de la luz.

10.- No tocaré a las sagradas escrituras, porque ellas son la suprema verdad.

11.- El amor a un objeto, cualquiera que sea, es hijo de su conocimiento. El amor es tanto más ferviente cuanto más cierto es el conocimiento; pero la certidumbre nace del conocimiento integral de todas las partes, que reunidas forman el todo que debe ser amado. Si no conoces a Dios, no podrás amarlo; si lo amas por el bien que de Él esperas y no por su virtud soberana, imitas al perro que menea la cola y festeja con sus saltos a quien le va a dar un hueso; si el animal conociera la superioridad del hombre, lo amaría mejor.

12.- ¿Cuál es la cosa que cesaría de existir si se la pudiera definir? El infinito, que sería finito si pudiera ser definido. Porque definir es limitar la cosa definida con otra que la cir-cunscribe en sus extremos, de modo que lo que no tiene términos no puede ser definido.

13.- La verdad es de tal excelencia que, cuando elogia pequeñas cosas, las ennoblece.

14.- Hay, sin duda, la misma proporción de la mentira y la verdad que de las tinieblas a la luz; y la verdad es tan elevada esencia que, aun si se aplica a materia humilde y ba-ja, sobrepasa incomparablemente las vagas y mentirosas amplificaciones y los más grandes y sublimes discursos. Aunque nuestro espíri-tu, en efecto, tenga a la mentira por quinto elemento (agregado a los cuatro que componen el mundo: aire, tierra, fuego y agua), no deja de ser cierto que la verdad es la soberana alimentación no de los espíritus vagabun-dos, pero sí de las inteligencias agudas. Mas tú, que vives de ensueños, preferirás los so-fismas y las mentiras de los charlatanes en las cosas grandes e inciertas, a las verdades naturales, bien que menos pretenciosas.

15.- ¡Oh, contemplador!, yo no te ensalzo porque conoces las cosas ordinarias que la naturaleza dirige por sí misma; pero te envi-dio cuando alcanzas a descubrir el fin de las cosas impresas en tu mente.

16.- La proporción entre la obra humana y la naturaleza es la misma que media entre el hombre y Dios.

17.- Con poca esperanza pueden los míseros estudiosos aguardar el premio de su virtud. En tal caso me encuentro yo, seguro de incurrir en no pocas enemistades, ya que ninguno creerá lo que yo pueda decir de él.

Muy contados son los hombres a quienes desagradan sus propios vicios; antes bien, sólo repugna generalmente el vicio a los que, por naturaleza, son contrarios a él; muchos odian a sus padres o pierden la amistad de quienes los reprenden, y no quieren saber de ejemplos de virtudes contrarias, ni oír ningún humano consejo.

18.- Si encontráis a un hombre virtuoso y bueno, no lo apartéis de vosotros; honradlo para que no tenga que huir de vosotros y refugiarse en desiertos o cavernas u otros lugares solitarios, lejos de vuestras insidias; miradlos como a dioses terrestres, merecedo-res de estatuas y simulacros.

19.- Pero cuidad de no hacer como en algunas regiones de la India, donde, si alguno de tales simulacros opera un milagro, o lo que allí creen ser un milagro, los sacerdotes lo cortan en trozos (son de madera) y lo ven-den a los habitantes; y cada uno pulveriza la parte que le ha tocado, la esparce sobre el primer manjar que come y se queda persua-dido de haber devorado su Santo, que lo pro-tegerá de todo peligro.

20.- En el número de los tontos, hay una secta de hipócritas que se dedican continuamente a engañarse a sí mismos y a engañar a los otros, más a los otros que a sí mismos, aunque de hecho se engañan más a sí mismos que a los otros. Y son éstos los que reprenden a los pintores, porque estudian los días de fiesta cosas atingentes al verdadero conocimiento de todas las figuras con que se muestran las obras de la naturaleza y, solíci-tamente, se ingenian en adquirir ese conocimiento hasta donde les es posible.

21.- ¡Callen los tales reprensores, que éste es el modo de conocer al Operador de tantas cosas admirables, y de amar a tan sublime Inventor! El gran amor nace del gran conocimiento de la cosa que se ama; y si tú no la conoces, poco o nada podrás amarla; y si la amas por el provecho que de ella esperas y no por su virtud suma, harás como el perro que menea la cola y hace fiestas a quien puede darle un hueso. Pero si conociese la virtud de su amo, lo amaría bastante más, siempre que ella respondiera a su propósito.

22.- Siendo los hechos más antiguos que las letras, no es de extrañar que en nuestros días no se encuentre ninguna

descripción escrita sobre los mares que ocuparon tantos países; y si alguna escritura aparecía, las guerras, los incendios, los diluvios de agua, las mutaciones de lenguas y de leyes han consumido toda antigüedad; pero nos bastan los testimonios de los seres nacidos en aquellas aguas saladas y que encontramos en altos montes alejados de los mares de entonces. Muchos tienen tienda abierta engañando a la necia multitud, y si alguien denuncia su impostura se le castiga.

Psicología

23.- En la descripción del hombre deben comprenderse los animales de la especie, tales como el mono, el babuino y muchos otros similares.

24.- La marcha del hombre tiene el carácter general de la del cuadrúpedo, que mueve las patas en cruz. Como el caballo que trota, el hombre agita sus cuatro miembros en cruz: si adelanta el primero el pie derecho, adelantará al mismo tiempo el brazo izquierdo, o viceversa.

25.- Los antiguos llamaban al hombre un mundo menor, designación justa, porque está compuesto de tierra, agua, aire y fuego como el cuerpo terrestre, y a él se asemeja. Si el hombre tiene sus huesos, que le sirven de armadura y sostienen su carne, el mundo tiene sus rocas que sostienen su tierra; si el hombre tiene dentro de sí un lago de sangre, donde crece y decrece el pulmón para su respiración, el cuerpo de la tierra tiene su mar océano que, cada seis horas, crece y decrece también para su respiración; si de aquel lago de sangre derivan las venas que van ramificándose por todo el organismo, análogamente el mar océano llena el cuerpo terrestre con innumerables venas de agua; pero faltan a nuestro globo los nervios, que no le han sido dados porque ellos están destinados al movimiento, y el mundo, en

su perpetua estabi-lidad, carece de movimiento, y donde no hay movimiento los nervios son inútiles. Pero, en todo lo demás, el hombre y el mundo son semejantes.

26.- Si la naturaleza hubiera fijado una so-la regla para la calidad de los miembros, las fisonomías de todos los hombres serían semejantes, y no sería posible distinguirlas unas de otras; pero ella ha variado de tal modo las cinco partes del rostro que, aunque haya establecido una regla general para la proporción, no ha seguido ninguna para la calidad; de manera que es fácil reconocer cada semblante.

27.- Yo he encontrado en la constitución del cuerpo humano, como en la de los otros animales, la más obtusa y grosera inventiva.

Compuesto sin ingenio, de instrumentos en parte inapropiados para recibir el vigor de los sentidos.

28.- Como los ojos de la especie leonina ocupan una gran parte de la cabeza, los nervios ópticos comunican inmediatamente con el cerebro. En el hombre pasa lo contrario: los agujeros de los ojos toman poco lugar en la cabeza, y los nervios ópticos, livianos, largos, débiles, operan flojamente; el hombre ve poco durante el día y menos durante la noche; los animales citados ven mejor de noche que de día: cosa que no les molesta porque salen de noche y duermen de día, como hacen también las aves nocturnas.

29.- El ojo, a una distancia y en condiciones medias, se equivoca menos en su oficio que cualquiera de los otros sentidos, porque no ve sino por líneas rectas: las que componen la pirámide base del objeto y las que la conducen al ojo, como espero demostrarlo.

30.- En cambio, el oído suele engañarse en cuanto a la situación y distancia de sus objetos; porque las representaciones de éstos no llegan a él por líneas rectas, como para el ojo, sino por líneas tortuosas y reflejas; y ocurre muchas veces que las cosas remotas parecen más cercanas que las próximas, por culpa de los recorridos del sonido. La voz del eco, sin embargo, sólo por líneas rectas se encamina al oído.

31.- El olfato indica con menos certeza el lugar de donde procede un olor; pero el gusto y el tacto sólo tienen la exacta noción del objeto que tocan.

32.- El hombre posee gran razonamiento, pero en su mayor parte vano y falso; los animales lo tienen menor, pero útil y verídico, y más vale una pequeña certeza que un gran engaño.

33.- No me parece que los hombres grose-ros, de costumbres bajas y de poco ingenio, merezcan tan bello organismo ni tal variedad de rodajes como los hombres especulativos y de gran talento. Los primeros no son más que un saco a donde entra y de donde sale lo que comen, pues nada me prueba que participen de la naturaleza humana, salvo en la voz y en la figura; en todo lo demás son bastante semejantes a las bestias. Debiera llamárseles fabricantes de estiércol y rellenadores de le-trinas, porque no es otro su oficio en el mundo. Ninguna virtud ponen en práctica. Letri-nas llenas, es todo lo que queda de su paso por la Tierra.

34.- El alma parece residir en la inteligencia, y ésta en el lugar a donde concurren todos los sentidos, el cual se llama común sentido o cerebro. El alma no está toda en todo el cuerpo, como muchos han creído, sino toda ella en el cerebro, porque si estuviera desparramada en todas partes, o toda en cada parte, los instrumentos de los sentidos no

necesitarían concurrir a un solo lugar; antes bien bastaría que el ojo llenara el oficio de la sensación sobre su propia superficie, sin tener que mandar por la vía de los nervios ópticos, hasta el cerebro, la representación de las cosas vistas; pues el alma, por las razones dichas, podría sentirlas en la superficie del ojo.

35.- De un modo semejante, al sentido del oído bastaría la voz que resuena en las concavidades porosas del hueso pétreo, que se halla en el oído, sin que fuera necesario que ella recorriera el camino hasta el cerebro.

36.- El sentido del olfato se ve también necesariamente obligado a concurrir al cerebro. Las sensaciones del tacto pasan por los nervios al cerebro, y estos nervios se derraman en infinitas ramificaciones hasta la piel que circunda los miembros del cuerpo y las vísceras.

37.- Los nervios transmiten también la sensación y la voluntad a los músculos, los cuales obedecen, actualizando su obediencia en contracciones y tumefacciones Los nervios se internan, a través de los músculos, hasta los extremos de los dedos, y llevan finalmente al cerebro la sensación táctil.

38.- Los músculos con sus tendones obedecen a los nervios, como los soldados a sus capitanes; y los nervios están subordinados al cerebro, como los capitanes al supremo comandante; la coyuntura obedece, pues, al tendón, el tendón al músculo, el músculo al nervio y el nervio al cerebro. El cerebro es el sitio del alma, cuya proveedora es la memoria y cuya consejera es la sensibilidad.

39.- El común sentido (que reside en el cerebro) juzga de las cosas que los otros sentidos le transmiten y entra en acción mediante las mismas. Los objetos exteriores mandan sus imágenes a los cinco sentidos, las cuales son transferidas a

la sensibilidad y percepción, y de ésta al común sentido; y después de ser allí examinadas, pasan a la memoria, que las conserva más o menos, según la potencia de cada una.

40.- Los cinco sentidos son: la vista, el oí-

do, el tacto, el gusto y el olfato.

41.- Los antiguos pensadores habían llegado a la conclusión de que la facultad de juzgar concedida al hombre tiene su causa en un instrumento al que se refieren los otras cinco mediante la percepción, y a dicho instrumento designaron con el nombre de co-mún sentido, afirmando que se halla situado dentro de la cabeza. Le aplican este hombre de común sentido sólo porque él es el juez común de los otros cinco sentidos, a saber: vista, oído, tacto, gusto y olfato. El común sentido entra en acción mediante la percepción, que se halla entre ella y los sentidos. La percepción es excitada por las imágenes que le envían los instrumentos superficiales, es decir, los sentidos, colocados entre las cosas exteriores y la percepción, y actuados a su vez por los objetos. Los objetos también mandan sus imágenes a los sentidos, los sentidos las transfieren a la percepción, ésta al común sentido y de allí pasan a la memoria, en la cual permanecen más o menos según la importancia o poder de cada una.

42.- La naturaleza ha distribuido en el cuerpo del hombre los músculos, que estiran los tendones y mueven los miembros de acuerdo con la voluntad y deseo del común sentido, a semejanza de los oficiales distribuidos por su señor en varias provincias y ciudades, los cuales en dichos lugares lo representan y obedecen a su voluntad. Y el oficial que una vez haya obedecido a las indi-caciones directas de su señor, hará después espontáneamente, en igual caso, lo necesario, sin desviarse de la voluntad superior.

43.- Así hacen frecuentemente los dedos que han aprendido muy dócilmente a ejecutar, con discernimiento, sobre un instrumento de música, una pieza cualquiera, y que sa-brán después tocarla sin intervención de aquella facultad.

44.- Esto te aparecerá claro si observas cómo agitan los paralíticos y los entumecidos de frío sus miembros temblorosos, su cabeza y sus manos, sin licencia del alma, la cual, con todo su esfuerzo, no podría impedirlo. Y

ello ocurre asimismo en los epilépticos y en los miembros mutilados, como por ejemplo en la cola de un lagarto separada del cuerpo del animal.

45.- Piensa, ¡oh lector!, lo que podemos creer de nuestros antepasados cuando han pretendido definir lo que es el alma y la vida, cosas indemostrables, porque no son cosas que la experiencia puede claramente conocer y probar, ya que durante tantos siglos han sido ignoradas o falsamente creídas.

46.- La esperanza y el deseo de repatriar-se y volver al primitivo estado, es como la luz para la mariposa; el hombre, con perpetuo deseo, aspira a nueva primavera, a un nuevo estado, a próximos meses y a nuevos años; y cuando llegan las cosas deseadas es demasiado tarde, y el hombre advierte que aspira así a su ruina.

47.- Pero este deseo es la quintaesencia de los espíritus elementales que se hallan encerrados, por el alma, en el cuerpo humano; el hombre aspira sin cesar a volver a su mandatario. Y es sabido que ese mismo deseo y esa quintaesencia son compañeros de la naturaleza, como el hombre es modelo del mundo.

48.- El hombre es víctima de una soberana demencia que le hace sufrir siempre, en la esperanza de no sufrir más; y la

vida le escapa mientras espera gozar de los bienes que ha adquirido al precio de grandes esfuerzos.

49.- Si queréis saber cómo habita el alma en el cuerpo, os bastará observar cómo usa el cuerpo de su cotidiana habitación: si ésta es desordenada y confusa, desordenado y confuso será el cuerpo poseído por el alma.

50.- Siempre se verán sobre la Tierra animales que combaten entre sí, con grandes perjuicios y frecuentemente la muerte para cada partido.

51.- Su malignidad no tiene límites; sus brazos salvajes arrojan por tierra los más grandes árboles de las selvas del mundo; y para conseguir el sustento que alimente sus deseos, desencadenarán la muerte, las penas, los dolores, las guerras y la devastación sobre todo ser viviente. En su prodigioso orgullo se elevarían contra el cielo, si el peso demasiado grande de sus miembros no los mantuviera sobre la Tierra. Nada, ni en la tierra, ni bajo ella, deja de ser perseguido, perturbado, aniquilado por ellos; pasan de un país a otro y el cuerpo de esta ralea se convierte en sepultura y pasaje de todos los cuerpos de animales muertos.

52.- ¡Oh, mundo!, ¿cómo es que no te abres para arrojar al fondo de tus barrancos, precipicios y abismos, y no mostrar más a la luz un monstruo tan cruel y tan implacable?

Moral

53.- Todos los males presentes y pasados puestos por el hombre en acción no satisfarí-

an el deseo de su ánimo inicuo. Yo no podría, aunque dispusiera de largo tiempo, describir su naturaleza.

54.- Digamos, para no salir de las cosas humanas, una suma crueldad, que no se observa en los animales terrestres, por cuanto entre ellos no los hay que devoren, otros de su propia especie, salvo por extravío del instinto, cosa que solamente ocurre entre los animales rapaces: leones, leopardos, panteras, lobos, gatos y otros animales semejantes, que a veces devoran a sus hijos.

55.- Pero tú no sólo comes a tus hijos, si-no también a tu padre, a tu madre, a tus hermanos, a tus amigos; y como eso no te basta, vas a lejanas islas a la caza de otros hombres, los castras para que engorden y los matas para satisfacer tu gula. ¿No produce acaso la naturaleza vegetales en cantidad suficiente, y no puedes, mezclándolos, preparar platos compuestos como los que describe Platina y otros autores de gastronomía?

56.- Los ambiciosos que no se contentan con el beneficio de la vida y la belleza del mundo, tienen por castigo el no comprender la vida y el quedar insensibles a la utilidad y belleza del universo.

57.- La sabiduría es hija de la experiencia.

58.- ¡Oh, dormilón!, ¿qué cosa es el sue-

ño? Es la imagen de la muerte. ¿Por qué, pues, no conduces a buen fin alguna obra que, después de muerto, te dé una semblanza de vida perfecta, a ti, que mientras vives te asemejas por el sueño a los míseros muertos?

59.- Una vida bien cumplida el siempre larga.

60.- Como un día bien empleado procura un dulce sueño, así una vida bien utilizada conduce a una dulce muerte.

61.- ¡Oh, tiempo!, por tu causa los duros dientes de la vejez, poco a poco y con lenta muerte, consumen todas las cosas. Elena, mirando al espejo las marchitas arrugas de la vejez en su rostro, dolíase y pensaba que había sido raptada dos veces.

62.- Los hombres buenos son naturalmente deseosos de saber.

63.- La adquisición de cualquier conocimiento es siempre útil al intelecto, que sabrá descartar lo malo y conservar lo bueno.

64.- Es imposible amar algo ni odiar algo, sin empezar por conocerlo.

65.- Adquiere en tu juventud de qué compensar el perjuicio de la vejez. Si comprendes que la vejez tiene por sustento la sabiduría, te esforzarás durante tus jóvenes años para que, en los últimos, no carezcas de alimento.

66.- Cornelio Celso: «El soberano bien es la sabiduría; el soberano mal es el dolor del cuerpo.» Pero compuestos como estamos de dos cosas: alma y cuerpo, de las cuales la primera es la mejor y la segunda la peor, y la sabiduría perteneciendo a la parte mejor y el sumo mal a la peor, será óptima cosa la sabiduría y pésima cosa el dolor del cuerpo. Por consiguiente, así como el sumo mal es el dolor corpóreo, la sabiduría es el sumo bien del alma en el hombre consciente: nada hay que pueda serle comparado.

67.- El conocimiento del tiempo pasado y del estado de la Tierra en él son el ornato y el alimento del espíritu humano.

68.- El renombre del rico termina con su vida; se recuerda el tesoro, pero no al ateso-rador. Muy otra es la gloria de la virtud de los mortales que la de sus tesoros.

69.- Cuántos emperadores y príncipes han pasado sin dejar recuerdo. Sólo se propusie-ron conquistar Estados y riquezas para que les sobreviviera su memoria. Cuántos, al contrario, vivieron pobres de dinero, para poder adquirir virtudes: y su deseo se ha cumplido en tanto cuanto la virtud sobrepasa a la riqueza.

70.- ¿No ves tú que el tesoro no honra a su acumulador, después de su vida, como hace la ciencia, que atestigua y proclama a su creador, porque es hija de quien la genera y no hijastra como la pecunia?

71.- Demetrio solía decir que no hay diferencia entre las palabras y la voz de los tontos ignorantes y los ruidos del vientre que provienen del exceso de gases.

72.- La lujuria es causa de la generación.

La gula mantiene la vida. El miedo o el temor la prolongan. El dolor es la salvación del organismo.

73.- Así como la animosidad entraña peligro para la vida, el miedo es causa de seguri-dad para ella.

74.- La paciencia obra contra la s injurias como los vestidos contra el frío. Si multiplicas los abrigos según la intensidad del frío, éste no podrá perjudicarte. Así, frente a las injurias, redobla la paciencia, y ellas no podrán alcanzarte.

75.- Nuestro juicio no aprecia las cosas hechas en distintos períodos de tiempo ni en distancia relativa; porque los hechos ocurridos antes nos parecen próximos y casi actuales, y otras muchas cosas muy vecinas en el tiempo nos parecen lejanas, porque tienen por antigüedad la época de nuestra juventud.

76.- He aquí una cosa que rechazamos cuanto más la necesitamos: el consejo. De mala gana lo escucha quien más lo necesitaría, a saber: el ignorante.

77.- He aquí otra cosa que más nos persigue cuanto más huimos de ella: la miseria, que en la medida que pretendemos evitarla nos agobia sin darnos reposo.

78.- Cuando la obra satisface al juicio, es una triste señal para el juicio; cuando la obra supera al juicio, éste es pésimo, como ocurre cuando alguien se maravilla de su trabajo; pero cuando el juicio supera a la obra, he ahí un signo perfecto; y si un joven se halla en tal disposición, llegará sin duda a ser un excelente artista, aunque sólo compondrá pocas obras, pero llenas de cualidades que detendrán a los hombres para admirar sus perfec-ciones.

79.- Quien no pone freno a su voluptuosi-dad, desciende al nivel de los brutos.

80.- El placer y el dolor pueden representarse aparejados, porque jamás están separados uno del otro: vueltos de espaldas, porque son contrarios uno al otro, y colocados sobre un mismo cuerpo, pues tienen el mismo fundamento, desde que el placer está en el esfuerzo contra el desagrado, y este último se halla en el fondo de todos los placeres. Y

lo figuramos con una caña en la mano, símbolo de la vanidad sin fuerza, pero cuyos pin-chazos son, no obstante, venenosos. Se emplean las cañas en la Toscana para soporte de los lechos, significando que ellos son el teatro de vanos ensueños, que en ellos se consume gran parte de la vida y se pierde mucho tiempo útil, especialmente en la mañana, cuando la mente está sobria y reposada, y el cuerpo apto para nuevas fatigas; y allí, en fin, nos entregamos a muchos vanos placeres, ya con la mente, imaginando cosas

imposibles, o gozando con el cuerpo de placeres que disminuyen la vitalidad. Es por estos motivos por los que la caña se emplea a tales fines.

81.- Si tú me dices que la visión impide la fija y sutil cogitación mental que penetra en las divinas ciencias, y que tal impedimento condujo a un filósofo a privarse de la vista, responderé que el ojo, como señor de los sentidos, cumple con su deber impidiendo las disputas confusas y engañosas, que nada tienen que ver con la ciencia y que van siempre acompañadas de ruidosas exclamaciones y grandes gestos; y el mismo deber incumbi-ría al sentido del oído, que sufre, más aún que el de la vista, de aquellas disputas; porque ellas malogran su deseo de concordancia entre los dos sentidos. Y si aquel filósofo se arrancó los ojos para razonar mejor, tal acto fue digno de fruto de su cerebro enfermo y de aquellas vanas disputas; porque todo ello fue locura. ¿No podía, en efecto, al entrar en semejante frenesí, haber cerrado los ojos y no abrirlos de nuevo hasta que el furor se calmase? ¡Pero el hombre estaba sin duda loco, y loco era su razonamiento que lo llevó estúpidamente a privarse de la vista!

82.- La parte tiende a reunirse con su todo para huir de su imperfección. El alma desea permanecer unida al cuerpo, porque, sin los instrumentos orgánicos del mismo, no puede obrar ni sentir.

83.- La cosa amada atrae al amante como lo sensible al sentido, hasta que se unen en un solo objeto. La obra es lo primero que nace de esa unión. Si la cosa amada es vil, el amante se torna vil. Cuando la unión conviene al que la realiza, resulta para él deleite, placer, satisfacción. Cuando el amante se une a la cosa amada, reposa en ella.

84.- De oscuras y tenebrosas cavernas saldrá una cosa que infundirá a toda la especie humana grandes inquietudes y peligros mortales. A muchos que lo buscarán, el oro dará, tras múltiples afanes, algunos placeres, y el que esté privado de él morirá entre su-frimientos y calamidades.

85.- Inspirará infinitas traiciones; arrastrará a todos los hombres a cometer asesinatos, robos y perfidias; sembrará la sospecha entre los partidarios, arrebatará el estado a las ciudades libres, quitará a muchos la vida, ene-mistará a los hombres entre sí con muchos artificios, engaños y traiciones.

86.- ¡Oh, animal monstruoso, cuánto mejor sería para los hombres que volvieses al infierno! ¡Por tu culpa las grandes selvas quedarán desnudas de sus vegetaciones e infinitos animales perderán la vida!

87.- Y tú, hombre, que consideras en este trabajo mío las obras admirables de la naturaleza, si admites que sería cosa nefanda destruirlo, piensa qué cosa nefandísima sería quitar la vida al hombre. Si juzgas que su composición corpórea es un maravilloso artificio, has de reconocer, sin embargo, que ella es nada, comparada con el alma que habita en semejante arquitectura; y, a la verdad, tal como es, es cosa divina. Déjala, pues, ocupar su obra a su gusto, y no quieras que tu cólera o malignidad destruya tan hermosa vida, pues quien no la estima no la merece. Es contra su voluntad como el alma se separa del cuerpo; y cuando lo hace, su queja y su dolor no son sin causa.

88.- Los médicos nos atribuyen enfermedades que ellos mismos no conocen.

89.- Si quieres conservar tu salud, lo conseguirás en la medida que sepas evitar a los médicos, porque sus remedios

son del mismo género que la Alquimia, la cual ha producido tantos tratados como la Medicina.

90.- ¡Oh, Naturaleza negligente! ¿Por qué eres tan parcial y no tratas a tus hijos como una buena madre, sino como una cruel e implacable madrastra? Veo a tus hijos entrega-dos al servicio ajeno, sin ninguna ventaja para ellos, recibiendo por remuneración del bien que nos hacen cruelísimos martirios, y agotando su vida en beneficio de su verdugo.

(Acémilas.)

91.- Los más duros trabajos, recompensa-dos por el hambre, la sed, el dolor, los garro-tazos, los puñetazos, las maldiciones y vil trato. (Los asnos.)

92.- ¿La belleza y la utilidad no pueden, acaso, ir juntos como en los castillos y en los hombres?

93.- Las bellezas y las fealdades aparecen más potentes las unas por las otras.

94.- ¡Oh, miseria humana, a cuántas cosas te sometes por el dinero!

95.- Tanto da hablar bien del malvado co-mo hablar mal del bueno.

96.- La constancia no está en empezar, si-no en perseverar.

97.- Un vaso de arcilla cruda, si se rompe puede repararse, pero no el de arcilla cocida.

98.- No siempre es bueno lo que es bello...

Ejemplo de este error dan los que hablan con elegancia, pero sin doctrina.

99.- Debes reprender en secreto a tu amigo y alabarlo en público.

100.- Pide consejo al que sabe corregirse a sí mismo.

101.- El mal que no me perjudica es como el bien que no me aprovecha.

102.- No reneguemos del pasado.

103.- Las amenazas sólo son armas para el amenazado.

104.- Quien no castiga el mal ordena que se haga.

105.- El que pretende enriquecerse en un día, se verá apremiado durante un año.

106.- He aquí una cosa que cuanto más se necesita menos se estima: el consejo.

107.- Mal haces si alabas, y peor si reprendes una cosa que no entiendes bien.

108.- La justicia requiere poder, inteligencia y voluntad, y se asemeja al águila.

109.- No existe mayor ni menor señorío que el sí mismo.

110.- Se expone a daños quien se gobier-na por el consejo de los jóvenes.

111.- Donde entra la ventura, la envidia le pone asedio y la combate. Cuándo nos abandona, nos deja el dolor y el arrepentimiento.

112.- Quien no estima la vida no la merece.

113.- Cosa bella mortal pasa y no dura.

114.- La hiedra tiene larga vida.

115.- Cuando la fortuna viene, tómala a mansalva y por delante, pues por detrás es calva.

116.- Las palabras que no satisfagan al oyente, le causan fastidio y disgusto; ello se manifiesta generalmente por copiosos bostezos. Cuando hables, pues, a hombres cuya benevolencia quieres captarte, si observas en ella tales muestras de aburrimiento, abrevia tu discurso o cambia de terna; si no lo haces, recogerás en vez de la benevolencia que deseas, odio y enemistad.

117.- Y si quieres saber lo que a uno deleita, sin necesidad de que te lo diga, háblale de diversos asuntos, y cuando lo observes escuchando atento, sin bostezos ni fruncimiento de cejas, ni otros signos semejantes, puedes estar seguro de que la cosa de que hablas es la que le deleita.

118.- Bien sé que por no ser yo literato, algún presuntuoso podrá razonablemente reprocharme mi falta de letras. ¡Gente necia!

Ignoran los tales que yo podría, como Mario a los patricios romanos, contestarles que los que a sí mismos se adornan con ajenos trabajos, son los que se niegan a concederme el mérito de los míos.

119.- Dirán que, por carecer de letras, no podré expresar bien lo que deseo. No saben ellos que mis cosas valen más por ser fruto de la experiencia y no de palabras ajenas, experiencia que fue maestra de los buenos escritores y que yo por tal la reconozco y no cesaré de alegarla en todos los casos.

120.- ¡Oh, tontería humana! ¿No echas de ver que aunque has pasado toda tu vida contigo mismo, no has logrado

reconocer lo que mejor posees, a saber: tu locura? Siguiendo la multitud de los sofistas, te engañas y en-gañas a los otros. Desprecias las ciencias matemáticas, que contienen la verdadera noción de las cosas que son de tu dominio; pasas luego a tratar de los milagros, pretendiendo saber cosas que escapan a la capacidad de la mente humana y no pueden demostrarse con ningún ejemplo natural; y piensas haber realizado un milagro cuando has deteriorado la obra de algún ingenio especulativo, sin ad-vertir que incurres en el mismo error que el que despoja una planta del ornamento de sus ramos, llenos de hojas, de olorosas flores y de frutas.

121.- Tal hizo Justino, abreviador de las Historias escritas por Trogo Pompeyo, que había relatado con admirable ornamento de arte las grandes hazañas de sus antepasados.

Compuso una obra desnuda y digna tan sólo de los espíritus impacientes, para quienes es perder el tiempo emplearlo útilmente en el estudio de las obras de la naturaleza y de las cosas humanas.

122.- Pero quédense ellos en compañía de las bestias; háganles cortejo los perros y otros animales rapaces, y corran junto con éstos tras los inocentes animales que, obligados por el hambre, en la época de las grandes nieves, se acercan a tu casa a pedirte limosna como a su tutor.

123.- Felices los que prestan oído a los muertos: leamos los buenos libros y ponga-mos en práctica sus enseñanzas.

124.- Ninguna investigación puede ya permitirnos escribir algo nuevo.

125.- Las ciencias imitables son aquellas en que los discípulos igualan al maestro y pueden producir frutos semejantes. Éstas son útiles al imitador, pero no alcanzan

tanta excelencia como aquéllas, que no pueden dejarse en herencia como otras sustancias.

126.- Entre las ciencias inimitables está en primer lugar la pintura. Ella no se enseña a quien no tiene don natural, al contrario de las matemáticas, en las que el discípulo recibe tanto cuanto el maestro le enseña; ni se copia como las letras, en las que tanto vale la copia como el original; ni se modela como en la escultura en la que el objeto modelado equivale al original; y en cuanto a la fecundi-dad de la obra, ésta no produce infinitos hijos como ocurre con los libros impresos. Sólo ella conserva su nobleza, sólo ella honra a su autor, y queda preciosa y única sin parir hijos iguales a ella.

127.- Como se ve a los soberanos reyes del Oriente andar velados y cubiertos, pensando que disminuiría su fama si publicaran y divulgaran su presencia, así vemos con frecuencia las pinturas que representan las divinas deidades, cubiertas con preciosos corti-nados, y no se las descubre sin previas solemnidades eclesiásticas de diversas músicas y cantos. Y apenas descubiertas, la gran multitud del pueblo congregado se prosterna adorando y pidiendo el restablecimiento de la salud perdida o la salvación eterna, ni más ni menos que si el Ser figurado por la pintura estuviera allí presente y vivo.

128.- Esto no pasa con ninguna otra ciencia u obra humana. Y si pretendieras que no es la fuerza del pintor la que entonces opera, sino la propia virtud de la cosa imitada, te responderé que, si así fuera, la imaginación podría satisfacerse quedándonos cómodamente en cama, en vez de emprender difíciles y peligrosos peregrinajes, como los que vemos hacer continuamente.

129.- Pero, si a pesar de todo, esos peregrinajes se realizan con tanta frecuencia,

¿qué motivo los decide sin necesidad? Ciertamente confesarás que ese motivo no es otro que el simulacro o pintura que representa en efigie y potencia la idea de la divinidad, y que tal resultado podrían alcanzar todas las escrituras imaginables. Parecería, pues, que esa idea ama tal pintura y a quienes la aman y veneran, y que se complace más en ser adorada en esa que en otra manera de imitación, y, en fin, que por ella concede gracias y dones de salud - según creen los que a tal lugar concurren.

La ciencia

130.- Se llama ciencia al discurso mental que toma su origen en los primeros principios, más allá de los cuales nada puede hallarse que forme parte de ella. La geometría, por ejemplo, que estudia la cantidad continua, empezando por la superficie de los cuerpos, viene a tener su origen en la línea, término de esas superficies; pero con esto no quedamos satisfechos, porque sabemos que la línea termina en el punto, y que el punto es la cosa más pequeña que podemos concebir.

131.- Luego el punto es el primer principio de la geometría, y no hay nada en la naturaleza ni en la mente humana que pueda dar principio al punto. Porque si dijeras que en el contacto establecido sobre una superficie por la agudeza última de la punta de un punzón se halla la creación del punto, esto no sería verdad, sino que diríamos que tal contacto es una superficie que circunda un centro, y que en ese centro reside el punto.

132.- Llamaremos mecánico al conocimiento engendrado por la experiencia, cientí-

fico al que empieza y termina en el espíritu, y, en fin, semimecánico al que nace de la ciencia y termina en

operación manual.

133.- Pero vanas y llenas de errores me parecen aquellas ciencias que no nacen de la experiencia, madre de toda certidumbre, ni terminan en una noción experimental; es decir, tales que, ni su origen ni su medio, ni su fin pasan por ninguno de los cinco sentidos.

134.- Si dudamos de cada cosa que pasa por los sentidos, cuánto más debemos dudar de las cosas rebeldes a esos sentidos, como la esencia de Dios, la del alma y otras cues-tiones similares, sobre las cuales siempre se discute y disiente. Y sucede en verdad que, donde falta el razonamiento, se le suple con palabrerío, cosa que no ocurre cuando se trata de cosas ciertas. Diremos, pues, que donde hay ruidosas discusiones no hay verdadera ciencia, porque la Verdad tiene un solo término, el cual una vez hallado y hecho público, el litigio queda destruido para siempre y, si resurge, es porque sólo hay ciencia mentirosa y confusa y no certidumbre nata.

135.- Pero las verdaderas ciencias son las que la experiencia ha hecho penetrar por los sentidos imponiendo silencio a los argumen-tadores y no nutriendo de sueños a sus investigadores; las que, sobre los primeros principios conocidos, proceden sucesivamente y con verdadera ilación hasta el fin, como se ve en los elementos de las matemáticas, o sea en el número y la medida (en la aritméti-ca y la geometría), que tratan con suma verdad de la cantidad continua y de la discontinua.

136.- Estudia primero la ciencia y sigue después la práctica, nacida de la ciencia.

137.- El que se enamora de la práctica sin ciencia, es como el marino que sube al navío sin timón ni brújula, sin saber

con certeza hacia dónde va.

138.- La práctica debe siempre ser edifica-da sobre la buena teoría.

139.- Acuérdate, cuando estudies el agua, de alegar primero la experiencia y después la razón. (A sí mismo.)

140.- Si tú dices que las ciencias reconoci-das verdaderas son de especie mecánica, por cuanto no pueden llevarse a fin de otro modo que manualmente, yo diré lo mismo de todas las artes que aplica el escultor, las cuales son de la especie del dibujo, que es sólo una parte de la pintura; pero también la astronomía y otras ciencias pasan por las operaciones manuales, aunque empiezan por ser mentales, como lo es la pintura, la cual reside primero en la mente del artista, pero no puede llegar a su perfección sin la operación manual.

141.- Huye de los preceptos de los especu-ladores cuyas razones no están confirmadas por la experiencia.

142.- Todo nuestro conocimiento nos viene de las sensaciones.

143.- Muchos creerán razonablemente po-derme censurar, alegando que mis pruebas van contra la autoridad de ciertos hombres, dignos de gran reverencia para su juicio in-experto, sin considerar que ellas vienen de la simple y mera experiencia, que es la verdadera maestra.

144.- Quien discute alegando la autoridad, no aplica el ingenio, sino más bien la memoria.

145.- Comer con desgana convierte el alimento en repulsivo manjar. Así, el estudio sin voluntad malogra la memoria, que no retiene entonces nada de lo que toma.

146.- Como el hierro, por falta de ejercicio, se cubre de herrumbre, y el agua se co-rrompe o se hiela por la misma causa, así el ingenio, sin ejercicio, se deteriora.

147.- Sabemos con certeza que la vista es uno de los más rápidos sentidos y que ella ve en un instante infinitas formas; sin embargo, sólo puede comprender una cosa por vez.

Pongamos por caso que tú, lector, abraces de una oleada esta página escrita. Reconocerás de inmediato que está llena de variadas letras, pero no distinguirás en tan breve tiempo qué letras son, ni lo que ellas signifiquen. Te será, pues, necesario ir tomando nota de esas letras, palabra por palabra y renglón por renglón. Del mismo modo, si quieres subir a lo alto de un edificio has de subir escalón por escalón, y sólo así llegarás a su cumbre.

148.- Digo, pues, que si Natura te endereza a este arte (la pintura), y si quieres lograr el verdadero conocimiento de la forma de las cosas, comenzarás por sus particularidades, y no pasarás a la segunda sin tener bien, en la memoria y en la práctica, la primera; si tal no haces, disiparás tu tiempo, y alargarás mucho el estudio. Recuerda que hay que aprender primero la diligencia, y después la presteza.

149.- Antes de avanzar en una investigación haré alguna experiencia, pues mi intención es alegar, ante todo, la experiencia, y demostrar luego, con el razonamiento, por qué tal experiencia ha de operar de tal modo.

150.- Y ésta es la regla verdadera, según la cual han de proceder los observadores de los efectos naturales. Por más que la naturaleza empiece por la razón y termine en la experiencia, nosotros debernos seguir la marcha contraria;

es decir, empezar, como lo expresé antes, por la experiencia, y con ella investigar la razón.

151.- Lo que es divisible de hecho, lo es también en potencia; pero no todas las cantidades divisibles en potencia lo son también de hecho.

152.- Estas reglas (del método experimental) te permitirán distinguir lo verdadero de lo falso. Ellas inducen a los hombres tan sólo a prometerse cosas posibles y moderadas. Ellas te librarán del velo de la ignorancia, la cual, impidiéndote comprobar el efecto (que buscas), sería para ti causa de desesperación y melancolía.

153.- ¿Qué es la fuerza? Digo que es una virtud espiritual, una potencia invisible; la cual, por una violencia accidental externa, es consecuencia del movimiento, se halla infundida en los cuerpos y los saca de su estado natural de reposo, comunicándoles una vida activa de maravillosa potencia.

154.- ¿Qué es la fuerza? Digo que es una potencia espiritual, incorpórea, invisible, la cual, con breve vida, se manifiesta en los cuerpos que, por una accidental violencia, se encuentran fuera de su estado de reposo natural.

155.- Toda acción hade ejercerse por movimiento.

156.- El movimiento es causa de toda vi-da.

157.- La gravedad, la fuerza y el movimiento accidental, junto con la percusión, son las cuatro potencias accidentales por las cuales todas las obras visibles de los mortales tienen su ser y su fin.

158.- Ningún objeto inanimado se mueve por sí mismo. Su movimiento le viene de otros.

159.- Todo movimiento natural y continuo desea conservar su curso, por la línea de su principio.

160.- Todo movimiento tiende a mantenerse; en otras palabras: todo cuerpo, una vez puesto en movimiento, seguirá moviéndose, en cuanto la impresión de la potencia de su motor se conserve en él.

161.- Cada uno mantiene violentamente su existencia.

162.- Si fuera posible abrir en la esfera de la Tierra como un pozo que, pasando por su centro, fuera de una a otra superficie, un cuerpo pesado que se dejara caer en dicho pozo no podría detenerse en el centro, sino que su ímpetu, durante años y años se lo impediría.

163.- El ímpetu es una potencia nacida del movimiento, y transmitida del motor al móvil, el cual móvil estará en movimiento mientras el ímpetu dure.

164.- El ímpetu es la impresión del movimiento transmitido del motor al móvil.

165.- Toda impresión tiende a perpetuar-se, es decir, desea permanecer.

166.- Que toda impresión desea permanecer se comprueba por la impresión que hace el sol en los ojos de quien lo mira, y en la impresión que hace el badajo golpeando la campana.

167.- Ninguna investigación humana puede llamarse verdadera ciencia si no pasa por la demostración matemática.

168.- Si tú dices que las ciencias que empiezan y terminan en la mente son verdaderas, ello no puede concederse, sino, antes bien, negarse, por muchas razones, y ante todo

porque en tales discursos mentales no interviene la experiencia, sin la cual no existe ninguna certeza.

169.- Equivocadamente se lamentan los hombres de la experiencia, acusándola con suma acritud de ser falaz. Pero dejad en paz a la experiencia y dirigid tales lamentaciones contra vuestra ignorancia, que os extravía con vanos y necios deseos, hasta prometeros de la experiencia cosas que no están en su poder. Así tachan, pues, los hombres de falaz a la inocente experiencia achacándole, sin razón, mentirosas demostraciones.

170.- La experiencia no engaña jamás. Só-

lo engañan vuestros juicios cuando de ella se prometen efectos que no pueden hallar su causa en nuestras experiencias. Porque, dado un principio, es necesario que cuanto de él se deduzca sea verdadera consecuencia de tal principio, a menos que exista impedimento; y si lo hay, el efecto que debía derivarse de dicho principio participará tanto más o tanto menos del impedimento, cuando éste supere a dicho principio o sea menos potente que él.

171.- Ninguna certeza existe allí donde no puede aplicarse alguna de las ciencias matemáticas o de las que están unidas con ellas.

172.- Todo cuerpo que se nutre, muere y renace continuamente. Porque el alimento sólo puede entrar a aquellos lugares donde el alimento anterior ha sido consumido, y donde no habría más vida si tú no reemplazaras con igual cantidad el alimento desaparecido. Pero si devuelves al cuerpo lo que ha consumido día a día, renacerá tanta vida cuanta se haya consumido; a semejanza de la luz de las candelas, nutrida por el sebo derretido que va continuamente restaurado, con veloz ayuda, el que la

llama consume; hasta que su esplendor se convierte en negro humo, y la luz muere apenas cesa el movimiento ascendente del humor que la nutre.

173.- El calor es causa del movimiento de lo húmedo; y el frío, de su inmovilidad; así se observa en la región fría del aire, que detiene las nubes.

174.- Donde hay vida hay calor; donde hay calor vital hay movimiento de humores.

175.- La ciencia instrumental o de las má-

quinas, es nobilísima, y útil más que todas las otras; por su mediación todos los cuerpos animados, capaces de movimiento, realizan sus operaciones. Esos movimientos nacen del centro de gravedad colocado entre pesos desiguales, y estos cuerpos poseen pobreza o riqueza de músculos y palancas y contrapa-lancas.

176.- La mecánica es el paraíso de las ciencias matemáticas, porque con ella se alcanza el fruto matemático.

177.- Cada instrumento (o medio) debe adaptarse a la experiencia.

178.- No es censurable mostrar, dentro del proceso ordenado de una ciencia, alguna regla general, inferida de una conclusión anterior.

179.- Entre los estudios de las causas y razones naturales, el de la luz es el que más deleita a los observadores. Entre las grandes cualidades de las matemáticas, la certeza de las demostraciones es la que más eleva e ilustra el ingenio de los investigadores.

180.- La perspectiva, por consiguiente, debe ocupar el primer puesto entre todos los discursos y disciplinas humanas. En su dominio, la línea luminosa se combina con las variedades de la demostración y se adorna glo-riosamente con las flores de la matemática, y más aún de la física. Sus resultados pueden detallarse analíticamente; pero me propongo encerrarlos en breves conclusiones, entrete-jiendo, según la modalidad de la materia tra-tada, demostraciones naturales y matemáticas, y deduciendo a veces los efectos de las causas, y otras veces las causas de los efectos.

181.- Aunque el tiempo se cuenta entre las cantidades continuas, siendo él invisible e incorpóreo, no cae bajo el dominio de la geometría, la cual divide los cuerpos en figuras y sólidos de infinita variedad, como se ve que ocurre constantemente en las cosas visibles y corpóreas; sólo coincide con ella en los primeros principios, a saber: el punto y la línea. El punto, en el tiempo, se traduce por el instante; y la línea se asemeja a un intervalo de tiempo; y así como los puntos son principio y fin de dicha línea, los instantes son término y principio de cualquier intervalo de tiempo dado; y si la línea es divisible al infinito, el intervalo de tiempo tampoco repugna a tal división; y si las partes en que se ha dividido la línea son proporcionales entre sí, también serán entre sí proporcionales las partes del tiempo.

182.- Antes de sacar de un caso aislado una regla general, experiméntalo dos o tres veces, observando si las experiencias producen los mismos efectos.

183.- Si se dejan caer simultáneamente varios cuerpos de igual peso y forma, los ex-cedentes de sus intervalos serán iguales entre sí.

184.- La precedente ley del movimiento debe comprobarse con la siguiente experiencia, a saber: Tómense dos castañas de igual peso y forma y déjeselas caer de una gran altura, de modo que, al iniciarse su caída, se toquen mutuamente; y observe el experi-mentador desde el suelo, si ellas se mantienen en contacto, o no, durante su caída. Y

hágase esta experiencia varias veces para que ningún accidente impida o falsee la prueba, evitando así que, siendo falsa la experiencia, pueda ella engañar al observador.

185.- No hay parte alguna de la astrología que no dependa de las líneas visuales y de la perspectiva, hija de la pintura -ya que es el pintor quien, por necesidad de su arte, ha creado dicha perspectiva-, en cuyas líneas se incluyen todas las varias formas de los cuerpos generados por la naturaleza y sin las cuales el arte del geómetra no existiría. Y si el geómetra reduce toda superficie circunscrita por líneas, a la figura del cuadrado, y todo cuerpo a la figura del cubo; y si la aritmética hace lo mismo con sus raíces cúbicas y cuadradas, estas dos ciencias sólo atienden a la noción de cantidad, continua o discontinua, pero de la calidad no se ocupan, la cual es belleza de las obras de la naturaleza y ornamento del mundo.

186.- Algunos comentadores censuran a los antiguos inventores de quienes nacieron las gramáticas y las ciencias, y se proclaman paladines contra los inventores de pasadas épocas; y porque no han logrado ser inventores ellos mismos, por pereza y porque juzgan más cómodo recurrir a los libros, procuran constantemente criticar con falsos argumentos a sus maestros.

187.- El buen juicio nace de la buena inteligencia y la buena inteligencia deriva de la razón, sacada de las buenas reglas;

y las buenas reglas son hijas de la buena experiencia: madre común de todas las ciencias y las artes.

La naturaleza

188.- Toda cosa desea naturalmente mantenerse en su ser.

189.- Muchas veces una misma cosa está sometida a dos influjos violentos: necesidad y potencia. Cae el agua, y la tierra la absorbe por necesidad de líquido; el sol la evapora no por necesidad, sino por potencia.

190.- En todo el universo cada cosa desea mantenerse en su naturaleza; por eso la corriente de agua en movimiento procura mantener su curso según la potencia que la impulsa, y si tropieza con un obstáculo, acaba, por un movimiento circular y torcido, el trayecto de su curso empezado.

191.- Todos los elementos, cuando están fuera de su sitio natural, desean volver a él, principalmente el fuego, el agua y la tierra.

192.- Toda acción natural se verifica por el camino más corto.

193.- Toda acción natural está realizada por la naturaleza misma del modo y en el tiempo más breve posible. Ninguna acción natural puede abreviarse, pues la naturaleza la genera del modo más breve posible.

194.- No es tan fuerte el mugir del mar tempestuoso cuando el septentrional aquilón lo agita en olas espumantes entre Escila y Caribdis; ni el estruendo de Stromboli o Mongibello, cuando las llamas de azufre, rom-piendo y abriendo violentamente la gran montaña, fulminan por los aires piedras y tierra que escapan junto con las llamas vomi-

tadas, o cuando las caldeadas cavernas de Mongibello, regurgitando el mal contenido elemento (el fuego) y lanzándolo a su región propia, se llevan furiosamente por delante cualquier obstáculo que se opone a su impetuosa furia... Y arrastrado por mi vivo deseo, ansioso de ver la gran mezcolanza de las variadas y extrañas formas creadas por la artificiosa naturaleza, después de rondar algún tiempo entre umbrosos peñascos, llegué a la entrada de una gran caverna, delante de la cual quedé por un rato estupefacto y sin saber lo que veía. Después, arqueando el lomo, con una cansada mano fija sobre la rodilla, hice sombra con la diestra a las pestañas que mantenía bajas y cerradas. Encorvándome muchas veces hacia un lado u otro, trataba yo de discernir algo allá dentro, sin poder lograrlo, a causa de la gran oscuridad interior. Después de estar así por cierto plazo, despertáronse en mí súbitamente dos cosas: miedo y deseo; miedo de la amenazadora y oscura caverna, deseo de ver si allí adentro, había alguna cosa de milagro.

195.- La necesidad es maestra y tutora de la naturaleza. Es su tema y la fuente de sus invenciones, su freno y su regla perpetua.

196.- ¿Por qué no dispuso la naturaleza que los animales no viviesen unos de la muerte de los otros?

197.- La naturaleza satisface su deseo y encuentra placer en crear continuamente vidas y formas, porque sabe que ellas acrecien-tan su material terrestre, y tiene más voluntad y prisa por crear que el tiempo por consumir; por eso ha dispuesto que muchos animales sean alimento unos de otros; y cuando ello no basta a su deseo, suele enviar ciertos vapores venenosos y pestilencias sobre las grandes multitudes y congregaciones de animales, y especialmente de hombres, que se reproducen en gran escala; y evita de ese modo que otros animales los devoren.

Suprimida así la causa, desaparece el efecto.

198.- Así, pues, en nuestra Tierra, es tanto mayor la pérdida de vidas cuanto más aumenta su multiplicación.

199.- Por la ya indicada y demostrada ra-zón, los efectos no se asemejan muchas veces a sus causas: los animales son ejemplo de la vida mundial.

200.- En las cosas muertas subsiste vida insensible; ellas recobran vida sensible e in-telectual cuando son absorbidas por el estó-

mago de los seres vivientes.

201.- Si la naturaleza ha hecho capaces de sufrir dolor a las almas vegetativas dotadas de movimiento (los animales), velando por la conservación de los instrumentos que el movimiento podría deteriorar o destruir, las almas vegetativas sin movimiento (las plantas), que no están expuestas a chocar contra obstáculos exteriores, no necesitan de tal defensa, y por esa razón se las puede romper sin ocasionarles dolor como a los animales.

202.- Si un árbol pierde una parte de su corteza, la naturaleza proveerá el remedio dirigiendo a esa parte del árbol una cantidad mucho mayor de savia; de manera que, para compensar la falta, hará crecer en ese punto una corteza mucho más fuerte que en cualquier otro; y la savia, llegada al lugar donde su socorro es necesario, surgirá en alto, pulu-lando y borbotando, como un agua que hier-ve impetuosamente.

203.- ¿Quién te mueve, hombre, a abandonar tus propias habitaciones de la ciudad, a dejar tus parientes y amigos, a ir por lugares campestres, por montes y valles, si no es la belleza natural del mundo, la cual, si bien lo consideras, sólo

con el sentido de la vista puedes gozar? ¿Y si el poeta pretende entonces rivalizar con el pintor, por qué no aprovechas la descripción que hace él de tales sitios, y te quedas en casa, al abrigo del excesivo calor del sol? ¿No conseguirías de ese modo algo más útil y menos fatigoso, dentro de un ambiente fresco, sin necesidad de movimiento, sin peligro de enfermedad? Sin duda; pero tu alma ya no podría gozar del beneficio de los ojos, ventanas de su habitación; no podría recibir las imágenes de los alegres sitios, no podría contemplar los umbrosos valles regados por los arroyos que serpentean juguetones, ni ver las variadas flores cuyos colores forman una armonía visual, ni, en fin, todas las otras cosas que solamente los ojos pueden percibir. Pero si el pintor en la estación fría y triste del invierno, te muestra esos mismos paisajes y otros que hayan sido teatro de tus placeres; si junto a alguna fuente puedes verte de nuevo, amante con tu amada, sobre los prados florecidos, bajo la dulce sombra de los verdes árboles, ¿no experimentarás un placer más grande que oyendo el mismo efecto descrito por el poeta?

204.- La costumbre de cortar las narices a los caballos, es cosa digna de risa. Los necios la practican como si creyeran que la naturaleza ha omitido algunas cosas necesarias, y que los hombres deben corregirla. Ella ha hecho las dos ventanas de la nariz -cada una de las cuales tiene un ancho igual a la mitad del diámetro del canal de los pulmones por donde se exhala el aliento-, si bien la boca, de no existir ellas, bastaría sobradamente a ese fin. Y si me preguntas por qué la naturaleza ha dotado a los animales de narices, cuando la respiración por la boca es suficiente, te contestaré que las narices sirven para usarlas cuando la boca está ocupada en mas-ticar el alimento.

Astronomía

205.- Afirman algunos escritores que las estrellas tienen luz propia, alegando que, si Venus y Mercurio no la tuvieran tal, cuando esas estrellas se interponen entre nuestros ojos y el sol, oscurecerían una parte del sol igual a sus tamaños aparentes. Pero esto es falso, por cuanto está probado que un cuerpo sin lumbre colocado frente a otro luminoso, queda rodeado y cubierto todo por los rayos laterales del resto de dicho cuerpo luminoso, y permanece, por consiguiente, invisible. Así se comprueba cuando se mira el sol a través de las ramificaciones de un árbol de hojas muy separadas unas de otras. Las ramas del árbol no interceptan entonces parte alguna del sol a nuestros ojos.

206.- Lo mismo ocurre, pues, con los mencionados planetas, los cuales, aunque privados de luz propia, no ocupan, según lo dicho, ninguna parte de sol para nuestros ojos.

Geología

207.- La Tierra es una estrella. Gracias a la esfera acuosa que la envuelve en gran parte, resplandece en el universo como un simulacro del Sol y a la manera de todas las de-más estrellas de cuyo conjunto forma parte.

208.- Nada nace donde no hay vida sensi-tiva, vegetativa o racional. Nacen las plumas sobre el cuerpo de las aves y cambian todos los años. Los pelos crecen sobre a piel de las bestias y cambian también todos los años, salvo en alguna parte, como en las barbas de los leones, gatos y otros animales semejantes. Nacen las hierbas sobre los prados y las hojas sobre los árboles, y en gran parte se renuevan todos los años. Podremos, pues, decir que la Tierra tiene alma vegetativa y que su carne es el suelo, sus huesos los órdenes y agregaciones de las rocas que forman sus montañas, sus tendones las tobas, su sangre las venas de agua. Podremos igualmente decir que al lago de sangre que

rodea el corazón corresponde el mar océano; que a la respiración y a las palpitaciones del pulso con el crecer y decrecer de la sangre, corresponde en la Tierra el flujo y reflujo del mar; que el calor del alma del mundo es el fuego oculto en su interior, y, en fin, que el alma vegetativa reside en el mismo fuego que en diversos lugares del globo caldea el agua de los baños termales y se muestra en sulfataras y volcanes, en Mongibello de Sicilia y en bastantes sitios más.

209.- Los cursos subterráneos del agua, así como los que se deslizan entre el aire y la tierra, desgastan y profundizan constantemente sus lechos.

210.- La tierra que arrastran los ríos se descarga en su desembocadura, es decir, que esa tierra, arrancada de la parte superior de su curso, se deposita en los últimos bajíos de su carrera.

211.- Donde abunda el agua dulce en la superficie del mar, es seguro presagio de la creación de una isla, que se descubrirá tanto más tarde o tanto más temprano, cuanto menor o mayor sea la cantidad de agua que surge.

212.- Y una isla se formará también por la acumulación de tierra o de rocas descom-puestas, causada por un curso subterráneo de agua en los sitios en que se detiene.

213.- Empieza por la definición del ojo.

214.- Mostrarás después cómo el centelleo de las estrellas tiene su causa en el ojo, y por qué ese centelleo es más pronunciado en unas que en otras, y de qué modo los rayos de la luz estelar afectan el ojo. Agrega después esta observación: que si el centelleo proviniera de las estrellas, como aparente-mente ocurre, su dilatación se igualaría al cuerpo de cada estrella; si ésta fuera mayor que la Tierra, resultaría que tal movimiento instantáneo sería, aun

entonces, bastante veloz para redoblar la magnitud de la estrella; prueba después cómo la superficie del aire en los confines del fuego y la superficie del fuego en su extremo, es la misma en que los rayos solares, penetrándola, tienen semejanza con los cuerpos celestes: de gran dimensión, cuando salen o se ponen, y peque-

ños cuando se hallan en el medio del cielo.

215.- Si miras las estrellas libres de toda irradiación (lo que puede conseguirse observándolas a través de un pequeño agujero hecho con la punta de una aguja delgada y colocado casi tocando el ojo), comprobarás que ellas son de tan mínimas dimensiones que nada menor puede concebirse. La gran distancia que nos separa de las mismas es realmente la causa de su proporcional disminución, por más que muchas de esas estrellas sean de magnitud infinitamente superior a nuestra Tierra.

216.- Que la Tierra no está en el centro de la órbita del Sol ni en el centro del mundo, sino en medio de sus elementos, a ella unidos y que la acompañan; y que, a un observador colocado en la Luna cuando ella y el Sol están debajo de nosotros, esta nuestra Tierra con su elemento acuoso, parecería hacer el oficio que hace la Luna para nosotros.

217.- La yema del huevo está en medio de la clara, sin caer de ningún lado. Ella es o más ligera, o más pesada, o de igual densidad que la clara. Si es más ligera, debería elevarse sobre toda la clara y detenerse cuando estuviera en contacto con la cáscara; si fuera más pesada, debería descender; y si fuera de igual peso podría estar en uno de los extremos, como en el medio o más abajo.

218.- El movimiento de los cuerpos pesados hacia el centro común no tiene por causa el propio deseo de llegar a ese

centro, ni una atracción semejante a la del imán ejercida por el centro sobre los cuerpos.

219.- ¿Por qué el peso no permanece en su sitio?

220.- ¿Por qué no está dotado de resistencia?

221.- ¿Y hacia dónde se moverá?

222.- Se moverá hacia el centro.

223.- ¿Y por qué no seguirá otra línea?

224.- Porque el peso, desprovisto de resistencia, descenderá por el camino más corto al centro del mundo, que es el sitio más bajo.

225.- ¿Y cómo sabrá hallarlo y con tanta brevedad?

226.- Porque no tendrá que ir, como lo haría un ser animado, vagando primero por diversas líneas.

227.- Fin del mundo: Quedando el elemento acuoso, rodeado por las riberas siempre más altas de los ríos y el mar reducido gra-dualmente por la invasión de las tierras, el aire circundante que cubría la masa reblande-cida de la Tierra -mantenido entre el agua y el fuego-, se verá privado del agua necesaria y con su volumen muy reducido. Los ríos perderán su caudal, el fértil suelo dejará de brotar sus gráciles frondas, los campos perderán el adorno de las plantas renovadas; los animales, no encontrando frescas hierbas que pacer, morirán; faltará la comida a las bestias rapaces: leones, lobos y otros animales que viven de la caza; y los hombres, agotados todos los expedientes, perecerán al fin, des-apareciendo de la Tierra el género humano.

Abandonada así la fértil y fructuosa Tierra, se tornará estéril y árida. No obstante, gracias al humor acuoso (encerrado en su vientre), y por obra de la vivaz naturaleza, continuará manifestando algo de su virtud productiva, hasta que, desaparecida la acción del aire sutil y frío, el fuego la consuma; su superficie se cubrirá entonces de cálidas cenizas, y éste será el fin de la vida terrestre.

228.- El litoral gana terreno avanzando constantemente hacia el medio del mar. Los escollos o promontorios se desmoronan y desgastan continuamente. Los mares interiores expondrán al aire sus fondos y sólo reservarán un canal para el río más caudaloso, que lo atravesará corriendo al océano a derramar en él sus aguas, junto con las de todos sus afluentes.

229.- ¡Oh tiempo, rápido devastador de las cosas creadas! ¡Cuántos reyes, cuántos pueblos has hecho desaparecer, cuántas mutaciones, cuántos diversos casos han ocurrido, desde que la maravillosa forma de este pez, muerto aquí en las cavernosas y retorcidas entrañas... y ahora, consumido por el tiempo, yace inmóvil en este oculto lugar, con los huesos descarnados y desnudos, convertido en armadura y sostén del monte superpues-to!

230.- Los mariscos son animales cuyo es-queleto es exterior. (Citado por Humboldt.) 231.- Como los acontecimientos son mucho más antiguos que las letras, no es de extrañar que no haya llegado a nuestra época noticia escrita que nos haga saber cómo el mar ocupó en otros tiempos tantos países; y si, con todo, alguna escritura aparecía, las guerras, los incendios, las inundaciones, los cambios de lenguas y de leyes, han destruido toda la Antigüedad; pero bástennos los testimonios que nos da el hecho de encontrarse hoy cosas provenientes de aguas saladas, en altos montes alejados de los mares de entonces.

232.- Hay quienes afirman que los mariscos fósiles provienen de animales nacidos por un influjo astral a gran distancia del mar, y que ese influjo astral hizo apto para crear animales fósiles el lugar en que nacieron.

233.- A ellos hay que responder que, si se admitiera, semejante influjo, sería a condición de no hallarse juntos sino animales de la misma suerte y edad, y no (como se observa) viejos con jóvenes, algunos provistos de cubierta (testáceos) y otros sin ella, unos rotos y otros enteros. Tampoco debieran, encontrarse algunos de estos mariscos fósiles llenos de arena de mar o de fragmentos grandes o chicos de otros mariscos. Ni veríamos el aparato bucal de un cangrejo sin el resto de su cuerpo; ni mariscos de otras especies prendidos a ellos en forma tal que parecen haber atacado su corteza o cubierta, sobre la cual se conservan vestigios semejantes a los que deja el teredo en la madera roída por él; ni aparecerían finalmente, entremezclados con esos mariscos, huesos y dientes de pescado en forma de saetas o de lenguas de serpiente, y miembros de diversos animales: todo lo cual nos obliga a reconocer que los tales mariscos fósiles fueron arrojados del litoral marítimo.

234.- Si dijeras que los mariscos fósiles que se ven en los confines de Italia, en nuestros tiempos, lejos del mar y a gran altura, están allí por causa del diluvio bíblico, te contestaré que, creyendo tú que el tal diluvio, superó en siete codos al monte más alto -

como escribió el que lo midió-, esos mariscos, que siempre están vecinos a las costas del mar, debieron quedar sobre las montañas y no tan cerca de su base y por capas a nivel.

235.- Si dijeras que, siendo los mariscos amigos de vivir en la proximidad del borde del mar, cuando éste creció, aquéllos aban-donaron su mansión primitiva para seguir la

creciente hasta su máxima altura, responderíamos que los mariscos no son más veloces que la limaza, antes bien son más lentos, e incapaces de nadar, recorriendo por día tres o cuatro brazas; y que, por consiguiente, hubieran necesitado para ir del mar Adriático hasta Monferrato en Lombardía, a 250 millas de distancia, mucho más de los cuarenta días que menciona el que llevó la cuenta.

236.- Si pretendieras afirmar que las ondas los transportaron, te contestaría que su peso les impide moverse, de otro modo que arrastrándose sobre el fondo; y si te niegas a concederme esto, tendrás que confesar por lo menos que ellos hubieran debido quedar en las cimas de los más altos montes o en los lagos que éstos encierran; como ser el Lago Mayor o los de Lario, Como, Fiésole, Perugia, etc.

237.- En conclusión, la existencia de estos fósiles tan tierra adentro sólo se explica ad-mitiendo que ellos nacieron en los sitios donde ahora se encuentran.

238.- Aclaremos, para terminar, la duda de si el diluvio acaecido en la época de Noé fue universal o no. Diremos las razones que demuestran que no lo fue. Según el relato bíblico, el diluvio consistió en una lluvia universal y continua que duró cuarenta días y cuarenta noches y elevó el nivel de las aguas seis codos por encima del monte más alto de la Tierra; y si efectivamente la lluvia fue universal, ella envolvió con sus aguas nuestra Tierra dándole una figura esférica. Pero una superficie esférica tiene todos sus puntos equidistantes de un centro, de donde resulta que el agua en las condiciones expresadas no podía moverse, porque el agua sólo se mueve descendiendo. ¿Cómo, pues, pudo el agua del diluvio escurrirse, si todo movimiento le estaba vedado, según acabamos de demostrarlo?

A falta de razones naturales, hay que apelar al milagro para resolver la duda, o decir que el agua fue evaporada por el Sol.

El agua, el aire y los volátiles 239.- El agua, humor vital de la terrestre máquina, se mueve mediante su calor natural.

240.- El agua es el vehículo de la naturaleza.

241.- Entre las causas más poderosas de perjuicios, pienso que los ríos con sus ruino-sas inundaciones ocupan el primer lugar; y no el fuego, como han querido algunos, por cuanto el fuego termina su vorágine cuando le falta el alimento, mientras que el movimiento del agua mantenido por la inclinación de los valles, sólo termina y muere en el último bajío del valle. El fuego perdura mientras halla con qué nutrirse; el movimiento del agua necesita de la pendiente para propagar-se. El alimento del fuego es desunido, y desunido y separado el daño causado, el cual cesa cuando falta aquél. La inclinación de los valles es continua, y, por consiguiente, es también continuo el perjuicio que ocasiona el devastador curso del río, hasta que su marcha se termine en el seno del mar, único reposo de la peregrinación de las aguas fluvia-les.

242.- Contra los ríos salidos de madre no existe defensa humana posible.

243.- Para exponer la verdadera ciencia del movimiento de los pájaros en el aire, hay que empezar por exponer la ciencia de los vientos, la cual se demuestra mediante el estudio de los movimientos del agua en sí misma; y esta ciencia de cosas inanimadas, servirá de escalera para llegar a la ciencia de los volátiles que se mueven en el aire y en los vientos.

244.- El agua que surge de los montes es como la sangre que presta vida a la montaña.

Si esa agua viene a derramarse a través de una perforación hecha en la montaña, la naturaleza, defensora de sus criaturas, obede-ciendo al generoso deseo de remediar a la falta de fluido derramado, prodigará entonces sus solícitos cuidados necesarios. De un mo-do parecido, cuando sufre una herida nuestro cuerpo, la sangre afluye abundante bajo la piel produciendo una tumefacción en el lugar golpeado; o, cuando cortamos una cepa de viña por su extremo superior, la naturaleza, mandará allí, desde las raíces, una reparado-ra corriente de savia; y si ésta se pierde, ella continuará, mientras pueda, suministrando el vital humor.

245.- El pájaro es un organismo que obra según leyes matemáticas; el hombre puede construir un organismo igual, dotado de los mismos movimientos, aunque de menor potencia y capacidad para mantenerse en equilibrio. Diremos, pues, que a tal instrumento fabricado por el hombre, sólo le faltaría el alma del pájaro, la cual debería ser remedada por el alma del hombre.

246.- El alma obedecerá mejor, sin duda, a los miembros del pájaro y a sus necesidades, de lo que podría hacer el alma del hombre separada de aquel organismo artificial, principalmente en los movimientos de balan-ceamiento apenas sensibles. Pero observando cómo el pájaro provee a una gran variedad de movimientos perceptibles, podremos juzgar por esa comprobación, que también aquellos movimientos casi imperceptibles del pájaro, acabarán por llegar a conocimiento del hombre, y que él conseguirá evitar la ruina del instrumento mecánica de que se ha constituido en alma y guía.

247.- Es cosa explicable que los pájaros pequeños, de escaso plumaje, no soporten el inmenso frío que reina en las altas capas del aire donde viven los buitres, las águilas y otros grandes pájaros, vestidos de numerosas hileras de plumas.

248.- Además los pájaros pequeños, con sus alas sutiles y débiles, pueden sostenerse en el aire bajo, que es más denso, pero no podrían hacerlo en un aire ligero y de poca resistencia.

249.- El agua que tocas en la superficie de un río, es la última de la que pasó y la primera de la que viene: así el instante presente.

250.- Lo que mueve el agua en sus venas ramificadas, contra el curso natural de los graves, es la misma propiedad que mueve los humores en los cuerpos animados.

251.- Las olas del mar suelen huir del punto en que se forman, sin que haya desplaza-miento del agua. En eso se asemejan a las ondas que produce el viento en un campo de espigas, al que se ve ondular sin que ellas cambien de sitio.

252.- De cómo es posible por medio de un aparato, permanecer algún tiempo debajo del agua; por qué me niego a describir mi proce-dimiento para permanecer bajo el agua por todo el tiempo durante el cual me es posible prescindir de alimentarme. No lo publico y no quiero explicarlo, temiendo el carácter malvado de los hombres, que aplicarían este dis-positivo con fines de destrucción, empleándolo para despedazar desde el fondo del mar el casco de los buques y hundirlos junto con sus tripulaciones. He ideado otro aparato que no ofrece tal peligro y que consiste en un tubo cuyo extremo se mantiene sobre la

superficie del agua por medio de odres o de corchos, y permite al buzo respirar a través de él.

253.- He dividido el tratado de los pájaros en cuatro libros: el primero explica el vuelo que efectúa el pájaro sacudiendo sus alas; el segundo se ocupa del vuelo a favor del viento; el tercero, del vuelo en general de los murciélagos, peces, insectos; el cuarto, del vuelo artificial.

254.- El pájaro se hace pesado o liviano, según su voluntad.

255.- Como hace el hombre que se apoya con sus pies y su espalda contra las paredes de una chimenea mientras la deshollina, tal hace el pájaro con el borde del extremo de sus alas contra el aire en que éstas se apo-yan.

256.- Tanto trabajo efectúa el aire contra un objeto inmóvil, como el que se requiere para mover el objeto contra el aire inmóvil.

257.- Parece que me hallara destinado a escribir particularmente del buitre, porque uno de los primeros recuerdos de mi infancia me representa un buitre que, acercándose a mi cuna, viene hacia mí, me abre la boca con su cola y con ella me golpea muchas veces entre los labios.

258.- El extremo del ala del pájaro avanza en el aire como lo hace la extremidad del remo en el agua, o el brazo (o mejor la ma-no) del nadador debajo del agua.

259.- El movimiento simple de las alas del pájaro le es más fácil al subir que al descender; la mayor facilidad del movimiento hacia arriba se debe a dos causas: la primera consiste en que el peso (del pájaro), cuando desciende, hasta por sí solo para levantar las plumas un poco en alto; la segunda, en que, siendo las alas convexas hacia arriba y cón-cavas hacia abajo, el aire cede más fácilmente a la

presión de las alas en subida que en bajada, ya que ésta provoca una condensación del aire encerrado antes de que tenga tiempo de escapar.

260.- Cuando el pájaro desea girar sacudiendo las alas, hundirá más abajo en el aire el ala que está del lado hacia el cual quiere torcer su vuelo, y así el pájaro torcerá el curso de su vuelo de acuerdo con el ímpetu del ala que más se movió, y provocará en el aire del lado opuesto la agitación correspondiente.

Cuando el pájaro intenta elevarse en el aire a golpes de ala, levanta los hombros y oprime contra su cuerpo los extremos de sus alas.

Aumenta así la densidad del aire que se encuentra entre los extremos de las alas y el pecho del pájaro, cuya presión lo eleva en el aire.

261.- El buitre y los otros pájaros que agitan poco las alas en el vuelo, buscan siempre la corriente del aire; cuando el viento reina en las capas superiores de la atmósfera se los observa volando a gran altura; si reina en las capas inferiores, permanecen en ellas.

262.- Cuando hay viento, se ve al buitre golpear muchas veces el aire mientras vuela, de modo que sube y gana ímpetu, con el cual después, descendiendo un poco, va un largo trecho sin mover las alas; repite luego la ma-niobra, y avanza constantemente. Esos descensos sucesivos le permiten descansar del trabajo ocasionado por sus aleteos anteriores.

263.- Todos los pájaros que vuelan por empujes, se elevan a golpes de ala, y cuando descienden descansan, porque durante el descenso no mueven las alas.

264.- De los cuatro movimientos de reflexión e incidencia que hacen los pájaros, según las diversas direcciones del viento.

265.- El descenso oblicuo de los pájaros, cuando se produce contra el viento, ocurre siempre bajo el viento, y su movimiento re-flejo se hace sobre el viento. Pero cuando la caída se efectúa hacia el Este, con viento de tramontana (Nordeste), el ala de ese lado queda inmóvil bajo el viento y permanece también durante el movimiento de reflexión, de modo que al finalizar este movimiento el pájaro se hallará de frente al Nordeste.

Cuando el pájaro vuela hacia el Sur descendiendo, mientras sopla viento del Norte, efec-tuará esa caída sobre el viento, en tanto que su movimiento de reflexión se operará bajo el viento; pero a este propósito se ha discutido mucho, pues parece que en este caso un movimiento de reflexión es imposible.

266.- Cuando el pájaro hace su movimiento de reflexión, viento arriba, subirá a mucha mayor altura de la que corresponde a su ímpetu natural, luego que el viento favorable, en colaboración con dicho ímpetu, penetra por debajo desempeñando el papel de una cuña. Pero, llegado el pájaro al término de su movimiento ascensional, habrá consumido su ímpetu, quedándole entonces la sola acción favorable del viento, que torcería la trayectoria de su vuelo al dar contra el pecho del pá-

jaro, si no bajara éste su ala derecha o su ala izquierda, para volar hacia la derecha o hacia la izquierda, y descender en semicírculo.

267.- Para tu aparato de volar, el murcié-

lago te suministrará el mejor modelo; porque el tejido de sus alas constituye una armadura, o, mejor dicho, la ligazón de una armadura, semejante a la vela principal de un buque.

268.- Si imitaras, en cambio, las alas de los pájaros de pluma, éstas tienen huesos más potentes y más fuerte nervatura, porque son discontinuas, es decir, que sus plumas no están unidas entre sí y el aire puede pasar entre ellas; pero el murciélago tiene la ventaja de un tejido que hace de sus alas un todo solidario impenetrable al viento.

269.- El movimiento del pájaro artificial debiera verificarse siempre arriba de las nubes para evitar que las alas se humedezcan, para poder divisar más tierra y para prevenir el peligro de las corrientes de aire giratorias que reinan dentro de las gargantas de las montañas, donde hay siempre choques y tor-bellinos de viento. Además, si el pájaro diera en girar una y otra vez sobre sí mismo, tendrías en tales condiciones sobrado tiempo, siguiendo las reglas ya dadas, para endere-zarlo antes de tocar tierra.

270.- El pájaro mencionado ha de ser capaz de elevarse a grandes alturas con ayuda del viento, y esto le proporcionará la seguri-dad necesaria; pues aun en el caso de produ-cirse los movimientos giratorios aludidos antes, tendrá tiempo para recuperar su situación de equilibrio, con tal que los miembros de su estructura posean gran resistencia y pueden vencer al furor y la violencia de los vientos. Deberán, con ese fin, ir provistos de coyunturas (giunture) de cuero curtido, y de nervios hechos de cordones de seda cruda fortísimos. Nunca se cometa la imprudencia de emplear material de hierro, que se que-braría muy pronto al doblarse, y se gastaría, razón por la cual no puede inspirar confianza.

271.- El hombre, en su aparato volador (volatile), tendrá libertad de movimiento de la cintura para arriba, para poder balancearse como en un bote, de manera que el centro de gravedad de su cuerpo y el de su aparato puedan oscilar y cambiar de lugar cuando lo exija la alteración de su centro de resistencia.

272.- Emprenderá el gran pájaro su primer vuelo desde el lomo de su gigantesco cisne (cecere, pequeño cerro cerca de Florencia), llenando de asombro el mundo, divulgándose en mil escritos su fama; convertido en eterna gloria del nido en que nació.

Anatomía óptica

273.- Y tú que juzgas preferible ver hacer la anatomía a observar tales dibujos, tendrías razón si fuera posible contemplar todas las cosas que en ellos aparecen, reunidas en una sola figura; en la cual, a pesar de todo su ingenio, apenas llegarías a tener visualmente la noción de unas pocas venas (arterias); mientras que yo, para lograr un verdadero y pleno conocimiento de dichas cosas, he dise-cado más de diez mil cuerpos humanos, des-truyendo todas las otras partes, reduciendo a pequeñísimas partículas toda la carne que rodeaba las venas, y evitando derrames de sangre, salvo la que, en cantidad inaprecia-ble, salía de las venas capilares. Como un solo cuerpo no dura el tiempo necesario, te-nía que proceder sucesivamente sobre tantos cuantos se precisaban para completar el conocimiento, y repitiendo la operación dos veces para comprobar las diferencias.

274.- Aunque sientas amor por estos estudios, el estómago te impedirá realizarlos; o tendrás miedo de pasar horas de la noche en compañía de cadáveres descuartizados de

espantoso aspecto, o ignorarás el arte de dibujar bien, indispensable para la representación de las cosas.

275.- Y si posees este arte, no sabrás quizá la perspectiva, o no serás capaz de orde-nar las explicaciones geométricas y los cálcu-los de las fuerzas y acciones de los músculos, o carecerás de paciente diligencia.

276.- Si yo he tenido todas esas cosas o no, los ciento veinte libros que he compuesto lo dirán. No han obstaculizado mi propósito ni la avaricia ni la negligencia, pero sí el tiempo solamente. Vale. 277-Así, pues, con doce figuras completas se te mostrará la Cosmografía del mundo menor (el hombre, micro-cosmos), en el mismo orden seguido por To-lomeo en su Cosmografía. Dividiré después el cuerpo en miembros, como él divide el todo en provincias. Diré luego el oficio de cada parte, poniendo delante de tus ojos la explicación de toda la figura y fuerza del hombre y los movimientos locales de sus partes.

278.- Y quiera Nuestro Creador que yo pueda mostrar la naturaleza de los hombres y sus costumbres, como describo su figura.

279.- El corazón es el más potente de los músculos... Yo he descrito la situación de los músculos que descienden de la base a la punta del corazón, y la situación de los músculos que parten de la punta del corazón y van a su base.

280.- Las orejas del corazón son las puertas que reciben la sangre que se escapa del ventrículo, desde el principio hasta el final de la contracción; porque si esa sangre no se escapara en parte, el corazón no podría con-traerse.

281.- La sangre de los animales se mueve siempre, partiendo del lago del corazón y elevándose hasta el vértice de la cabeza.

282.- Tú harás un estudio de las patas de cada animal para mostrar en qué difieren; así, las del oso tienen los ligamentos de los tendones digitales reunidos sobre el empeine.

283.- Deberás mostrar las diferencias que hay entre el hombre y el caballo y otros animales; empezarás por los músculos que nacen sin tendones y, se terminan sobre los huesos, luego hablarás de los que están mu-nidos de tendones en cada extremidad o en una sola.

284.- ¡Oh, admirable y estupenda necesidad, tú obligas con tu ley a todos los efectos a participar, por el más corto camino, de sus causas! ¡He ahí los verdaderos milagros!

285.- Escribe en tu ANATOMÍA cómo en tan pequeño, espacio la imagen que se forma en el ojo puede renacer y recomponerse en su dilatación.

286.- La pupila del ojo cambia tantas veces de tamaño cuantas son las variedades de claridad u oscuridad de los objetos que se le ponen delante.

287.- En este caso, la naturaleza ha velado en defensa de la facultad visual; cuando la ofende una luz excesiva, restringiendo la pupila del ojo; y agrandándola, al contrario, cuando la oscuridad de diversos grados la molesta, como se haría con la abertura de una bolsa. Y la naturaleza procede como el que, recibiendo demasiada luz en su habitación, cierra a medías su ventana, más o menos, según la necesidad; y la abre completamente cuando llega la noche, para poder ver mejor dentro de su cuarto. Y usa aquí la naturaleza de una continua adaptación de la pupila, la proporción de claridad u oscuridad que penetra en el ojo.

288.- La pupila del ojo, en pleno aire, cambia de dimensión a cada grado del movimiento solar, y con las variedades de la

pupila se produce una variación en la penetración visual del mismo objeto, aunque la comparación de los objetos que nos rodea nos impida frecuentemente descubrir esos cambios en el objeto que miramos.

289.- Así como un cuerpo que se mueve con lentitud en sentido contrario a su tenden-cia natural se vuelve después en tanto más empuje, mientras que aquel que retorna tras frecuentes pero breves recorridos adquiere poco empuje en cada intervalo, así también el estudio de una misma materia, hecho con largos intervalos de tiempo, permite al juicio hacerse más perfecto y más capaz de reconocer los errores. Lo mismo hace el ojo del pintor para criticar su obra.

290.- Todo cuerpo que se mueve con rapidez parece teñir de su propio color su trayectoria. El relámpago que rompe las nubes sombrías, se asemeja en la rapidez de su curso a una culebra luminosa. Imprimid a un tizón un movimiento circular, y aparecerá un círculo de fuego. Este fenómeno resulta de que la impresión es más rápida que el juicio.

Cuando pasamos de la claridad a la sombra, ésta nos parece más oscura, hasta tanto que el ojo haya perdido la impresión de la claridad.

291.- Observad la luz y admirad su belleza. Cerrad los ojos y mirad: lo que habéis visto ya no existe, y lo que veréis no existe todavía. ¿Quién lo rehace, si quién lo hace está en perpetuo movimiento?

292.- El ojo no podría enviar en un mes su potencia visual a la altura del Sol.

Refutación de las ciencias ocultas

293.- Como el más tonto de los razonamientos humanos debe ser reputado el que invita a la credulidad en la

nigromancia, hermana de la alquimia, la cual da a luz cosas simples y naturales; pero es tanto más digna de censura que la alquimia, cuanto ella no da a luz cosa alguna que no sea su propia imagen, es decir, la mentira.

294.- Eso no ocurre con la alquimia, admi-nistradora de los simples productos de la naturaleza; oficio que no puede desempeñar la naturaleza por carecer de instrumentos orgá-

nicos que le permitan operar lo que opera el hombre mediante sus manos, con las cuales fabrica el vidrio, etc.

295.- Pero la nigromancia es verdadero estandarte y bandera echada al viento, para servir de guía a la necia multitud, que muestra con sus clamoreos los infinitos efectos de tal arte. Circulan libros llenos de afirmaciones referentes a la acción de los encantamientos y de los espíritus que hablan sin lengua y sin aquellos instrumentos orgánicos indispensables para la palabra; y no sólo afirman que los tales espíritus hablan, sino que les atribuyen la capacidad de transportar grandísimos pesos, de provocar lluvias y tempestades, y de convertir a los hombres en gatos, lobos y otras bestias; ¡por más que, en calidad de bestias, deberían, en primer lugar, contraste los que semejantes cosas afirman!

296.- Cierto es que si existiera la nigromancia, como lo creen los pobres de espíritu, no habría sobre la Tierra nada que la igualara en daño o en provecho del hombre. En efecto, si en ella residiera la facultad de turbar la tranquila serenidad del aire, convirtiéndola en nocturno aspecto; la de poder, desencadenar vientos y rayos, acompañados de horribles truenos y fulguraciones en las tinieblas; la de echar por tierra altos edificios y arrancar de cuajo los árboles de las selvas con vientos impetuosos; o exterminar los ejércitos, dispersándolos y aterrándolos, o, finalmente, causar,

dañosas perturbaciones atmosféricas que arrebaten a los agricultores el premio de sus fatigas: ¿qué sistema de guerra podría concebirse que tanto perjudicara al enemigo como arruinar sus cosechas? ¿Qué batalla naval se asemejaría a la que libraría quien tuviera a los vientos bajo su comando y en sus manos la ruina y naufragio de cualquier flota? A la verdad, quien disponga de un poderío tan avasallador será señor de los pueblos, y ningún ingenio humano resistirá a su fuerza destructora. Los tesoros ocultos, las gemas escondidas en el seno de la tierra, le serán todas reveladas. Se hará llevar, a través de los aires, de Oriente a Occidente, para gozar de todos los más opuestos aspectos del universo...

297.- Pero, ¿a qué extenderme todavía más? ¿Qué cosa es la que no podría ser realizada con ayuda de ese, artificio? Ninguna casi, excepto librarse de la muerte. Y si ella existe de veras, ¿por qué no se ha quedado por ninguna divinidad? Pues sé de muchos que, por satisfacer su apetito, no dudarían en abolir a Dios junto con todo el universo.

298.- Si no ha permanecido entre los hombres, siéndoles tan necesaria, es porque nunca existió ni existirá jamás.

299.- ¡Quiero hacer milagros! Tendrás que vivir con mayor estrechez que los otros hombres más sensatos: los que pretenden enriquecerse en un día viven por largo tiempo en la pobreza, como ocurre y ocurrirá siempre a los alquimistas, empeñados en crear oro y plata, y a los ingenieros que quieren que el agua muerta dé vida de continuo movimiento a sí misma, o al solemne tonto que cree en la nigromancia y en los encantamientos.

300.- No me ocuparé de la Fisiognomónica ni de la Quiromancia, porque no hay verdad en ellas, simples quimeras sin fundamentos científicos.

301.- Cierto es, sin embargo, que la naturaleza de los hombres, sus vicios y sus tem-peramentos se muestran en parte por los rasgos de la cara:

302.- a) Cuando la separación entre las mejillas y la boca, los orificios de las narices y las órbitas de los ojos se destacan con evi-dencia, tales signos son propios de hombres alegres y risueños; los signos contrarios ca-racterizan a los pensadores y meditativos.

303.- b) Los que tienen los rasgos faciales muy pronunciados en relieve y profundidad, son hombres bestiales, iracundos y de escaso entendimiento.

304.- c) Los que tienen muy marcadas las líneas del entrecejo son iracundos.

305.- d) Los que tienen fuertemente deli-neadas las arrugas transversales de la frente, son hombres que se lamentan copiosamente en público o en secreto.

306.- Y así podríamos hablar de muchos otros rasgos.

307.- ¡Oh, investigadores del movimiento perpetuo, cuántos vanos proyectos fraguas-teis en su búsqueda! Idos en compañía de los inventores de la fabricación del oro.

308.- No debemos desear lo imposible.

Estética

309.- Con razón la pintura se duele de ser excluida del número de las artes liberales, siendo, como es, verdadera hija de la naturaleza, y operando por medio del ojo, que es el más digno de los sentidos.

310.- Injustamente, pues, ¡oh, escritores!, la habéis dejado fuera del conjunto de dichas artes liberales; desde que ella no sólo se aplica a las obras de la naturaleza, sino que realiza infinidad de otras que la naturaleza no creó jamás.

311.- Y es porque los escritores no se han percatado de la ciencia de la pintura, ni han sabido describir los grados y las partes que la constituyen -pues la obra artística no se traduce en palabras-, que, en su ignorancia, la han relegado a un rango inferior al de las ciencias, lo cual no alcanza, sin embargo, a privarla de su divino carácter.

312.- Y a la verdad, una razón tenían para no ennoblecerla: ella es noble por sí misma, sin ayuda de ajenas lenguas, como lo son las obras excelentes de la naturaleza. Y si los pintores no la han descrito ni convertídola en ciencia, no es por culpa de la pintura, que no es por ese motivo menos noble, sino porque hay pocos pintores que hagan profesión de las letras, no bastándoles toda su vida para dominar su arte.

313.- ¿Diremos, acaso, que las virtudes de las hierbas, piedras, plantas, no existen porque los hombres no las han conocido? No, por cierto; diremos, antes bien, que ellas conservan su nobleza, sin la ayuda de las lenguas o letras humanas.

314.- Una ciencia es tanto más útil cuanto más universalmente pueden comprenderse sus producciones; y, al contrario, lo serán menos en la medida en que éstas sean menos comunicables.

315.- El fin de la pintura es comunicable a todas las generaciones del universo, porque depende de la facultad visual, y las impresiones de la visión pasan al cerebro sin utilizar el oído.

316.- Ella no necesita, por consiguiente, de intérpretes de diversas lenguas, como la literatura; y satisface de inmediato al espíritu humano, a semejanza de las cosas que produce la naturaleza. Y no sólo a la especie humana, sino también a los otros animales; así ocurrió con una pintura que representaba a un padre de familia: los hijos, todavía en pañales, lo acariciaban, como asimismo el perro y el gato de la casa, siendo algo maravilloso contemplar este espectáculo.

317.- Las ciencias imitables son tales que en ellas el discípulo iguala al maestro, y sus producciones son semejantes a las de éste.

Son útiles al imitador, pero no poseen la misma excelencia que es propia de las que no pueden pasar en herencia como los otros bienes, y entre las cuales priva la pintura. Ella no se enseña a quien la naturaleza no lo concede; ocurre lo contrario con las matemáticas, en las que el discípulo asimila todo lo que el maestro le explica. La pintura no se copia como las producciones literarias, cuyas reproducciones valen tanto como el original; ni se genera por fiel imitación como las obras de la escultura, que pueden reemplazar al original en cuanto al efecto artístico; ni se prolifica en infinitos hijos como los libros impresos. Sólo la pintura se mantiene en su nobleza, honra a su autor, es preciosa y úni-ca, y no pare hijos iguales a sí misma. Y esta singularidad la hace más excelente que las otras ciencias que por todas partes se divul-gan.

318.- ¿Pues no vemos a los más grandes reyes del Oriente andar velados y cubiertos, pensando disminuir su fama si mostraran al público su presencia? ¿Y no se ven las pinturas representativas de la suprema divinidad, envueltas constantemente en riquísimas telas que las mantienen cubiertas? Al acto de des-cubrirlas preceden grandes

solemnidades eclesiásticas, acompañadas de variados cantos y diversas piezas musicales. Asiste a él gran multitud de gentes que se prosternan y adoran al ser fulgurado en la pintura, y le solicitan la gracia de recuperar la perdida salud y obtener la salvación eterna, exacta-mente como si tal divinidad estuviera allí presente y viera.

319.- Esto no se ve en ninguna otra ciencia, en ninguna otra creación humana. Si dijeras que no interviene aquí la potencia del pintor, sino la propia potencia de la cosa imitada, te contestaré que, si así fuera, podrían los hombres dar satisfacción al deseo de su mente sin abandonar el lecho y sin ir a lugares de acceso difícil y peligroso, como vemos que lo hacen en frecuentes peregrinaciones.

320.- Pero si estas peregrinaciones se realizan continuamente, ¿quién las inspira sin necesidad? Confesarás ciertamente que es el simulacro pictórico de la Divinidad, la cual no podría ser figurada en efigie y virtud por ninguna descripción literaria. Parecería, pues, que la Divinidad ama la tal pintura y ama a los que la aman y reverencian, y se deleita más en ser adorada, en esa figura que en otra imitación suya, y que, en fin, por ella concede gracias y dones de salud, según creen los que a tales lugares de peregrinación concurren.

321.- El ojo, que llaman ventana del alma, es la vía principal por donde el centro de los sentidos o común sentido (comune senso) puede contemplar más ampliamente las infinitas y magníficas obras de la naturaleza; la oreja es el segundo sentido, el cual se ennoblece escuchando el relato, de las cosas que el ojo ha visto.

322.- Si vosotros, historiógrafos, o poetas, o matemáticos (hombres de ciencia), no habéis visto las cosas con vuestros ojos, mal podréis referirlas por escrito; y si tú, poeta, quieres

trazar una historia con la pintura de tu pluma, el pintor con su pincel lo hará más satisfactoriamente y, causando menos hastío, logrará que lo entiendan. Si tú llamas a la pintura una poesía muda, el pintor podrá re-plicarte diciendo que la poesía es una pintura ciega. Decide ahora cuál es la más perjudicial de las dos incapacidades: la del ciego o la del mudo. Si el poeta es tan libre en sus invenciones como el pintor, sus ficciones no procuran al hombre tanta satisfacción como las pinturas, porque si la poesía se empeña en figurar con palabras, formas, hechos, sitios, el pintor busca en la imitación de las formas la manera de reproducirlas. Ahora bien, ¿qué está más cerca del hombre: su nombre de hombre o su figura humana? El hombre cambia de un país a otro; la forma sólo se altera con la muerte.

323.- Si dijerais: la poesía perdura más, yo contestaría que las obras del calderero son más durables aún, y que el tiempo las conserva más que las vuestras y las nuestras; pero, fantaseos aparte, la pintura, ejecutada sobre una superficie de cobre y empleando colores de vidrio, dura indefinidamente.

324.- El arte que profesamos nos confiere el derecho de llamarnos descendientes de Dios. Si la poesía trata de filosofía moral, nuestro arte se ocupa de filosofía natural; si aquélla describe las operaciones de la mente que la ocupan, ésta influye en los movimientos con la mente; si aquélla aterroriza a los pueblos con sus ficciones infernales, ésta produce igual efecto poniéndolas en acción.

Imaginemos al poeta y al pintor rivalizando en la representación de la belleza, de la fiere-za o de la fealdad nefanda y monstruosa; por muchas transmutaciones, de formas que el poeta realice a su modo y antojo, nunca llegará a superar al pintor. ¿Pero no se han visto pinturas tan

conformes a la verdad que engañaban a hombres y animales?

325.- Hay de la imaginación al efecto la misma proporción que de la sombra al cuerpo que la proyecta, y esa misma proporción existe entre la poesía y la pintura. Porque la poesía representa las cosas con la imaginación, literaria, mientras que la pintura las representa fuera del ojo, en forma real, después de haber recibido del ojo mismo las imágenes, no de otro modo que si fueran las cosas naturales. La poesía no da esa imagen de las cosas, las cuales no son por ella perci-bidas siguiendo el camino de las impresiones visuales, como ocurre con la pintura.

326.- La pintura representa a la sensibilidad, con más verdad y certidumbre las obras de la naturaleza, de lo que hacen las palabras o las letras; aunque las letras representan con más verdad las palabras de lo que podría hacer la pintura. Pero siempre diremos que es más admirable aquella ciencia que representa las obras de la naturaleza, que la que sólo representa las obras del operador, es decir, las obras de los hombres, las palabras, como hace la poesía y otras semejantes que se manifiestan por el lenguaje humano.

327.- El ojo, por el cual se refleja como por un espejo la belleza del universo a quien la contempla, es de tan grande excelencia que el que consiente en su pérdida renuncia a representarse todas las obras de la naturaleza, viendo las cuales se reconcilia el alma con la prisión del cuerpo. Gracias a los ojos, el alma se representa todas, las varias cosas de la naturaleza, pues quien los pierde queda con su alma encerrada en una oscura prisión adonde no llega ninguna esperanza de ver de nuevo el sol, luz de todo el universo. Hombres hay para los cuales las tinieblas nocturnas son sumamente odiosas, aunque de breve

duración. ¿Qué harían ellos si esas tinieblas los acompañaran por toda su vida?

328.- Nadie, a buen seguro, preferiría perder, antes que el oído o el olfato, el sentido de la vista. La pérdida del oído sólo trae consigo la pérdida de todas aquellas nociones que se resuelven en palabras; mientras que, la de la visión, lo privaría de la belleza del mundo, la cual consiste en la superficie de los cuerpos, ya sean naturales o producidos por el arte, que se reflejan en el ojo humano.

329.- La pintura sirve a un sentido más digno que la poesía y reproduce con mayor verdad que el poeta las figuras de las obras de la naturaleza; y éstas son mucho más dignas que las palabras, que son obra humana; porque media la misma proporción entre las obras de los hombres y las de la naturaleza que la que separa al hombre de Dios. Es, por consiguiente, más digna cosa imitar las obras de la naturaleza con verdaderas imágenes de los hechos, que imitar con palabras los hechos y palabras de los hombres.

330.- Y si quieres, ¡oh, poeta!, describir las obras de la naturaleza sin salir de tu profesión, fingiendo diversos sitios y formas de varias cosas, el pintor te vencerá con infinita superioridad de potencia. Si quieres, en cambio, apropiarte ciencias ajenas, separadas de la poesía, tienes que reconocer que no te pertenecen: tales la astrología, la retórica, la teología, la filosofía, la geometría, la aritméti-ca y otras semejantes. Dejas ya entonces de ser poeta, te transformas y no eres más aquél de quien hablamos ahora. ¿No ves, pues, que si quieres ir a la naturaleza, irás con ayuda de las ciencias inventadas por otros para estudiar los efectos naturales? El pintor, por sí solo, sin valerse de nada perte-neciente a las diversas ciencias, irá, en cambio, directamente a la imitación de las obras de la naturaleza.

331.- Así el amante será atraído hacia el simulacro de la amada y hablará con la pintura que la imita. Los pueblos, con fervientes votos, marcharán en busca de los simulacros de los dioses, y no a ver las obras de los poetas que figuran con palabras a esos mismos dioses. Hasta los animales se dejan engañar por las pinturas. Yo vi hace algún tiempo có-

mo, engañado por el parecido, un perro hacía grandes fiestas a una pintura que representaba a su amo; y análogamente he visto perros abalanzarse ladrando contra perros pintados, queriendo morderlos; y a un mono hacer mil locuras frente a otro mono pintado; he visto, en fin, golondrinas volando e inten-tando posarse sobre los hierros figurados en saliente en las ventanas de los edificios.

332.- La imaginación no ve tan excelente-mente como el ojo, porque éste recibe las apariencias o similitudes de los objetos y las transmite a la sensibilidad, y de la sensibilidad al común sentido, que las juzga. Pero la imaginación no sale fuera del común sentido sino para ir a la memoria, donde se detiene y muere, si la cosa imaginada no es de gran excelencia. En este caso la poesía reaparece en la mente o en la imaginación del poeta, que inventa las mismas cosas que el pintor y pretende con ellas igualarlo; pero queda muy lejos de él, como antes lo hemos demostrado.

Luego, pues, en estas invenciones, podremos ajustándonos a la verdad, decir que hay tanta distancia de la ciencia de la pintura a la poesía como entre el cuerpo y la sombra que proyecta; o mayor todavía, puesto que la sombra de tal cuerpo entra al menos por el ojo hasta el común sentido, mientras que la imaginación del mismo cuerpo nace allí mismo, en el común sentido (o cerebro). ¡Cuánta diferencia entre el imaginar la luz en el cerebro y verla efectivamente fuera de las tinieblas!

333.- Si describes, ¡oh, poeta!, una san-grienta batalla en medio de una oscura y tenebrosa atmósfera, que ensombrecen el humo de terribles y mortíferas máquinas y la espesa polvareda que levantan en su fuga, enloquecida por el temor y la muerte, los míseros combatientes, el pintor te supera también en este caso, porque tu pluma habrá consumido todo su poder antes de que termines la descripción de lo que el pintor, con su ciencia, habrá logrado representar inmediatamente, y tu lengua se verá impedida por la sed, y tu cuerpo por el sueño y el hambre, antes de que muestres con tus palabras lo que el pintor muestra con su pintura en un instante. Y en esa pintura sólo faltará el alma de las cosas representadas. De cada cuerpo se verá íntegramente todo lo que un solo aspecto puede revelar; al paso que la poesía necesitará repetir, con largo y molesto esfuerzo los movimientos de los actores del combate y describir en detalle los miembros de sus cuerpos y ornamentos; cosas todas que la pintura te pone por delante con tanta rapidez como verdad. Sólo echarás de menos en ella el estrépito de las máquinas, el clamor terrorífico de los vencedores, los gritos y quejas de los vencidos; pero sobre todo el poeta no podrá tampoco representarlo al sentido del oído. Diremos, en resumen, que la poesía es ciega, que opera principalmente sobre los ciegos, y la pintura sobre los sordos; y por eso la pintura puede reclamar para sí más alta dignidad, ya que sirve a un sentido superior.

334.- El único oficio del poeta consiste en fingir palabras de personas que hablan unas con otras, y sólo estas palabras ofrece al sentido del oído como naturales, pues lo son en sí en cuanto creaciones de la voz humana. En todos los demás casos, el pintor lo supera.

Pero más numerosas, sin comparación, son las variedades a que se aplica la pintura que aquellos que son del resorte de la palabra.

Infinitas cosas hará el pintor que no podrán designarse con palabras, por carencia de vocablos apropiados. ¿No ves, en efecto, que si el pintor quiere figurar animales o diablos en el infierno la abundancia de sus invenciones no tendrá límite?

335.- Me sucedió hace algún tiempo representar en pintura una divinidad. Un enamorado de mi obra, habiéndola comprado, la despojó de los atributos divinos para poder besarla sin sospecha de profanación. Pero la conciencia venció al fin los impulsos de la sensualidad, y la pintura fue retirada de su casa. ¡Ea, pues, poeta! Describe una belleza, sin representación de cosa viva, capaz de despertar en los hombres semejantes apetitos. Si tú dices: «Yo te describiré el infierno o el paraíso y otros horrores o delicias», el pintor te aventajará solicitándote, en silencio, con iguales delicias, o inspirándote el deseo de huir con los horrores imaginarios de sus pinturas. La pintura excita log sentidos más pronto que la poesía. Si afirmas que, con la palabra, tú eres capaz de hacer llorar o reír a la multitud, te contestaré que no eres tú quien la conmueve, sino el orador y su fisonomía. Cierto pintor representó a un hombre en el acto de bostezar, y todos cuantos mira-ban la pintura bostezaban en seguida. Otros han representado actos lujuriosos, y sus pinturas incitaban a quien las contemplaba, a imitar tales actos, cosa que no está al alcance de la poesía. Si tú, poeta, describes la figura de algunos dioses, tu escritura no merecerá las mismas muestras de veneración que el cuadro que la represente, el cual será objeto de continuos votos y diversas oraciones; y vendrán a visitarlo muchas generaciones de varias provincias y aun de los mares del Oriente para pedir su socorro. Nada de eso ocurrirá con tu escritura.

336.- ¿Quién no preferirá perder el oído, el olfato y el tacto antes que la vista? Porque el que pierde la vista es como un hombre deste-rrado del mundo, puesto que ya no puede

verlo ni ver cosa alguna; y una vida semejante es hermana de la muerte.

337.- También los animales sufren mayor perjuicio privados de la vista que privados del oído, y esto por varias razones: primero, porque la vista les es necesaria para hallar el alimento que es indispensable para su nutri-ción y, segundo, porque es con la vista como se percibe la belleza de las cosas creadas, y máximamente de las que inducen al amor. Es así como, entre los hombres, el ciego de nacimiento no puede concebir por el oído lo que es la belleza, porque nunca tuvo noción de ella; y el sentido del oído que le queda sólo le sirve para entender las voces del lenguaje humano, que encierra los nombres de todas las cosas que tienen nombre. Sin saber siquiera esos nombres, también se puede vivir contento, como viven los sordomudos, que se distraen dibujando.

338.- ¿Qué poeta, con sus palabras, reproducirá para ti, amante, la exacta efigie de tu ideal, con tanta verdad como el pintor?

¿Quién te mostrará los paisajes de los ríos, bosques, valles y campiñas, donde pasaron tus días más felices, si no es el pintor?

339.- Y sí tú dices: «La pintura es de por sí una poesía muda si no hay alguien que nos explique lo que ella representa», ¿no ves que tu libro está en peores condiciones? Porque, suponiendo que alguien hable por él, todavía te será imposible ver las cosas de que habla, como se verán las cosas que una pintura representa, si en la misma las escenas y los hechos son tan bien ordenados mentalmente que entendemos la pintura como si nos hablara.

340.- La pintura es una poesía que se ve sin oírla; y la poesía es una pintura que se oye y no se ve; son, pues, estas dos poesías o, si lo prefieres, dos pinturas, que utilizan dos sentidos diferentes para llegar a nuestra inteligencia. Porque si una y otra son pintura, pasarán al común sentido a través del sentido más noble que es el ojo; y si una y otra son poesía, habrán de pasar por el sentido menos noble, es decir, el oído.

341.- Someteremos entonces la pintura al juicio del sordo de nacimiento, y la poesía será juzgada por el ciego de nacimiento. Y si la pintura está figurada con los movimientos propios de los caracteres morales que actúan en un sentido determinado, no hay duda de que el sordo de nacimiento comprenderá la obra y las intenciones del pintor; pero el ciego de nacimiento no comprenderá nada de lo que el poeta manifieste y que haga honor a la poesía. Y aunque entre sus nobles representaciones se cuentan las de los gestos de los personajes que componen sus historias, las de los paisajes con sus ornamentos deleitosos y sus aguas transparentes que muestran el verde fondo y cuyas ondas juguetean sobre las praderas o los menudos guijarros y abundan en peces de ágiles movimientos; todas estas descripciones podrían dirigirse con igual efecto a una piedra que a un ciego de nacimiento, quien nunca vio cosa alguna de las que forman la belleza del mundo, es decir, la luz, las tinieblas, el color, los cuerpos, las figuras, los paisajes, la lejanía, la proximidad, el movimiento y el reposo, que son los diez ornatos de la naturaleza.

342.- Pero el sordo, privado del sentido menos noble, aunque haya perdido juntamente el lenguaje, porque nunca oyó hablar, y no haya podido aprender ninguna lengua, podría, sin embargo, percibir cualquier detalle del cuerpo humano mejor que uno capaz de hablar y oír; y

comprenderá también las obras del pintor y todo lo que en ellas se represente con figuras apropiadas.

343.- La pintura es una poesía muda y la poesía una pintura ciega, y una y otra van imitando la naturaleza en cuanto les sea posible, y por una y otra pueden mostrarse muchos hábitos morales, como hizo Apeles con su Calumnia.

344.- Pero del hecho de que la pintura sirve a un sentido más noble, como es el ojo, resulta para sus producciones una especie de proporción armónica; en otros términos: de la misma manera que muchas voces diferentes, unidas en simultáneo efecto, dan la sensación de una proporción armónica que satisface el sentido del oído al extremo de producir en los auditores una admiración casi está-

tica, así también, y aun mucho más, las bellezas proporcionadas de un rostro angélico, puestas en pintura, son para el ojo lo que es para el oído un armonioso concierto de sonidos musicales. Y si esta armonía de bellezas es mostrada al amante de la mujer que les ha servido de modelo, la admiración profunda y el placer incomparable de sus ojos serán muy superiores a todo lo que podría experimentar con sus otros sentidos.

345.- En cambio, la poesía -obligada a en-sayar la representación de una perfecta belleza, mediante la figuración de cada una de las partes que componen la armonía pictórica mencionada antes- no llegará a obtener un resultado que supere en gracia al que nos proporcionaría el músico haciéndonos oír sucesivamente, en varios tiempos, cada una de las voces, que sólo actuando a la vez formarían un armónico acento; o al que lograríamos haciendo mostrar un rostro parte por parte, recubriendo siempre las que mostra-mos primero. En una tal exhibición nuestros ojos olvidarían cada cosa a medida que otra la

reemplazara, y no podrían abrazar el conjunto en simultánea y proporcionada armonía.

346.- Tal ocurre con las bellezas de cua-lesquiera creaciones del poeta, de las cuales, por ser sus partes recitadas separadamente, en tiempos separados, la memoria no puede percibir ninguna armonía.

347.- La pintura se muestra directamente, con la manifestación para la cual su autor la generó, y da al sentido máximo todo el placer que puede dar cosa creada por la naturaleza.

En este caso, el poeta, que envía las mismas cosas al común sentido por el camino del oí-

do, sentido inferior, no da otro placer que el experimentado escuchando el relato de una cosa.

348.- Ahora bien, observa cuánta diferencia media entre oír, durante un lapso prolon-gado, contar una cosa que da placer a los ojos, y verla con la presteza con que se ven las cosas naturales. Y aunque las producciones poéticas sean leídas dedicándoles mucho tiempo, suele acaecer con frecuencia que no las entendamos o necesitemos, para alcanzar a entenderlas, del auxilio de diversos comen-tarios; sucediendo entonces todavía que los mismos comentadores rarísima vez penetran la mente del poeta; y, en fin, muchas veces no leemos, apremiados por el tiempo, sino pequeña parte de sus obras. Pero la obra del pintor es inmediatamente comprendida por quienes la contemplan.

349.- La pintura, en un instante solo, representa su esencia en tu facultad visual, y utiliza el propio medio con que la percepción recibe los objetos naturales, y el mismo momento en que se componen la armónica proporcionalidad de las partes constituyentes del todo que satisface al

sentido: la poesía, en tanto, transmite, por un intermediario menos, digno que el ojo y más confusamente y con mayor tardanza que este órgano, las representaciones de las formas mencionadas. Dicho órgano es, en efecto, el que interpreta los objetos, haciendo que la sensibilidad pueda percibir enseguida, con suma verdad y exactitud, las superficies y figuras que ante él se manifiestan, armonizándolas en un dulce concento, agradable al espíritu. No de otro modo se armonizan diversas voces simultá-

neas en el sentido del oído; peto también en este caso el sentido del oído es inferior en dignidad al del ojo, porque las sensaciones auditivas son fugaces y nacen y mueren, tan veloces en nacer como en morir: cosa que no puede ocurrir con el sentido de la vista. Si representas para los ojos una belleza humana compuesta de hermosos miembros bien proporcionados, tal belleza no es tan mortal ni se disipa tan ligero como la de la música; antes bien goza de larga permanencia y se deja ver y curiosear. No renace, como la música, en fuertes sonoridades que molestan. Esa belleza humana te enamora y es causa de que todos los sentidos quisieran poseerla y luchar a porfía para lograrlo. Su boca, por ejemplo, desearíamos apropiárnosla e incorporárnosla; nuestro oído sentiría placer en escuchar la descripción de sus encantos; el sentido del tacto penetraría de buena gana en todos sus secretos; el olfato anhela absorber el aire que ella constantemente respira. Pero el tiempo destruirá en pocos años esa belleza y armonía; mientras que, imitada por el pintor, se conservará un largo plazo; y los ojos, desempeñando su oficio, sienten un placer tan grande en la contemplación de la belleza figurada, que no se lo procuraría mayor la misma belleza viva. Sólo el tacto quedará insatisfecho, el cual, si ya logró antes su intento, usando de sus fueros de hermano mayor, no impedirá después a la razón que considere a su gusto la divina belleza. A esto suplirá en gran parte la imitación pictórica,

pero nunca las descripciones del poeta, que, pretendiendo equipararse al pintor, no se da cuenta de que el tiempo separa sus palabras, con las cuales va mencionando uno a uno los miembros de la belleza, deja que el olvido se interponga entre ellas y divide las proporciones, que le es imposible al poeta detallar sin gran prolijidad, fallando así en su intento de componer el resultado armónico hecho de tales divinas proporciones. El lapso que basta para la contemplación de una belleza pictóricamente imitada, no bastará, pues, para su descripción verbal; y comete un pecado contra natura, quien se proponga utilizar el oído, allí donde hay que utilizar los ojos. Aplíquesele a los menesteres de la música, y no a la percepción de las figuras naturales cuya imitación compete a la pintura.

350.- ¿Qué te mueve, hombre, a abandonar tus habitaciones de la ciudad, a dejar parientes y amigos, a recorrer lugares campestres atravesando montes y valles, si no es la belleza natural del mundo, la que, pensándolo bien, sólo puedes gozar con el sentido de la vista? Y si el poeta quiere entonces llamarse, él también, pintor, ¿por qué no aprovechas sus descripciones de aquellos sitios, y te quedas en casa sin tener que soportar el calor excesivo del sol? Al fresco, sin agitación, sin peligro de enfermarte, ¿no conseguirías así un más útil resultado con menos fatiga? Pero el alma no lograría entonces el beneficio que los ojos -ventanas de su habitación- le conceden, de contemplar los alegres paisajes de umbrosos valles, regados por el curso juguetón y sinuoso de los ríos; las variadas flores que armonizan sus colores para encanto de los ojos, y todas las otras cosas que se manifiestan a la vista. Y si el pintor, en los días fríos y duros del invierno, te ofrece la imitación de esos mismos paisajes y de otros que fueron escenario de tus placeres; si en ella puedes verte de nuevo en compañía de

tu amada, cabe a una fuente, rodeado de floridas praderas, bajo la dulce y verde sombra de los árboles, ¿no sentirás un deleite muy superior al de oír los mismos efectos descritos por el poeta?

351.- Aquí el poeta nos responde: Admite los argumentos que preceden; pero dice que supera al pintor, porque hace hablar y razonar a los hombres mediante diversas ficciones de cosas inexistentes; que los puede arrastrar a tomar las armas; que sabe describir el cielo, las estrellas, la naturaleza, las artes y cualquier otra cosa. A lo que es fácil responder que ninguna de estas cosas de que se jacta, pertenece a su profesión propia, pues cuando quiere hablar y arengar, el orador lo vence; si habla de astrología, lo que dice lo ha robado del astrólogo; y si de filosofía, al filósofo; porque, en efecto, la poesía no tiene dominio propio, y todo su mérito es el de un mercader que junta las mercaderías hechas por diversos artesanos.

352.- Cuando el poeta cesa de figurar con palabras lo que en la naturaleza es un hecho, no iguala al pintor. Todo lo que puede efec-tuar, abandonando tal figuración, es describir las palabras elegantes y persuasivas de la persona a quien hace hablar, y entonces se convierte en orador y no es más un poeta, ni un pintor; si habla de los cielos, se torna as-trólogo; y filósofo o teólogo, si se ocupa de la naturaleza o de Dios; pero si vuelve a intentar la figuración de algún objeto, sólo emula-ría al pintor si, como él, pudiera, con sus palabras, satisfacer el sentido de la visión.

353.- Pero la divina ciencia de la pintura considera los objetos (ya sean obra de Dios o de los hombres) limitados por sus superficies, y fija con estos lineamientos terminales de los cuerpos, que impone al escultor, la perfección de las estatuas. Gracias a sus principios del dibujo, enseña al arquitecto a dar a sus edificios un aspecto grato a la vista:

dirige a los fabricantes de urnas o vasos, y a los orífices y tejedores y bordadores. Ella inventó los caracteres con que se expresan las diversas lenguas, las cifras aritméticas, las figuras de la geometría y enseña la perspectiva a los astrólogos, maquinistas e ingenieros.

354.- No hay parte alguna de la astrología que no dependa de los rayos visuales y de la perspectiva, hija de la pintura - porque es el pintor quien engendró la perspectiva por necesidad de su arte. Esa perspectiva enseña a trazar las líneas que limitan las figuras todas de los diversos cuerpos creados por la naturaleza. Sin ella la ciencia del geómetra no existiría.

355.- Si el geómetra reduce toda superficie circundada por líneas a la figura del cuadrado, y todo cuerpo a la figura del cubo, y la aritmética hace lo mismo con sus raíces cúbicas y cuadradas, estas ciencias no van más allá de la noción de cantidad continua y discontinua; pero de la cualidad no se preocu-pan, la cual es belleza de las obras de la naturaleza y ornamento del mundo.

356.- Dice el poeta que su ciencia es invención y medida, que forman simplemente el cuerpo de la poesía: invención de materia y medida en los versos, que él adorna después con todas las galas de otras ciencias. A lo que el pintor responde que él tiene las mismas obligaciones en su ciencia de la pintura, es decir, invención y medida: invención de la materia que debe representar, y medida en las figuras para que no aparezcan despro-porcionadas; pero que él no se viste de aquellas tres ciencias (aritmética, geometría, perspectiva), antes bien son las otras ciencias la que se visten de la pintura; como la astrología, que no hace nada sin ayuda de la perspectiva, la cual es parte principal de la pintura -hablo de la astrología matemática y no de la falaz

astrología judiciaria (¡y perdónenme los que, explotando a los tontos, viven de ella!)

357.- Dice el poeta que él sabe describir (alegóricamente) cosas qué representan a otras llenas de hermosos pensamientos. Y el pintor dirá a su vez que él puede, a su arbi-trio, hacer lo mismo; con lo cual demuestra que, también en esto, él es poeta. Si el poeta afirma ser capaz de encender en los hombres el amor, que es cosa principal en todas las especies animales, el pintor podrá hacer lo mismo, mostrando al amante la propia efigie del objeto amado, la que es frecuentemente de tan exacto parecido, que induce a besarla y hablarle: cosa imposible de hacer con las bellezas que describe el poeta. Y aun llega a tanto el dominio de su arte sobre el espíritu humano que lo tienta a enamorarse de pinturas que no representan a ninguna mujer real.

358.- Si el poeta sirve al común sentido por vía del oído, el pintor utiliza el órgano más noble de la visión. Bastaría para mi objeto que un buen pintor representase el furor de una batalla, que un poeta describiera la misma y que ambas producciones, una junto a la otra, se exhibieran al público. Verías entonces dónde los espectadores se detendrían de preferencia para contemplar, alabar y ma-nifestar su mayor satisfacción. Ciertamente la pintura, mucho más útil y bella, agradará más. Inscribe en un lugar el nombre de Dios, y confronta esta inscripción con la figura, colocada al lado, que representa al mismo dios; tú verás cuál de los dos, inscripción o figura, inspira más reverencia. Si la pintura comprende en sí todas las formas de la naturaleza, sólo te quedan los nombres, que no son universales como las formas. Vosotros describís los efectos de las cosas visibles; nosotros las representamos en sus efectos.

359.- Tomad a un poeta que describa las bellezas de una mujer a su enamorado, tomad un pintor que la figure; verás

hacia dón-de dirigirá la naturaleza al enamorado juez.

Debemos, sin duda, dejar al ensayo de la experiencia que pronuncie su dictamen.

Habéis clasificado la pintura entre las artes mecánicas; a buen seguro que, si la pintura fuese apta para alabar por escrito sus obras, como lo hacéis vosotros, no sería ella relegada a tan vil categoría. Si la llamáis mecánica porque es con ayuda de las manos que ejecuta lo que la fantasía concibe, vosotros también, poetas, dibujáis manualmente con la pluma lo que os sugiere vuestro ingenio. Y si decís que la pintura es mecánica porque se hace pagar su trabajo, ¿quién cae en este error, si error puede llamarse, más que vosotros? Si dais conferencias en casas de estudios, ¿no vais a quien mejor os paga? ¿Hacéis algo sin beneficio? Aunque no digo esto para censurar tales opiniones, pues todo trabajo espera retribución. Y en fin, si el poeta dice: mi ficción tendrá un significado grandioso, cosa igual podrá hacer el pintor, como lo hizo ya Apeles con su Calumnia.

360.- Cuentan que el día del natalicio del rey Matías, cierto poeta le ofreció una obra suya que celebraba la fecha memorable en que, para bien del mundo, había nacido el ilustre monarca; y agrega la tradición que un retrato de su amada le fue presentado en el mismo acto por un artista que lo había pintado con tal fin. El rey, apenas tuvo en sus manos la pintura, sin hacer más caso del libro, fijó en ella sus ojos con gran admiración.

361.- El poeta entonces, fuertemente in-dignado, dijo: «¡Oh, rey, lee, lee, y percibirás algo de mayor sustancia que una muda pintura!» Pero el rey, oyéndose reprochar su atención hacia cosas mudas, replicole: «Calla, oh poeta, que no sabes lo que dices; esta pintura apela a un sentido más noble que tu libro, que es bueno para ciegos. Dame algo que pueda ver

y tocar, y no solamente oír, y no me censures porque he puesto la obra tuya bajo mis codos mientras que sostengo la pintura con ambas manos, frente a mis ojos.

Ellas se han puesto espontáneamente al servicio de un sentido superior al oído. Pues yo creo que la distancia que separa la ciencia del pintor de la ciencia del poeta, es la que media entre los sentidos respectivos de que se sirven.»

362.- «¿No sabes tú que nuestra alma se compone de armonía, y que ésta exige con-temporaneidad de las partes, en la cual los objetos se hagan ver u oír en justas proporciones? ¿No ves que en tu ciencia, esa con-temporaneidad no existe, sino que antes bien una parte nace de la otra sucesivamente, y no nace la subsiguiente si la antecedente no muere?»

363.- «Por eso juzgo tu invención bastante inferior a la del pintor: quiero decir, porque no puede componerse con aquélla una proporcionalidad armónica. Ella no satisface la mente del oyente o espectador, como lo hace la buena proporción de los bellísimos detalles que forman la divina hermosura de este rostro que contemplo, los cuales, todos al mismo tiempo reunidos en conjunto, me producen tal placer con su divina proporción, que no creo que otra cosa sobre la Tierra, hecha de mano de hombre, pudiera dármelo más grande.»

364.- No habrá hombre tan insensato que, si se le da a elegir entre estar perpetuamente en las tinieblas o perder el oído, no diga al instante que preferiría perder el oído junto con el olfato, a quedarse ciego.

365.- Pues quien pierde la vista, pierda la belleza del mundo con todas las formas de las cosas creadas, y el sordo pierde únicamente el sonido, que resulta de la agitación del aire

golpeado, cosa de mínima importancia en el mundo. Tú que dices que una ciencia es tanto más noble cuanto más digno es el sujeto a que se aplica, y que por eso vale más una falsa concepción de la esencia de Dios que la concepción verdadera de una cosa menos digna, habrás de admitir que la pintura, que sólo se aplica a las obras de Dios, es más digna que la poesía, que sólo se ocupa en fraguar mentirosas ficciones de las obras humanas.

366.- Tú dices, oh pintor, que tu arte es adorada. No te atribuyas tal virtud; lo que se venera son las cosas que tus pinturas imitan.

367.- Aquí el pintor responde: -¡Oh, poeta, que también te haces imitador!; ¿por qué no representas con tus palabras, o con las descripciones que con ellas formas, cosas que hagan adorables tus palabras?

368.- Alabemos, pues, al que satisface al oído con palabras; y al que con sus pinturas satisface al gusto de los ojos; pero menos al primero que al segundo, porque las palabras son creaciones accidentales del hombre y no obras de la naturaleza, como las que el pintor imita, y que se le presentan en forma de figuras definidas por las superficies que las de-terminan.

369.- Para concluir, la poesía ocupa el grado más alto de comprensión para los ciegos; y la pintura, para los sordos. Diremos, pues, que la pintura es superior a la poesía por cuanto apela a un sentido mejor y más noble; y esta nobleza ya hemos probado que es tres veces mayor que la de cada uno de los tres sentidos del oído, del olfato y del tacto, mostrando que, de tener que elegir, preferiríamos perder juntamente el oído, el olfato y el tacto, antes que la vista.

370.- El que pierde la vista, pierde, en efecto, la percepción de la belleza del universo y queda como encerrado en un sepulcro, aunque vivo y capaz de movimiento.

371.- ¿No ves que, en efecto, el ojo abraza la belleza total del mundo? Es jefe de la astrología, crea la cosmografía, aconseja y co-rrige todas las artes humanas, conduce al hombre a diversas partes del mundo, es príncipe de las matemáticas, sus nociones son ciertísimas, mide la altura y la magnitud de las estrellas, ha descubierto los elementos y sus posiciones, ha hecho predecir los acontecimientos futuros mediante el curso de las estrellas, ha engendrado la arquitectura, la perspectiva y la divina pintura. ¡Oh, tú, excelentísima entre todas las otras cosas creadas por Dios!, ¿con qué alabanzas expresar tu nobleza? ¿Qué pueblos, qué lenguas podrán describir cuanto operas?

372.- Ésta es la ventana del humano cuerpo; a través de ella, el alma contempla y go-za la belleza del mundo, gracias a ella, soporta su humana cárcel, que, sin ella, sería su tortura; por ella, la industria humana ha descubierto el fuego, mediante el cual el ojo re-conquista lo que las tinieblas le robaban; ha ornado, en fin, la naturaleza con la agricultu-ra y con jardines deleitables.

373.- ¿Pero a qué extenderme en tan alto y largo discurso? ¿Qué cosa existe que no se haga con su mediación? Él mueve a los hombres del Oriente al Occidente, ha inventado la navegación, y supera a la naturaleza en esto: que las variedades de los minerales, vegetales y animales son finitas, mientras que las obras que el ojo encomienda a las manos, son infinitas, como lo demuestra el pintor en las ficciones de innumerables formas de animales y hierbas, plantas y sitios.

374.- No debemos llamar la música con otro nombre que el de hermana de la pintura, ya que está subordinada al oído, sentido que viene después del de la visión. Ella compone la armonía, mediante la conjunción de sus partes proporcionales en un mismo tiempo, está obligada a nacer en uno o en varios espacios armónicos; esos espacios circundan la proporcionalidad de los miembros que componen, a la manera como lo hace el contorno de los miembros que constituyen la belleza humana.

375.- La pintura sobrepasa en excelencia y señorío a la música, porque no muere luego de haber dado a luz sus creaciones, como le ocurre a la desventurada música; la pintura, al contrario, prolonga su existencia mostrándonos sobre una simple superficie toda su vitalidad.

376.- ¡Oh, maravillosa ciencia de la pintura, tú das vida permanente a las caducas bellezas de los mortales, y les confieres más duración que a las obras de la naturaleza, continuamente sometidas a las variaciones del tiempo, que las conduce a la vejez inevitable!, tú guardas la misma proporción con la divina naturaleza, que la que existe entre tus obras y las suyas; eres, pues, digna de nuestra adoración.

377.- Cada cosa es noble en la medida en lo que es el sentido a que satisface; la pintura, por consiguiente, es más noble -ella, que satisface el sentido de la vista- que la música, la cual sólo satisface al oído.

378.- De dos cosas, es más noble la que más perdura; la música, que va consumiéndose a medida que nace, es de menor dignidad que la pintura, que puede conservarse eternamente, empleando el cobre y colores de vidrio.

379.- El arte que contiene en sí más uni-versalidad y variedad de cosas debe ser con-siderado como el de mayor excelencia. La pintura ha de ser, por consiguiente, colocada a la cabeza de todas las actividades artísticas.

Ella contiene todas las formas que existen y aun las que no se hallan en la naturaleza.

Merece más gloria y exaltación que la música, la cual tiene la voz por único dominio.

380.- De ella son los simulacros de los dioses, en cuyo alrededor se celebra el culto divino, colaborando, como sirvienta suya, la música; ella procura a los amantes un símil del objeto amado; ella conserva las bellezas que el tiempo y la madre naturaleza hicieron efímeras; ella perpetúa la imagen de los hombres famosos. Y si dijeses: la música se hace eterna escribiéndola, lo mismo pasa con las letras que ahora trazamos aquí sobre el papel.

381.- ¿Por qué has incluido la música entre las artes liberales? Suprímela, o agrega a la lista la pintura.

382.- Si me dijeras: hay hombres viles que utilizan la pintura; yo te preguntaré:

¿desmerece acaso la música puesta al servicio de quien no la sabe?

383.- Y finalmente, si dices: Las ciencias no mecánicas son las únicas ciencias que pueden llamarse mentales, te contestaré que la pintura es mental, pues así como la música y la geometría consideran las proporciones de las cantidades continuas, y la aritmética las de las discontinuas, la pintura considera todas las cantidades continuas, y las cualidades de las proporciones de sombras y luces y distancias, en su perspectiva.

384.- Pretende el músico equiparar su ciencia con la del pintor, porque aquélla compone un cuerpo de muchos miembros, del cual el observador contempla toda la gracia, en tantos tiempos armónicos cuantos son los tiempos en que cada miembro nace y muere; y así la música solaza y encanta el alma que reside en el cuerpo del contemplador.

385.- Pero el pintor responde y dice que el cuerpo de una figura, compuesto de sus miembros no sólo produce a intervalos armó-

nicos una sensación de placer en quien lo contempla, sino que esa agradable sensación, sujeta -cuando de una belleza musical se trata- a nacer y morir en esos intervalos, se hace, en la pintura, permanente por muchí-

simo tiempo; de manera que la obra pictórica logra conservar viva aquella armonía de pro-porcionados miembros cuya duración la naturaleza con todos sus recursos no sabría prolongar.

386.- ¡Cuántas veces la pintura eterniza el simulacro de una divina belleza, cuyo original verdadero fue destruido en

breve espacio por la muerte o el tiempo! Y la obra del pintor ha vencido la creación de la naturaleza, su maestra.

387.- Si arguyes, ¡oh, músico!, de mecáni-ca la pintura, porque opera con el ejercicio de las manos, la música también opera con el ejercicio de la boca, aunque no por cuenta del sentido del gusto, como el pintor cuando utiliza las manos no pone en juego el sentido del tacto.

388.- Las palabras valen menos todavía que los hechos, y tú, escritor científico, no haces más que copiar con palabras de tu ma-no lo que tienes en la mente; como el pintor traduce en sus imágenes los hechos que es-tán en su espíritu.

389.- Y si me dices que la música está compuesta de proporciones, con estas mismas persigo yo mi obra pictórica, como lo verás.

390.- En la figuración de las cosas corpó-

reas, la poesía y la pintura, difieren tanto como los cuerpos desmembrados difieren de los unidos: cuando el poeta describe la belleza o la fealdad de un cuerpo lo muestra miembro a miembro y en diversos tiempos; el pintor lo hace ver íntegro en un solo instante.

391.- El poeta no puede poner de manifiesto con sus palabras la verdadera figura de los miembros que componen un todo; el pintor, en cambio, muestra las cosas con toda la realidad posible en la naturaleza. Le acontece al poeta como al músico, que canta él solo un trozo compuesto para cuatro voces: empieza por la voz de soprano, sigue con la de tenor, con la de contralto y la de bajo; pero de esta sucesión de voces no resultará la gracia de la proporcionalidad armónica, que está encerrada en tiempos armónicos. Y hace el tal poeta como si mostrara un rostro hermoso, parte por parte; no pudiendo así comunicarnos una impresión satisfactoria

de su belleza, que consiste ante todo en la divina proporcionalidad de esas partes, las cuales, sólo obrando de consuno, producen el sublime acuerdo que extasía al contemplador.

392.- La música, al menos, realiza en su tiempo armónico suaves melodías, compuestas de varias voces; pero el poeta se ve privado de esa distribución armónica, por razón del carácter sucesivo, y no simultáneo, de su discurso; así, pues, aunque la poesía se per-ciba, como la música, por el sentido del oído, el poeta no puede describir la armonía de la música, porque no goza de la facultad de expresar diversas cosas en un mismo tiempo.

Esta facultad, pertenece también a la pintura, que compone en conjunto armónico los diversos miembros de sus figuras, lo que permite apreciar su encanto, ya en común o en detalle: en común, por el entendimiento del todo; y en detalle, por el entendimiento de los diversos componentes de ese todo. Por eso el poeta queda muy detrás del pintor en cuanto a la figuración de las cosas corpóreas, y se muestra inferior al músico en la representación de las cosas indivisibles.

393.- Pero si el poeta pide a las otras ciencias que le presten ayuda, podrá presentarse en la feria como los otros mercaderes que apartan diversos objetos de muchas prove-niencias. Eso hace el poeta cuando recurre a ciencias ajenas, como las del orador, filósofo, astrólogo, cosmógrafo y otras tales, que nada tienen de común con la poesía. El poeta, en resumen, es como un, corredor o intermediario entre varias personas que hacen un negocio; y si quieres definir el oficio propio del poeta, di que es un compilador de objetos robados a diversas ciencias, con los cuales hace un engañoso menjurje, o dicho en más corteses palabras, un artificioso compuesto. Y

con esta libertad de imaginación, que constituye la más débil parte de la pintura, es que el poeta pretende equipararse al pintor.

394.- Para representar la palabra, la poesía supera a la pintura, y ésta a aquélla en la representación de hechos; la proporción entre los hechos y las palabras, es la misma que hay entre la pintura y la poesía, desde que los hechos están sometidos a la visión y las palabras al oído; y los sentidos guardan entre sí la misma jerarquía que los objetos, razón por la cual, juzgo la pintura superior a la poesía.

395.- Pero, como los pintores no han sabido dar sus razones, han quedado mucho tiempo sin abogados; la pintura no habla, sino que se muestra y termina en los hechos, en tanto que la poesía termina en palabras y con ellas se teje vanagloriosas alabanzas.

396.- Todo el campo de lo visible es del domino de la pintura.

397.- La primera pintura fue solo una línea que circundaba la sombra de un hombre proyectada sobre un muro.

398.- Si el pintor quiere contemplar bellezas que lo enamoren, es dueño de crearlas; si quiere ver cosas monstruosas que causen espanto, o sean grotescas o ridículas, o dignas de compasión, puede también evocarlas como señor y dios; si quiere generar paisajes o desiertos, lugares umbríos y tenebrosos en época de calor o sitios cálidos en épocas de frío, puede igualmente generarlos. Si prefiere valles o si desea descubrir grandes campiñas desde las altas cimas de los montes, y admirar después el horizonte del mar, o descubrir desde los valles bajos las montañas elevadas, o desde éstas los valles y las playas, está en su poder hacerlo. Y, en efecto, cuanto el universo

contiene en esencia, frecuencia o imaginación, todo lo tiene él, primero en su mente y luego en sus manos; y la excelencia de sus obras es tal, que ellas producen a la par una armonía de proporciones que se revela a una sola mirada, como lo hacen las cosas reales.

399.- Quien condena la pintura, condena la naturaleza, puesto que las obras del pintor representan las obras de la naturaleza. El que así blasfema carece, pues, de sentimiento.

400.- Podernos afirmar rotundamente que se engañan los que llaman buen maestro al pintor que sólo hace bien una cabeza o una figura. No es, a la verdad, gran hazaña conseguir, a fuerza de estudiar una sola cosa toda la vida, hacerla con cierta perfección.

401.- Pero sabiendo nosotros que la pintura abraza y contiene en sí todo cuanto produce la naturaleza o la accidental actividad de los hombres, y en resumen, todo lo que pueden comprender los ojos, nos parece un pobre maestro el que sólo hace bien una figura.

402.- ¿Pues no ves cuántos objetos son obra de los hombres? ¿Y no ves la diversidad de animales, árboles y hierbas y flores, y las fuentes, los ríos, las ciudades, los edificios públicos o privados, tantas cosas de oportuno uso humano, como la multitud de ropajes, de adornos, de artes?

403.- Todas estas cosas y otras de semejante utilidad y bondad, han de ser usados por el hombre que te place llamar un buen pintor.

404.- El pintor disputa y rivaliza con la naturaleza.

405.- Si tú desprecias la pintura, imitadora de todas las obras visibles de la naturaleza, desprecias en ella un sutil

invento que, con filosófica y sutil especulación, considera, todas las cualidades de las formas, ambientes, sitios, plantas, animales, hierbas y flores, envueltas en sombra y luz. Y verdaderamente esta ciencia de la pintura es hija legítima de la naturaleza, porque la engendra la naturaleza. O, para hablar con más corrección, es nieta de la naturaleza; porque todas las cosas visibles han sido engendradas por la naturaleza, y de ellas ha nacido la pintura. La podemos, pues, llamar, con exactitud, nieta de la naturaleza y parienta de Dios.

406.- El maestro que pretendiera no sólo comprender todas las formas y efectos de la naturaleza, sino también ser capaz de con-servarlas en sí, me parecería de veras rico en ignorancia, ya que tales efectos son infinitos y nuestra memoria no es bastante grande para darles cabida.

407.- Cuida, pues, ¡oh pintor!, de evitar que la codicia de la ganancia venza en ti el honor del arte, pues la ganancia del honor vale mucho más que el honor de la fortuna.

408.- Por estas y otras razones que podrí-

an decirse, debes ante todo atender a que tu dibujo dé al ojo en forma demostrativa la intención y la invención elaborada primero por su facultad imaginativa: agrega o quita después lo necesario hasta quedar satisfecho de tu obra; dispón luego las figuras de hombres vestidos o desnudos, de la manera que te has propuesto hacer efectiva, sometiendo a la perspectiva las magnitudes y medidas, para que ningún detalle de tu trabajo resulte contrario a lo que aconsejan la razón y los efectos naturales. Por ese camino es como llegarás a conquistar honor en tu arte.

409.- Bien sabemos que los errores se descubren más fácilmente en las obras ajenas que en las propias, y que

reprendemos con frecuencia los pequeños errores que otros cometen, mientras ignoramos los nuestros por grandes que sean. Para evitar esta ignorancia, empieza por ser hábil en la perspectiva, y por conocer a fondo las dimensiones del hombre y otros animales. Trata de ser buen arquitecto, en cuanto concierne la forma de los edificios, estudiando también otros objetos que se ofrecen a tu vista y cuya variedad es infinita. Y así, cuanto más de tales nociones vayas adquiriendo, más laudable será tu obra. Si alguno de aquellos objetos se te presenta por vez primera, no dejes de retratarlo del natural.

410.- Nunca debemos recusar, cuando pin-tamos, el juicio de cada uno; porque es claro que aun los que no son pintores conocen y pueden juzgar la forma de otro hombre y ver si es jorobado, o si tiene un hombro, más alto que el otro, o una boca o nariz desproporcio-nada, u otros defectos. Y si hemos de reconocer en los demás capacidad suficiente para opinar, sin equivocarse, de las obras de la naturaleza, con cuánta más razón hemos de confesar que ellos también pueden condenar nuestros errores. Sabiendo cómo nos enga-

ñamos en la apreciación de nuestras obras, consideremos las faltas que otros cometen en las suyas, y sírvannos esas faltas ajenas de ejemplo para nuestro provecho.

411.- Escucha, pues, con paciencia la opinión de otros jueces; y examina y piensa con empeño si tu censor tiene o no razón para censurarte. Si encuentras que la tiene, corrí-

gete. En caso contrario, haz como si no lo hubieras oído, o demuéstrale con argumentos

-si es hombre digno de tu estima- el porqué de su engaño.

412.- Hay toda una generación de pintores que, a causa de su poco estudio, se pasan la vida bajo la muestra del oro y azul de la belleza, declarando neciamente que, si no ponen en obra buenas cosas, es porque se las pagan pobremente, pero que ellos también harían los que otros, si fueran bien pagados.

¡Oh, gente estúpida! ¡Por qué no ofrecen una buena obra, diciendo: ésta es de alto precio; y después otra de precio mediano, y otra, en fin, de ínfimo precio! Así demostrarían que las tienen de todos los precios.

413.- Cuando quieras ver si tu pintura en conjunto está conforme con el objeto que ella tomó del natural, procúrate un espejo y haz que en él se refleje la cosa viva, parangonan-do con tu pintura la imagen reflejada en el espejo; y observa bien si las dos semblanzas, la de la cosa misma y la de la pintura, son conformes entre sí.

414.- Debes tomar al espejo por maestro -

hablo de un espejo plano-, porque sobre su superficie las cosas se asemejan en muchas partes a la pintura.

415.- Ves, en efecto, que la pintura hecha sobre un plano muestra cosas que parecen destacarse, y el espejo, también sobre un plano, realiza lo mismo. La pintura es una sola superficie y análogamente el espejo. La pintura es impalpable en cuanto los objetos que en ella parecen redondos y salientes no pueden circundarse con las manos; y lo mismo pasa con el espejo. El espejo y la pintura muestran las imágenes de las cosas envueltas en sombra y luz; una y otra aparecen bastante más allá de sus superficies.

416.- Y si tú reconoces que el espejo, por medio de los lineamientos y las sombras y las luces, te hace aparecer las

cosas destacándose, tú, que tienes entre tus colores las sombras y las luces más potentes que las del espejo, ciertamente, si sabes combinarlos bien, conseguirás que tu pintura parezca también una cosa natural, vista en un gran espejo.

417.- Cada ramo y cada fruto nace a raíz de su hoja, la cual les hace las veces de madre, ofreciéndoles el agua de las lluvias y la humedad del rocío que le cae de noche, y muchas veces los abriga del calor excesivo de los rayos solares.

418.- Pero tú, pintor, que no gozas de un parecido ordenamiento, no desprecies el estudio, como hacen los ávidos de ganancia; y evita la crítica de los entendidos, complaciéndote en sacar de la naturaleza todas tus representaciones.

419.- Los hombres y las palabras son hechos. El pintor que no sabe utilizar las figuras que representan a los primeros, es como el orador que no sabe emplear bien las segundas.

420.- El joven debe empezar por aprender la perspectiva; después, las medidas de cada cosa; después, debe pasar a manos de un buen maestro que lo acostumbrará a dibujar hermosos miembros; después, dibujará del natural, para confirmar la razón de las cosas aprendidas: después aprenderá bajo la dirección simultánea de diversos maestros, y, en fin, se habituará a poner en práctica y obra su arte.

421.- Digo, pues, que, ante todo, hay que estudiar los miembros y sus movimientos; terminando este conocimiento, pasar al estudio de las actitudes accidentales del hombre: en tercer lugar, componer historias sobre la base de observaciones de actos naturales, al acaso de su

ocurrencia accidental; fijar la mente en ellos y anotarlos a medida que nos aparecen en las calles, en las plazas, en el campo; usando a ese fin una representación con breves lineamientos: es decir que, para significar una brazo, una recta quebrada, y cosa parecida para las piernas y el busto.

Vueltos a casa, traduciríamos en perfecta forma tales recuerdos.

422.- A esto dice mi contrincante que, pa-ra hacerse práctica y producir obras en buen número, es mejor dedicar el primer período de estudio a copiar composiciones hechas sobre papel o en superficies murales por diversos maestros, y así se practica velozmente y se adquieren buenos hábitos de trabajo. A lo que responderemos nosotros que esos hábitos serán buenos a condición de basarse en obras bien compuestas por maestros experimentados. Pero, siendo éstos tan raros que es difícil encontrarlos aún en corto núme-ro, es más seguro ir derechamente a los objetos que nos ofrece la naturaleza, antes que a las imitaciones que los empeoran y que nos inculcarían hábitos mezquinos. Porque no hay que beber de vaso cuando se puede ir a la fuente.

423.- Cuando hayas aprendido bastante perspectiva e incorporado a tu espíritu todos los miembros y cuerpos de las cosas, es pre-ciso que adquieras el gusto, en tus horas de solaz, de ver y examinar tanto los paisajes como los hombres, y las actitudes de éstos cuando discuten o ríen o riñen. Observarás sus acciones mutuas y las de los circunstantes, causantes o simples espectadores de tales cosas, para anotarlas pon signos abreviados, en la forma dicha, sobre una pequeña libreta que llevarás siempre contigo. Sobre sus hojas dibujarás con tinta, pues las cosas que sobre ellas vayas figurando no deben ser borradas con el fin de utilizar de nuevo las hojas, sino que, antes bien, deben conservarse con gran diligencia. Cuando hayas

llenado una libreta, emplearás, otra nueva y, colec-cionadas todas, serán ellas tus autores y maestros, que ayudarán tu memoria, incapaz de recordar, por sí sola, las infinitas formas y movimientos de las cosas.

424.- No quiero excluir de estos preceptos un nuevo invento de especulación, el cual, aunque parezca pequeño y casi risible, es de gran utilidad para encaminar el ingenio hacia varias concepciones. Helo aquí: si observas algún muro lleno de sucias manchas o en el que se destacan piedras de diversas sustancias, y si te propones idear un paisaje, podrás ver allí, sobre ese muro, las imágenes de distintos países, ornados de montañas, ríos, peñascos, árboles, llanuras, grandes valles y cuellos de múltiples formas; podrás ver allí todavía numerosas figuras de batallas y de rápidas acciones, extraños aspectos de rostros y actitudes, y otras infinitas cosas que podrás integrar en formas de arte. Y te parecerá que, al contemplar sobre el muro tal mezcla de cosas imaginarias, te ocurre lo mismo que cuando oyes un sonido de campanas, y te entretienes en fantasear nombres y vocablos correspondientes a cada toque.

425.- Me ha sucedido ya, a veces, mirando una nube o un muro, descubrir en ellos manchas que, si bien privadas en realidad de perfección, en algún detalle despertaban mi inventiva, gracias a la perfección de sus movimientos y actitudes.

426.- Los cuartos o habitaciones pequeños concentran el espíritu; los grandes lo dispersan.

427.- ¡Pobre maestro aquél cuya obra es superior a su juicio! Aquel cuya obra es supe-rada por su juicio, marcha en derechura a la perfección de su arte.

428.- ¡Pobre discípulo el que no deja atrás a su maestro!

429.- Cuando la obra supera el juicio del operador, éste avanzará poco. Pero cuando el juicio supera la obra, ésta irá perpetuamente mejorando -si la codicia del dinero no lo impide.

430.- Estudia, ¡oh, pintor!, el modo de conseguir que tus obras atraigan a los espectadores y los hagan detenerse con gran admiración y deleite; y no atraerlos y despedirlos luego, como atrae el aire en horas de la noche a uno que se arroja desnudo del lecho para admirar la calidad de ese aire, nebuloso o sereno, y vuelve a acostarse muy pronto, corrido por el frío. Ejecuta, al contrario, obras que se asemejen al aire que en tiempos calu-rosos nos arranca de nuestros lechos y nos retiene a gozar del estivo fresco; y no quieras ser más práctico que docto, ni permitir que la codicia venza al deseo de adquirir la gloria merecidamente conquistada con tu arte.

431.- ¿No ves tú que, entre las humanas bellezas, un bellísimo rostro detiene a los transeúntes mejor que las riquezas que lo encuadran? Me refiero aquí a los que adornan sus pinturas con abundancia de dorados em-belecos.

432.- ¿Y no ves cómo pierde en parte su excelencia la más esplendorosa hermosura cuando la recargan excesivos o demasiados rebuscados ornamentos? ¿No encontraste nunca alguna campesina envuelta en toscos paños incultos, y más bella así que otras por-tadoras de vistosos atavíos?

433.- No representes, pues, en tus figuras aquellos tocados que los tontos aderezan con gran afectación, temerosos siempre de que un solo cabello fuera de lugar provoque la censura de los espectadores circunstantes, los cuales, abandonando su primer pensamiento, no hablen ya de otra cosa ni critiquen otra cosa. Tales hombres tienen por

constantes consejeros el espejo y el peine; y el viento, que pone en desorden sus acicaladas cabelleras, es su más mortal enemigo.

434.- Haz que, en las cabezas que dibujes, los rizos jugueteen movidos por el fingido viento, alrededor de los juveniles rostros, ornándolos con su revolotear gracioso y cam-biante; y guárdate bien de hacer como aquellos que parecen haberse propuesto emba-durnar con engrudo las guedejas y dar a los rostros no sé qué aspecto vidrioso. Locuras, siempre en aumento, de ciertos seres, a quienes no bastando para oponerse a que el viento altere la lisura de sus cuidadas mele-nas con la goma arábiga traída por los navegantes desde los países de oriente, buscan algún artificio más ridículo todavía.

435.- Puesto que no atiendo menos a la escultura que a la pintura, y alcanzo en una y otra el mismo grado, creo poder eludir toda grave acusación pronunciándome sobre la facultad de inventiva, la dificultad de ejecución y la perfección que revela cada una de ellas. En primer lugar la escultura está sometida a determinada luz que le viene de lo alto, mientras que la pintura trae consigo luz y sombra de todos lados; esta cuestión de luz y sombra es, pues, importante en la escultura.

El escultor obtiene una y otra con la ayuda natural del relieve, que por sí solo las genera; el pintor, con la oportuna aplicación de su arte, las crea allí donde lo haría razonablemente la naturaleza. El escultor no puede diversificar los caracteres variados de los colores; el pintor dispone de todos los colores que desee. Las perspectivas de los escultores carecen de toda verdad; la del pintor alcanzan a cien millas de distancia. La perspectiva aérea es ajena a la escultura, la cual no sabe figurar ni los cuerpos transparentes, ni los luminosos, ni las formas reflejadas, ni

los cuerpos lúcidos -como los espejos y otros objetos brillantes similares-, ni las nubes, ni la niebla, ni la oscuridad, ni otras muchísimas cosas que no mencionamos para no aburrir.

436.- Lo que tiene a su favor es su resistencia al tiempo; aunque la pintura tiene aná-

loga resistencia cuando se la ejecuta sobre una lámina gruesa de cobre, recubierta de esmalte blanco, empleando colores, también de esmalte, y exponiendo todo al fuego. Esta pintura al esmalte aventaja a la escultura en duración. Se podrá argüir que un error en la escultura no es fácil de remediar: triste argumento para probar que lo irremediable de toda negligencia da mayor dignidad a la obra.

Ya os contestaré que el ingenio del maestro que tales errores comete es más difícil de reparar que la obra malograda por él. Bien sabemos que el escultor entendido y práctico no caerá en estos errores, sino que, mediante la aplicación de reglas apropiadas, irá extrayendo material poco a poco hasta llevar a buen término su trabajo. Además, si el escultor recurre a la arcilla o a la cera, podrá agregar o quitar, y, concluido el modelo, va-ciarlo en bronce: última operación, y la más permanente, de la escultura; ya que la obra de bronce no está expuesta a arruinarse, co-mo la de mármol.

437.- De modo, pues, que la pintura de cobre es susceptible, por sus métodos, de agregados o reducciones, como la escultura en bronce, la cual admite igualmente unos y otras en el modelo de cera provisorio. Si esta escultura de bronce es eterna, la pintura de cobre o de vidrio es eternísima; si el bronce queda negro y feo, la pintura se muestra llena de diversos y lindos colores de infinita variedad. Y si quisieras solamente referirte, como antes, a la pintura sobre madera,

yo daría en estos términos mi sentencia: -Así como la pintura es más bella y de más fantasía y más copiosa, la escultura es más durable; pero ninguna otra cosa tiene a su favor.

438.- La escultura, con poco trabajo, muestra lo que en la pintura parece cosa de milagro: dar una apariencia palpable a objetos impalpables, relieve a lo que es plano, lejanía a lo que está cerca. En efecto, la pintura está ordenada de infinitas especulaciones que la escultura desconoce.

439.- La escultura no es ciencia, sino arte muy mecánica. Produce con sudor y fatiga corporal para el operario. Bastan al escultor las simples medidas de los miembros y el conocimiento de los movimientos y actitudes, y ahí termina su dominio; mostrando al ojo cada objeto como es, sin provocar la admiración del espectador; mientras que la pintura la conquista, exhibiendo, a fuerza de ciencia, en una superficie plana, las vastísimas campiñas con sus lejanos horizontes.

440.- Entre la pintura y la escultura no encuentro más que esta diferencia: que el escultor ejecuta sus obras con mayor fatiga de cuerpo que el pintor, y el pintor ejecuta las suyas con mayor fatiga de mente.

441.- Así se demuestra que el escultor, a fuerza de brazo, va haciendo saltar a golpes en el bloque de mármol u otra piedra dura, materia de la obra que realiza, todo lo que excede a la figura encerrada en él. Su ejercicio, mecánico en alto grado, va frecuentemente acompañado de copioso sudor, que se mezcla con el polvo y se convierte en fango.

Con el rostro enharinado como el de un pa-nadero y todo él cuerpo cubierto de menudas escamas de mármol, diríase que le ha nevado encima. Su habitación, llena de fragmentos de piedra, es sucia y polvorienta.

442.- Todo lo contrario ocurre con el pintor

-sólo hablamos, claro está, de pintores y escultores excelentes-. Bien vestido, cómodamente sentado frente a su obra, mueve sobre la tela su livianísimo pincel embebido en finos colores. Sus ropas son elegantes y a su gusto. Su habitación es limpia, y pinturas exqui-sitas le sirven de ornato. Se hace acompañar a veces de músicos y lectores, que hacen oír bellas y variadas producciones, las cuales -

lejos de todo ruino de martillos o de cualquier otro bullicio- son escuchadas con deleite.

443.- No hay comparación posible entre el ingenio, artificio y discurso de la pintura y los de la escultura. Para esta última, la perspectiva es resultado material y no artificial; no implicando, por consiguiente, ninguna dificultad.

444.- Si el escultor hace notar su incapacidad de restablecer lo que haya quitado con exceso en alguna parte de su obra, cosa que el pintor puede hacer fácilmente, responderemos que si tal hizo fue por falta de entendimiento y maestría. Si sabe medir exacta-mente, no quitará lo que no debe; el error, pues, no ha de imputarse a la materia, sino al operario.

445.- Pero ocupémonos tan sólo de los maestros, y no de los malgastadores de mármol.

446.- Esos maestros no confían 'en el juicio de sus ojos, que siempre engaña, como lo comprobará quien se proponga dividir una línea en dos partes iguales sin más criterio que la vista: con mucha frecuencia el experi-mento le demostrará la equivocación de sus ojos. Y es porque siempre sospechan, que los buenos jueces temen siempre -al revés de lo que hacen los ignorantes-, y buscan su go-bierno en el conocimiento de cada longitud, espesor y ancho; de ese

modo no se exponen a aquel error sin remedio de quitar material con exceso.

447.- Pero la pintura tiene maravillosos artificios y sutilísimas especulaciones, que faltan a la escultura, la cual es de muy men-guado discurso.

448.- Al escultor que afirma que su obra es más permanente que la de la pintura, basta responder que tal permanencia es virtud de la materia esculpida y no del escultor, el cual no debe atribuirse la gloria de dicha virtud, sino dejarla a la naturaleza, creadora de la materia.

449.- La pintura es de más discurso mental y de mayor artificio y maravilla que la escultura, por cuanto la necesidad obliga la mente del pintor a transmutarse en la mente misma de la naturaleza, y a ser intérprete entre la naturaleza y el arte, comentando con aquélla las causas de sus figuraciones obe-dientes a sus leyes; y cómo las imágenes de los objetos que nos circundan concurren con los verdaderos simulacros a la pupila de nuestro ojo; y entre los objetos de igual ta-maño, cuál parecerá mayor a la vista; y entre colores iguales, cuál se mostrará más o menos oscuro, más o menos claro; y entre las cosas colocadas a un mismo nivel bajo, cuál parecerá estar más o menos alta; y si a un mismo nivel alto, cuál más o menos alta; y en fin, de entre objetos iguales, colocados a diversas distancias, por qué unos se mostrarán menos aparentes que los otros.

450.- Este arte contiene y encierra en sí todas las cosas visibles, lo cual no está al alcance de la pobre escultura. Ella puede representar los colores y las medias tintas y figurar los objetos transparentes, que el escultor reproducirá de la naturaleza sin ningún artificio; el pintor te mostrará la diversidad de las distancias, mediante la variación que sufren los colores por la interposición del aire entre los

objetos y el ojo; y las nieblas a través de los cuales penetran con dificultad las imágenes de los objetos; y las lluvias, con las nubes y los montes y los valles tras de sí; y la polvareda que levantan los pies de los combatientes y que los cubren a ellos mismos; y las humaredas más o menos densas; y los peces que juguetean bajo la superficie del agua, y el fondo de ésta; y, sobre las limpias arenas del cauce de los ríos, guijarros pulidos de diversos colores, mezclados con hierbas ondulantes; y las estrellas de diferentes alturas sobre nosotros; y así, otros objetos innumerables, a los que no alcanza la escultura.

451.- La escultura no tiene la belleza de los colores ni su perspectiva; no puede, como la pintura, poner en perspectiva y desdibujar los contornos de las cosas remotas, porque para la escultura los contornos de los objetos lejanos son tan determinados como los de los objetos próximos. No sabrá ocultar más los objetos remotos, mediante el aire interpuesto entre ellos y nuestro ojo, para que aparezcan velados, como las figuras que muestran la desnuda carne bajo los velos que las cubren.

No podrán, en fin, representar menudos guijarros bajo la superficie de aguas transparentes.

Alegorías - I - Bestiario

452.- León.- Este animal con su atronador rugido despierta sus cachorros de tres días y les aviva los sentidos, adormecidos; y todas las fieras de la selva huyen llenas de pavor.

453.- Pueden asimilarse estos cachorros de león a los hijos de la virtud, que se des-piertan al grito de la gloria y, educados en estudios honorables, crecen en mérito,

mientras que los malvados huyen al oír ese grito y se alejan de los hombres virtuosos.

454.- El león cubre las señales de sus pisadas para ocultar su marcha al enemigo; así conviene al capitán disimular los secretos de su alma, para que los enemigos ignoren sus designios.

455.- Felinos.- Los leones, leopardos, panteras y tigres encierran las uñas en su estuche, y no las desenvainan sino para lanzarse sobre la presa o sobre el enemigo.

456.- Cuando la leona defiende sus cachorros del ataque de los cazadores, para no asustarse de los chuzos, baja a tierra los ojos, y evita con su huida que sus hijos cai-gan prisioneros.

457.- El león, este animal terrible, teme, sin embargo, más que ninguna otra cosa, el estrépito de las carretas vacías, y el canto de los gallos, cuyas crestas también le infunden miedo. Si le cubren la cara, pierde mucho de su coraje.

458.- La cólera.- Cuéntase del oso que va a las colmenas a robar la miel a las abejas y que, picado por éstas, deja la miel y busca el modo de vengarse. Queriendo vengarse de todas, no logra vengarse de ninguna. Lleno de rabia se arroja al suelo y, sacudiendo pies y manos, trata, pero en vano, de defenderse de sus atacantes.

459.- Pantera.- Tiene la forma de una leona, pero es más alta de patas y más delgada y larga. Es toda blanca, punteada de manchas negras y redondas. Todos los animales se deleitan en mirarla. Estarían de buena ga-na a su alrededor, si no fuera por lo terrible de su aspecto. Ella, que lo sabe, esconde la cara, deja que los animales la rodeen, creyendo poder gozar seguros de tanta belleza; se arroja entonces sobre el que está más cerca y lo devora.

460.- Camellos.- Los bactrianos tienen dos jorobas; los árabes una. Son veloces en los combates y utilísimos como bestias de carga.

Es observador muy exacto de reglas y medidas. No se mueve, sí lo cargan más de lo acostumbrado; y también si se le quiere obligar a hacer un viaje demasiado largo, bruscamente se detiene, forzando a los viajeros a acampar allí mismo.

461.- Tigre.- Nace en Hircania. Su piel manchada le asemeja algo a la pantera. Es animal terriblemente veloz. Después de llevarse sus cachorros, el cazador pone algunos espejos en el sitio de donde los robó y huye enseguida, montando en su rápido caballo.

Cuando vuelve la madre y observa los espejos puestos sobre el suelo, se mira en ellos y cree ver sus cachorros. Arañando con sus garras, descubre el engaño, y entonces, husmeando el olor de los cachorros, sale en persecución del cazador. Cuando éste la ve cerca, deja caer uno de los cachorros, que la madre coge y lleva enseguida a su cueva, volviendo luego a correr tras el cazador, el cual abandona otro cochorro, y así hasta llegar con los restantes al bote que lo espera.

462.- Elefante.- El gran elefante posee por naturaleza lo que rara vez se encuentra en los hombres: probidad, prudencia, equidad y observancia religiosa. Al renovarse la Luna, va a purificarse en los ríos, lavándose solem-nemente y, después de saludar el planeta, vuelve a las selvas. Cuando se enferma, se echa con el lomo sobre e suelo y arroja hierbas hacia el cielo como si quisiera hacer un sacrificio.

463.- Entierra sus colmillos cuando se le caen de vejez. De sus dos dientes, emplea uno para excavar las raíces de que se alimenta; el otro, que conserva puntiagudo, le sirve para

combatir. Cuando es vencido por los cazadores y el cansancio le abate, rompe sus dientes, se los arranca, y con ellos se rescata.

464.- Es clemente y sabe prever los peligros. Si encuentra a un hombre solo y extra-viado, lo reconduce al camino que ha perdido.

Si descubre las huellas de un hombre antes de verlo, temiendo una emboscada, se detiene, resopla, las muestra a otros elefantes, y todos en fila se ponen en marcha con prudencia.

465.- Van siempre en tropas, con el más viejo a la cabeza y el que lo sigue en edad detrás de todos. Son púdicos, se ocultan en la sombra de la noche para acoplarse, y no retornan a sus tropas sino después de haberse lavado en el río. No pelean nunca con las hembras, como otros animales. Son tan com-pasivos por naturaleza, que evitan hacer da-

ño a los menos fuertes, y si tropiezan con una manada de ovejas, las desvían con la trompa, por miedo a pisotearlas: y no hacen mal, si no son provocados. Si uno cae en una zanja, los otros aportan ramas, tierra y piedras para rellenarla; y elevando el fondo, salvan a su compañero. Les asusta el gruñir de los puercos, que los hace ir reculando, con lo que no hacen menos daño a sus compañeros que a los enemigos. Sienten gran placer vagabundeando en la proximidad de los ríos, pero su enorme peso les impide pasarlos a nado. Engullen piedras, y los troncos de los árboles son su alimento favorito. Detestan las ratas. Las moscas, atraídas por su olor, se les posan encima, pero ellos las matan, apretándolas entre los pliegues de su piel.

466.- Cuando atraviesan un río, mandan primero a los más jóvenes aguas abajo y, colocándose aguas arriba, rompen el

curso unido del agua y evitan así que su corriente arrastre a aquéllos.

467.- Unicornio.- El unicornio olvida su fe-rocidad, incapaz de vencer la atracción que sobre él ejercen las mujeres. Dejando de lado toda suspicacia, se llega a una de ellas y duerme en su regazo. Y es así cómo los cazadores consiguen apoderarse de este animal selvático.

468.- Humildad.- Es el cordero sumo ejemplo de humildad. Se somete a todos los otros animales. Cuando es arrojado a la jaula del león para servir a éste de alimento, se entrega a él como a la propia madre, y tan mansamente que se ha visto muchas veces al león negarse a matarlo.

469.- Abstinencia.- Cuando el asno salvaje vaya a beber a la fuente y encuentre turbia el agua, por mucha sed que tenga, se abstendrá de beber y esperará a que el agua se aclare.

470.- Adulación.- La sirena canta tan dulcemente que adormece a los marineros, y logra trepar sobre los barcos y matar a los marineros adormecidos.

471.- Castigo.- Cuando el lobo penetra cautamente en un establo y pone por acaso el pie en falso, causando ruido, se muerde el pie para castigar su error.

472.- Locura.- Como el toro salvaje odia el color rojo, los cazadores se valen de este ardid para vencerlo: envuelven el tronco de un árbol con un paño rojo; el toro atropella con gran furia, clavando sus cuernos en el tronco, y esto permite a los cazadores matarlo a mansalva.

473.- Temperancia.- El camello es el animal más lujurioso que existe, capaz de correr mil millas tras la hembra. Pero es, sin embargo, respetuoso con la madre o la hermana, ante las cuales sabe dominar su intemperan-cia.

474.- Falsedad.- El zorro, si descubre una bandada de urracas, cornejas o aves semejantes, se echa al suelo, con la boca abierta, haciéndose el muerto. Los pájaros bajan entonces para devorarle a picotazos la lengua, y el zorro los atrapa por la cabeza.

475.- Mentira.- El topo tiene ojos muy pequeños y habita constantemente bajo tierra.

Vive mientras está oculto, pero muere apenas sala a la luz, porque no puede seguir ya min-tiendo.

476.- Delfín.- La naturaleza ha concedido a los animales no sólo el conocimiento de sus ventajas, sino, además, el de las desventajas de sus enemigos. El delfín tiene conciencia de lo que vale el filo de las aletas que lleva sobre el lomo. Sabe también cuán fácilmente penetrable es la panza del cocodrilo. Así, cuando combate con él, se le acerca por debajo y lo mata abriéndole el vientre. El cocodrilo es temible para el que huye de él, pero en extremo cobarde con el que lo persigue.

477.- Hipopótamo.- Cuando se siente enfermo, se echa a buscar espinas o, donde pueda hallarlos, los fragmentos cortados de cañas, y con ellos se frota hasta que consigue abrirse una vena y, después de extraer la sangre necesaria, cierra con fango la herida.

Su forma es parecida a la del caballo, pero tiene las uñas hendidas, la cola torcida, dientes de jabalí, el pescuezo cubierto de crines; su piel es impenetrable cuando está seca; se nutre de cereales. Entra en los campos reculando, de modo que parezca haber seguido la dirección contraria.

478.- Alce.- Nace en la isla Escandinavia.

Tiene la apariencia de un caballo grande, pe-ro se distingue del caballo en la considerable longitud del cuello y de las orejas. Pace la hierba reculando, pues tiene el labio superior tan saliente que cubriría con él la hierba, si quisiera comerla avanzando. Tiene las piernas sin coyunturas y, por esta razón, cuando se apresta a dormir, tiene que apoyarse contra un árbol. Los cazadores, que saben dónde acostumbra a dormir, cortan casi todo el tronco de su árbol preferido, y así, cuando el alce viene a dormir, cae al suelo y los cazadores se apoderan de él. Por ningún otro medio lo conseguirían, porque la velocidad de su carrera es increíble.

479.- Bisonte.- Nace en Panonia. Tiene crines sobre el cuello, como el caballo; pero es semejante al toro en el resto del cuerpo, salvo en sus vasos, doblados hacia adentro, le impiden dar coces; y por eso no tiene otro medio de salvación que la fuga, durante la cual va arrojando estiércol en un trayecto de cuatrocientas brazas. Ese estiércol quema cuanto toca, como fuego.

480.- Ciervo.- Cuando se siente mordido por la araña llamada falangio, come cangrejos y así se libra del veneno.

481.- Comadreja.- Cuando sale a cazar ratas, come ruda antes.

482.- Jabalí.- Cura sus enfermedades comiendo hiedra.

483.- Serpiente.- Cuando quiere renovar su piel se despoja de ella, empezando por la cabeza. La operación dura un día y una noche.

484.- Pantera.- Con las entrañas fuera lucha todavía con los perros y los cazadores.

485.- Paz.- Se ha escrito que el castor, cuando los cazadores lo persiguen a causa de la virtud medicinal de sus testículos,

sabiéndolo, se detiene, si no puede huir, los corta con sus afilados dientes, y los abandona a sus enemigos.

486.- Temor o cobardía.- La liebre tiembla de temor perpetuamente. Basta para asustar-la y hacerla huir el ruido de las hojas que caen de los árboles en otoño.

487.- Castidad.- La tórtola no engaña ja-más a su compañero. Si éste muere, el otro observa perpetua castidad, y no se posa más sobre las ramas verdes, ni bebe agua clara.

488.- Avaricia.- El sapo se nutre de tierra, y está siempre flaco, porque no come nunca hasta saciarse: tanto es su temor de que llegue a faltarle el alimento. Huye de la luz del sol; y cuando a ella es expuesto con violencia, se hincha y oculta la cabeza para res-guardarla de sus rayos. Tal hace el enemigo de la clara y esplendente virtud, cuando su rebelde espíritu es obligado a enfrentarla.

489.- Armiño.- Come frugalmente una sola vez al día; y preferirá caer en manos del cazador a mancillar en algún sucio pantano la blancura delicada de su piel.

490.- Catoblepas (gnu).- Nace en Etiopía, cerca de las fuentes del Niger (Nigricapo). Es un animal de moderado tamaño, perezoso en todos sus miembros. Su cabeza es tan grande que la lleva trabajosamente, siempre inclinada hacia el suelo. Gracias a esta circunstan-cia, no es fatal al hombre, pues todo aquel a quien mira muere instantáneamente.

491.- Basilisco.- Es nativo de la provincia Cirenaica. No mide más de doce dedos. Tiene en la cabeza una mancha blanca a manera de diadema. Valiéndose de su silbido, caza toda clase de serpientes. Se asemeja a una culebra, pero no se mueve tortuosamente, sino manteniéndose rígido, del medio del cuerpo a la cabeza. Se dice que, cuando un jinete lo

mata de un lanzazo, el veneno del basilisco sube a lo largo de la lanza y mata al caballo, pero no al jinete. Destruye los cereales que toca y aun aquellos que sólo reciben su aliento.

492.- Comadreja.- Descubre la cueva del basilisco por el olor de su orina derramada, y lo mata; pero muchas veces ese mismo olor mata a la comadreja.

493.- Crueldad.- El basilisco es tan cruel que, cuando no puede matar a los animales con sus ojos venenosos, se vuelve contra las hierbas y los árboles, y los deseca con los efluvios de su mirada.

494.- Víbora.- La hembra ataca al macho -

y esto es exclusivamente propio de su especie- abriendo la boca y mordiéndolo con sus agudos dientes hasta matarlo. Los hijos salen de su cuerpo desgarrándole el vientre y causando así su muerte.

495.- Boa.- Es una culebra de grandes dimensiones. Se enrosca a las patas de la vaca, inmovilizándola, y luego la ordeña hasta ago-tarla. Fue muerta una culebra de esta especie en tiempos del emperador Claudio, sobre el monte Vaticano, la cual tenía en su interior el cuerpo entero de un niño que se había traga-do.

496.- Dragón.- Van enlazados unos con otros formando a manera de zarzas, y pasan los pantanos nadando con la cabeza levanta-da, en busca de mejor postura. Si no se unie-ran de ese modo, perecerían ahogados: modelo de concordia. Cuando el dragón ve un pájaro que vuela por el aire, le arroja un tan fuerte soplo de su aliento, que lo hace caer en su boca.

497.- Marco Régulo, cónsul del ejército romano, fue asaltado por uno de estos animales y estuvo a punto de verse

aniquilado, él y su gente. Se logró matarlo con una má-

quina de guerra, y se halló que medía ciento veinticinco pies o sesenta y dos brazas y media. Su cabeza se levaba sobre todos los árboles de una selva.

498.- Combate con el elefante anudándole las patas con la cola y rodeándole las costillas con las alas y las garras, mientras le destroza con los dientes la garganta. El elefante cae vencido sobre el dragón y lo aplasta con su peso; y así, muriendo, se venga de su enemigo.

499.- Cerasta.- Tiene cuatro pequeños cuernos móviles. Cuando quiere alimentarse, esconde bajo las hojas todo el cuerpo, excepto los cuernecillos. Moviendo éstos, los pájaros que los toman por gusanillos que juegan entre ellos, bajan a comerlos, y entonces el cerasta se enrosca alrededor de ellos y los devora.

500.- Anfisbena.- Tiene dos cabezas: una en el sitio normal, la otra en la cola, como si no le bastase con una para arrojar su veneno.

501.- Jáculo.- Se posa sobre los árboles, se lanza desde ellos como un dardo y atraviesa el cuerpo de los animales salvajes, matándolos.

502.- Áspid.- La mordedura de este animal es incurable, a menos de extirpar enseguida las partes mordidas. Este odioso animal tiene tanto afecto por su compañera, que siempre van juntos, y si uno es muerto, el otro persigue al matador con increíble velocidad, y en su deseo furioso de venganza no lo vencería ninguna dificultad, no lo detendría un ejército; sólo desea una cosa la ruina de su enemigo. Para satisfacer ese deseo, traspone las más largas distancias y no hay otro medio de escapar a su persecución que ganarle en velocidad o trasponer una corriente de agua.

503.- Icneumón.- Este mortal enemigo del áspid es nativo de Egipto. Cuando descubre cerca del sitio en que habita la presencia de un áspid, corre enseguida a buscar la arena o el fango de los bordes del Nilo, y con ellos se embadurna todo, y después de secarse al sol, repite la operación varias veces, procurándose así tres o cuatro vestiduras semejantes a corazas. Ataca entonces a su enemigo y pelea con él valientemente hasta el momento en que logra, cogiéndolo por la garganta, matarlo.

504.- Cocodrilo.- Nace en el Nilo; es animal cuadrúpedo; causa tantos perjuicios en el agua como fuera de ella. Es el único animal privado de lengua que se conoce. Muere moviendo sólo la mandíbula superior. Crece hasta alcanzar el largo de cuarenta pies. Tiene garras, y su cuerpo está defendido por una piel coriácea que resiste a todos los golpes.

Pasa el día en tierra y la noche en el agua, y se alimenta de peces. Se adormece en las riberas del Nilo, con la boca abierta, y el pequeñísimo pájaro llamado troquilo se introduce en ella y, saltando entre sus dientes, le va sacando por dentro y fuera con el pico, los restos de alimento que le han quedado entre ellos, provocando así en el cocodrilo una sensación voluptuosa que lo invita al sueño.

Cuando el icneumón lo percibe en este estado, se arroja en su boca ampliamente abierta, le perfora el estómago y los intestinos y lo mata finalmente.

505.- Hipocresía.- Cuando el cocodrilo sor-prende a un hombre, lo mata enseguida.

Después de matarlo se compadece de él con voz lastimera y lo llora con muchas lágrimas.

Cuando ha terminado: su lamentación, lo devora cruelmente. Tal hace el hipócrita, que disimula, con el rostro bañado en lágrimas, su corazón de tigre y, mostrando apiadarse, en el tondo de su corazón se regocija de los males ajenos.

506.- Camaleón.- Vive del aire, en el cual todos los pájaros lo dominan. Para estar más seguro, vuela sobre las nubes hasta encontrar aire tan sutil que no puede sostener a los pájaros que lo persiguen. A esa altura sólo llega aquel a quien el cielo da permiso, es decir, el camaleón.

507.- Oruga.- Teje con empeñoso trabajo, admirable artificio y fina labor, la habitación nueva que la encierra y de la cual sale, con sus bellas alas de colores, para elevarse al cielo. (Alegoría de la virtud.) 508.- Araña.- Saca de sí misma la obra maestra de su artificiosa tela, que le da como premio de su trabajo la presa en ella prisio-nera.

509.- Tarántula.- La mordedura de la ta-rántula mantiene al hombre en la disposición de espíritu en que se hallaba cuando fue mordido.

510.- Justicia.- Se puede comparar la virtud de la justicia con el rey de las abejas, el cual ordena y dispone todas las cosas razonablemente; manda a algunas que vayan a las flores, a otras que trabajen, a otras que peleen contra las avispas, a otras que quiten las inmundicias, a otras que acompañen y escolten al rey. Cuando es viejo y pierde las alas, lo transportan, y si alguna falta a este deber, la castigan sin remisión.

511.- Cigarra.- Con su canto hace callar al cuclillo. Muere en el aceite y revive en el vi-nagre. Canta durante los calores ardientes.

512.- Escorpión.- La saliva, escupida en ayunas, lo mata. De igual modo la abstinen-cia de los placeres del paladar se lleva y mata las enfermedades que de ellos provienen y abre el camino de la virtud.

513.- Murciélago.- Donde hay más luz, más se enceguece y más se ofusca cuanto más mira el sol. Aplicable al vicio que no puede soportar la presencia de la virtud.

514.- Prudencia.- La hormiga, por instinto natural, se provee en el verano para el invierno, matando las semillas que va almace-nando para que no renazcan, y de ellas se alimenta a su tiempo.

515.- Búho o lechuza.- Privan de la vista a los animales con quienes pelean y de los cuales se nutren, siguiendo así las órdenes de la naturaleza.

- II - Volucrario

516.- Amor de la virtud.- La alondra es un pájaro del que se cuenta que, llevado junto a un enfermo, si éste ha de morir desvía de él los ojos, alejándose; en caso contrario, no aparta de él la vista y así lo libra de cualquier enfermedad.

517.- Del mismo modo, el amor de la virtud rehuye mirar cosa vil o baja; antes bien, se asocia a todo lo que es honesto y virtuoso y constituye su morada en los corazones nobles, a semejanza de los pájaros que habitan en las verdes selvas, sobre los ramos florecidos. Ese amor se muestra más en la adversi-dad que en la prosperidad, como la luz que resplandece más cuando ilumina un lugar sombrío.

518.- Alegría.- Se la representa por el gallo, que cualquier ínfima cosa llena de regocijo, haciéndolo cantar y agitarse en variados y juguetones movimientos.

519.- Tristeza.- Se asemeja al cuervo que, observando la blancura de sus pichones, con gran dolor se aleja de ellos, los abandona con tristes lamentaciones y no los alimenta hasta que les ve algunas pocas plumas negras.

520.- Magnanimidad.- El halcón quiere, soberbio y orgulloso, dominar a todas las aves de presa; prefiere siempre estar solo y se le ha visto muchas veces atacar al águila, rey de las aves. Sólo caza pájaros grandes, y preferiría morir antes que alimentarse de pá-

jaros pequeños o de carne fétida.

521.- Envidia.- Se ha escrito del buitre que, cuando en el nido sus pichones engor-dan demasiado, los picotea y los tiene sin comer, movido por la envidia. Su apetito lo domina a tal extremo que volaría miles de millas por comer una carroña; por eso es que sigue a los ejércitos.

522.- Águila.- Cuando es vieja, vuela tan alto que se quema las plumas, y la naturaleza permite que recobre su juventud, cayendo en un agua poco profunda. Si sus aguiluchos no pueden sostener la vista del Sol, no los alimenta. ¡Que ningún pájaro que no quiera morir se acerque a su nido! ¡Cómo la temen los animales! No les hace ningún mal, sin embargo (a menos de ser provocada), y siempre les deja restos de sus presas.

523.- Ibis.- Se asemeja a la cigüeña.

Cuando se siente enfermo, se llena el buche de agua y se clisteriza con el pico.

524.- Cuervo.- Cuando ha dado muerte a un camaleón, se purga con laurel.

525.- Ingratitud.- Las palomas son parangón de ingratitud; en efecto, cuando llegan a la edad en que no necesitan más ser alimen-tadas, empiezan a pelear con el padre y no termina la lucha hasta que el hijo desaloja al padre y le roba su compañera.

526.- Avestruz.- Convierte el hierro en su alimento. Empolla los huevos con la vista.

Símbolo de las armas, alimento de los gue-rreros.

527.- Cisne.- Es blanco, sin mancha alguna. Canta dulcemente antes de morir; y con ese canto concluye su vida.

528.- Lumerpa.- Nace en el Asia Menor. Su cuerpo es tan resplandeciente que no proyecta sombra. No pierde su luz después de muerto. No le caen jamás las plumas, y si una se le arranca, deja ésta de resplandecer.

529.- Pelícano.- Siente gran amor por sus hijos; si los encuentra en el nido, muertos por una serpiente, se hiere en el corazón y bañándolos en una lluvia de sangre, les devuelve la vida.

530.- Perdiz.- Se convierte de hembra en macho y se olvida de su sexo primitivo; roba entonces por envidia los huevos a las otras aves, pero los pichones siguen a la verdadera madre.

531.- Golondrina.- Con la piedra quelidonia da la vista a sus hijos, que nacen ciegos.

532.- Lagarto.- Cuando pelea con serpientes, come cerraja y así escapa a sus mordeduras.

533.- Liberalidad.- Del águila se cuenta que, por mucha hambre que tenga, deja siempre una parte de su presa a los pájaros que la rodean, y éstos, incapaces de conseguir por sí mismos el alimento, la acompañan y aprovechan de su liberalidad.

534.- Grulla.- Temiendo que su rey perez-ca por falta de vigilancia, las grullas lo rodean de noche, sosteniendo una piedra en una garra a fin de que si el sueño las vence, el ruido que haría la piedra al caer las despierte.

Amor, temor y reverencia: escribe estas palabras sobre tres piedras de grulla.

535.- Jilguero.- Da euforbio a sus hijuelos enjaulados, prefiriendo verlos muertos antes que privados de la libertad.

536.- Gallo.- No canta sin sacudir primero por tres veces las alas. El papagallo, al cambiar de rama, no pone la pata donde no ha puesto antes el pico.

537.- Gratitud.- La virtud de la gratitud es, según se dice, muy general en los pájaros llamados abubillas los cuales, reconocidos del beneficio recibido del padre y de la madre con la vida y la alimentación, cuando ven que están viejos, les construyen un nido, les dan calor y les procuran de comer. Les arrancan con el pico las plumas viejas y feas y, empleando ciertas hierbas, les devuelven la vista, de modo que tornan a ser felices.

538.- Lujuria.- El murciélago, desenfrena-damente lujurioso, no observa en sus aco-plamientos las diferencias de sexo.
539. Va-nagloria.- Se ha escrito, a propósito del pavo real, que supera en este vicio a todos los otros animales. Contempla constantemente la belleza de su cola, desplegándola en forma de rueda y atrayendo a sí, con su

grito, la atención de las bestias circunstantes. Es éste, de todos los vicios, el más difícil de vencer.

540.- Constancia.- El fénix representa la constancia. Previendo por instinto su renovación, soporta con constancia el ardor de las llamas que lo consumen; y luego, una vez más, renace.

541.- Inconstancia.- Puede figurarse en la golondrina, la cual está siempre en movimiento, huyendo de la menor incomodidad.

542.- Fidelidad.- Las grullas son tan fieles y leales a su rey que de noche, mientras duerme, algunas hacen la guardia alrededor del prado, mirando desde lejos, y otras se quedan cerca del rey. Y cada una lleva una piedra agarrada, en forma que, si fueran vencidas por el sueño, el ruido de la piedra al caer, las despertaría. Otras, en fin, duermen juntas alrededor del rey, turnándose cada noche, temerosas siempre de perderlo.

Descripciones Representación del diluvio

543.- La densa lluvia había oscurecido el aire. Su trayecto oblicuo se plegaba obede-ciendo el curso transversal de los vientos, y formaba ondas parecidas a las que forma el polvo agitado; con esta diferencia, sin embargo, que tal inundación era atravesada por las líneas que las gotas de agua figuran al caer. Por su color le venía del fuego generado por las saetas que hendían las nubes desgarrándolas, y cuyos resplandores herían y abrían los mares que llenaban los valles, y mostraban en las partes más altas las copas dobladas de los árboles. Y se veía a Neptuno en medio de las aguas alzando su tridente, y a Eolo arrastrando con sus vientos las plantas que, desarraigadas y flotantes, se entrevera-ban con las ondas inmensas.

544.- Toda la bóveda celeste y el horizonte que la limita, aparecían borrascosos e incendiados por el continuo fulgor de los relámpagos. Veíanse hombres y pájaros llenando los árboles más grandes, no cubiertos aún por la invasión de las aguas y que formaban altas barreras en torno de los profundos abismos.

545.- Se veía también el combate que los vientos de diversos rumbos parecían librar por todas partes contra la atmósfera nebulo-sa y oscura, envueltos en persistente lluvia de agua y granizo, y llevándose consigo infinitos gajos y hojas de los árboles que su furor arrancaba de cuajo y desgarraba. Y parecían las ruinas de los montes socavados por la corriente de los ríos, derrumbándose sobre ellos y obstruyendo sus cauces; y, en fin, se presenciaban los estragos que el desborda-miento de estos ríos causaban en las tierras inundadas y sumergidas y en los pueblos que las habitaban.

546.- Habríais podido contemplar todavía, en las cumbres de muchas montañas, varias especies de animales que llenos de espanto se agrupaban y buscaban, domesticados, la compañía de los fugitivos y de sus mujeres e hijos. Las campiñas, cubiertas por el agua, mostraban mil objetos flotantes: tablas, ar-mazones de camas, barcas y otros objetos, sobre los cuales vagaban mujeres, hombres, niños, obligados por la necesidad y el temor de la muerte. Sus llantos y lamentaciones se mezclaban con el furor del viento desencade-nado y borrascoso, que revolvía hasta el fondo el agua llena de cadáveres de ahogados.

Toda cosa más liviana que el agua servía de asilo a diversos animales, los cuales, reconci-liados por el peligro común, se asociaban en medrosas agrupaciones. Había entre ellos: lobos, zorros, serpientes y toda suerte de bestias fugitivas de la muerte. Pero las olas golpeaban los bordes de los sitios

de refugio y arrojaban diversos objetos flotantes, que causaban al fin la muerte de los que habían escapado hasta entonces con vida.

547.- Los hombres defendían a mano ar-mada sus pequeños refugios contra los leones, lobos y otras fieras rapaces que buscaban allí su salvación. ¡Cuántos espantosos rumores se oían a través del aire oscuro, sa-cudido por rayos y truenos, destructores de cuanta cosa hallaban en su camino! ¡Cuántos habríais visto taparse los oídos para esquivar los inmensos estrépitos que causaban en el aire la furia de los vientos y la lluvia y los truenos que sacudían el cielo, iluminado por los relámpagos!

548.- A otros, no bastándoles con cerrar los ojos, se los tapaban con las manos puestas una sobre otra, para no ver el cruel des-trozo causado por la ira divina en la humana especie. ¡Cuántos lamentos desesperados partían de entre los peñascos! El ímpetu de los huracanes lanzaba por los aires grandes ramas de encinas cargadas de hombres.

549.- Muchas barcas que las olas habían volcado, unas enteras, otras despedazadas, llevaban gente asida a sus maderos, la cual, en actitud y con movimientos dolorosos, pre-cursores de una muerte atroz, se afanaba en salvarse de algún modo. Otros, movidos por la desesperación, se quitaban la vida, abandonando la esperanza de poder soportar más tales dolores: bien arrojándose de los altos peñascos, o estrangulándose con las propias manos. Los había que mataban a sus propios hijos, sacudiéndoles rápidamente el cuerpo entero contra las rocas; otros, que se herían o mataban con sus propias armas; otros, en fin, se prosternaban encomendándose a Dios.

¡Cuántas madres lloraban a sus hijos muertos teniéndolos sobre sus rodillas, alzando al cielo los abiertos brazos y

maldiciendo, con ala-ridos en la voz, la cólera de los dioses; o se mordían y ensangrentaban las manos entre-lazadas, y doblaban el pecho sobre las rodillas, vencidas por la angustia infinita, intolerable!

550.- Tropas de animales, como caballos, bueyes, cabras, ovejas, rodeados por las aguas, quedaban aislados en las cumbres de los montes elevados, y apretujados a tal extremo que los más próximos al centro del montón se trepaban en alto y pisoteaban a los demás, causando entre sí gran alboroto. Y

muchos de ellos morían por falta de alimento.

551.- Los pájaros se posaban sobre los hombres y las bestias, por no encontrar ya tierra descubierta no ocupada por los vivos.

El hambre, ministro de la muerte, había arre-batado la vida a gran parte de los animales; y los cadáveres, alivianados, se elevaban del fondo de las aguas profundas y surgían a la superficie. Bajo las olas entrechocadas, sacudidas unas contra otras, como pelotas llenas de viento, que la percusión vuelve a separar, estos cadáveres servían a los pájaros de asiento. Y sobre todo este horror, flotaban en el aire oscuras nubes, hendidas por el ser-pentear de furiosos rayos que iluminaban desde el cielo, aquí y allá, la oscuridad de las tinieblas.

552.- El movimiento del aire se hace visible en el movimiento del polvo que levanta el caballo en su carrera. Y este movimiento del polvo le permite ir llenando -a medida que se producen- los espacios de aire, que serían invisibles si él no los vistiera. El movimiento del polvo será, pues, tanto más veloz cuanto más rápido sea el movimiento con que el caballo deja tras de sí esos espacios de aire invisibles.

553.- Y quizá pienses poder reprocharme el haber figurado los trazos que marca en el aire el movimiento del viento, teniendo en cuenta que el viento es cosa invisible. A esto responderé que no es el movimiento del viento, sino el de las cosas que el viento lleva en sí las que se ven en el aire.

554.- Tinieblas, viento, borrascas, diluvio, selvas incendiadas, lluvia, el rayo, los terremotos, desmoronamiento de montañas, arra-samiento de ciudades.

555.- Vientos vertiginosos que levantan en el aire masas de agua, gajos de árboles, cuerpos humanos.

556.- Ramas arrancadas por el viento y arrastrando en su carrera a los hombres asi-dos de ellas.

557.- Árboles despedazados, cargados de gente.

558.- Naves hechas pedazos contra los escollos.

559.- Tropas de ganado azotadas por el granizo, los rayos y el viento arremolinado.

560.- Gente que, trepada sobre un árbol, no logra sostenerse en posición; plantas, pe-

ñascos, torres, cumbres llenas de gente; barcas, tablas, artesas y otros objetos que pueden ayudar a nadar; alturas cubiertas de hombres, mujeres y animales, y relámpagos que desde las nubes iluminan todo.

561.- Figurar primero la cima de un monte empinado, con algunos valles que circundan su base, y mostrar en sus laderas la corteza del terreno levantado por raíces diminutas y pequeños troncos hasta dejar al descubierto gran parte de los peñascos vecinos. Mostrar también un curso de agua descendiendo a través de la tierra desmoronada, golpeando

y descalzando con la turbulencia de su curso las raíces retorcidas y prominentes de las plantas, y tumbando aún los árboles más grandes. Y hacer ver las montañas que, así desnudadas, descubren profundas grietas causadas por antiguos terremotos. Y aparecerá en fin la base de estas montañas rellena y vestida de fragmentos de los arbustos que han rodado por las laderas de las tales montañas, mezclados con fango, raíces, gajos, hojas, tierra y piedras.

562.- Desciendan luego las ruinas de algunas montañas hasta la profundidad de algún valle, convirtiéndose en represa del agua desbordada del río que por él corre, la cual represa se rompa, dejando pasar en olas enormes el caudal del río, que irá a golpear y destruir los muros de las ciudades y granjas del valle. Las ruinas de los altos edificios de tales ciudades, levantarán gran polvareda, mientras el agua subirá en forma de humo o de revueltos nubarrones, que chocarán contra la lluvia descendente.

563.- Pero este agua desbordada irá arremolinándose en el piélago que la encierra, y con retrocesos vertiginosos, producidos al chocar contra diversos objetos, saltará en fangosa espuma, volviendo a caer ruego y proyectando en el aire el agua por ella gol-peada. Y las ondas circulares que huyen del punto en que chocaron, caminando oblicua-mente sobre las otras ondas circulares que vienen a su encuentro, surgen en alto sin despegarse de sus bases.

564.- Y al salir del agua del mencionado piélago, las ondas se expanden y extienden hacia la salida; al caer en el aire, el agua adquiere ímpetu que la hace penetrar, mezclada con el aire, en el agua, abriéndola hasta el fondo y reflejándose sobre éste; la espuma que se forma entonces en la superficie, contiene fragmentos de maderaje y otros resi-duos más ligeros que el agua, alrededor de los cuales se inicia la formación de ondas cu-yo circuito aumenta con su

movimiento. La amplitud creciente del circuito va acompaña-da de una disminución en la altura de las ondas, de modo que éstas acaban por desaparecer a la vista. Pero si las ondas tropiezan contra algún objeto, sufren un movimiento retrógrado, describiendo, en torno del objeto, circuitos análogos a los recién mencionados.

565.- La lluvia que se desprende de las nubes es del color de éstas, es decir, de la parte sombría de las mismas, si los rayos del sol no la han penetrado todavía. En caso contrario, la lluvia aparecería menos oscura.

566.- Si las pesadas ruinas de las grandes montañas o de los altos edificios chocan en su caída contra el vasto piélago de las aguas, gran cantidad de agua rebotará en el aire, y será proyectada de modo que el ángulo de reflexión sea igual al ángulo de incidencia.

567.- De las cosas arrastradas por la corriente, la más pesada o más grande se aleja-rá más de las riberas. Los remolinos del agua serán tanto más rápidos cuanto más próximos a la línea media. La cima de las olas del mar cae hacia adelante de la base de las mismas golpeando y rozando su redondeada superficie. De ahí resulta la aglomeración de las menudas partículas de agua desprendidas, que se convierten en espesa niebla, la cual, bajo la acción de los vientos, es densa o ligera, a medida de la densidad o ligereza de los vientos. Así se genera un velo transparente, formado por la lluvia que cae y que se halla más vecina al ojo del observador.

568.- La ola del mar, al golpear oblicua-mente las laderas de las montañas que con él confinan, se tornará espumosa y, en su movimiento de retroceso, se encontrará con una segunda ola y, tras el choque estrepitoso de una contra la otra, volverán, ambas unidas, al mar de donde proceden. Gran

multitud de hombres y animales se refugiarán, ante la inundación creciente, en las cimas de las montañas vecinas.

Modo de representar una batalla

569.- Figurarás, primero, el humo de la artillería mezclado con el polvo que levantan los caballos y los combatientes. Representarás esa mezcla de polvo y humo del siguiente modo: el polvo, cosa terrestre y pesada, aunque se eleve en el aire, gracias a su suti-lidad, vuelve fácilmente abajo y sólo llega a lo más alto su parte más sutil; esta parte es, por consiguiente, lo que menos se ve, con-fundiéndose casi con el color del aire. En cuanto al humo, que se mezcla con el aire cargado de polvo, llegado a cierta altura, semejará oscura nube y será allí más visible que el polvo.

570.- El humo tenderá a tomar un color algo azulado, mientras que el polvo conservará el suyo propio. Del lado de donde viene la luz, esta mezcolanza de aire, humo y polvo parecerá mucho más lúcida que de la parte opuesta; los combatientes, cuanto más se internen dentro de esa turbia atmósfera, tanto menos aparentes serán al observador, y menos sensible la diferencia entre las partes oscuras y las iluminadas de los mismos.

571.- Darás un tinte rojizo a los rostros, a las personas, al aire, a los fusileros, y a todo el ambiente; y ese tinte rojizo se irá perdiendo a medida que de su origen se alejen las cosas. Las figuras situadas entre la luz y tú, estando alejadas, aparecerán oscuras en un campo claro, y las piernas de los personajes perderán visibilidad en las partes más próximas al suelo, porque allí el polvo es más grueso y denso.

572.- Y cuando representes caballos que huyan corriendo del montón, hazlos seguir de nubecillas de polvo, distantes una de otra tanto cuanto puedan indicar el intervalo de los

saltos de los caballos, y la nubecilla más alejada del caballo, se verá menos, mostrándose alta, dispersa y enrarecida; mientras la más próxima estará formada de un polvo más aparente, condensado y espeso.

573.- El aire estará lleno de saetas de diversos tipos: las unas seguirán una trayectoria ascendente, otras descenderán oblicua-mente, otras, en fin volarán en línea horizontal; y las balas de los fusiles irán acompañadas por detrás de un poco de humo.

574.- Las figuras de primer plano tendrán cubiertos de polvo los cabellos, las cejas y otras partes lisas aptas para retenerlo. Los vencedores darán al viento sus cabelleras y las cosas flotantes de su vestimenta; frun-ciendo el ceño, harán avanzar los miembros contrarios, es decir, que si lanzan hacia adelante el pie derecho, el brazo izquierdo se moverá también hacia adelante. Si quieres figurar cómo resbala y cae un combatiente, harás ver en torno a él, la tierra semilíquida y las huellas impresas por el pasaje de los hombres y caballos sobre el suelo convertido en un sangriento charco.

575.- Representarás algún caballo arrastrando a su jinete muerto, y dejando sobre el polvo y el fango la traza del cuerpo así arrastrado. Los vencidos mostrarán su abatimiento en la palidez del rostro, en la elevación del entrecejo y en los numerosos y doloridos pliegues de la carne que les queda. Los costados de la nariz estarán surcados por arrugas que, partiendo de sus ventanas, formarán arcos terminados cerca de los ojos, y cu-ya causa está en el fruncimiento de las nari-nas. Los labios enarcadas dejarán al descubierto los dientes superiores, los cuales estarán separados de los inferiores, como para dar paso a un grito quejumbroso. Una de las manos se colocará como un escudo delante de los asustados ojos con la palma dirigida

hacia el enemigo; la otra apoyada en tierra para sostener el busto levantado. A otros los representarás fugitivos, con la boca desmesu-radamente abierta, lanzando gritos. Al pie de los combatientes pondrás toda suerte de armas destrozadas: escudos, lanzas, espadas y cosas semejantes. Mostrarás cadáveres cubiertos a medias por el polvo, y el polvo mismo, mezclado con la sangre, convertido en rojo fango; y pintarás la sangre con su color propio, brotando del cuerpo y perdiéndose en tortuosos giros, mezclada con el polvo; y los hombres que, apretando los dientes, revolviendo los ojos y retorciendo las piernas, se golpeará la cara con los puños. Podrá verse también alguno, desarmado y golpeado por el enemigo, volverse contra él y, con ara-

ñazos y mordiscos, tomar dura y cruel venganza. Podrá verse algún caballo correr rápidamente con las crines tendidas al viento, por entre los enemigos, causándoles gran daño.

Algún herido se verá, en fin, postrado en tierra, cubriéndose con su escudo, y el enemigo, inclinado frente a él, esforzarse en rematarlo.

576.- Podrán asimismo verse muchos hombres, tumbados juntos, sobre un caballo muerto; algunos de los vencedores abandonar el combate y retirarse a la multitud, limpiándose con ambas manos los ojos y las mejillas, embadurnadas del fango hecho de lágrimas y polvo; escuadrones de reserva, esperanzados y temerosos a la vez, con las manos sobre las erizadas cejas, atentos al mandato del jefe; y éste con el bastón en alto corriendo hacia ellos para mostrarla el lugar donde es necesaria su presencia; y caballos a la carrera dentro de un río cuyas aguas en-turbian y cubren de espuma, haciéndolas saltar entre sus patas y sobre sus cuerpos. Y

que no haya más superficies lisas que las de la sangre que llena las pisadas.

Cómo se debe representar una tempestad

577.- Si quieres representar bien una tempestad, examina atentamente sus efectos cuando el viento, soplando sobre la superficie del mar y de la tierra, arranca y se lleva consigo todo lo que no puede resistir a su corriente avasalladora.

578.- Para lograr con exactitud esa representación, empezarás por figurar las nubes, rotas y destrozadas, siguiendo la dirección del viento, y acompañadas del polvo arenoso procedente de las playas marinas. Mostrarás también remos y hojas arrastrados por la furiosa potencia del viento y esparcidos por el aire, junto con mil otras cosas ligeras. Los árboles y las hierbas, doblados hacia el suelo, parecerán como dispuestos a seguir el curso de los vientos; sus ramos, torcidos y desviados de su actitud natural, harán ver sus hojas en desordenada agitación. Los hombres que allí se encuentren estarán desfigurados por el polvo y rodando algunos, por tierra, enreda-dos en sus vestimentas. Otros se mantendrán en pie abrazados a un árbol para evitar que el viento los arrastre. Otros, con las manos sobre los ojos, para defenderlos contra el polvo, estarán inclinados hacia el suelo y con sus cabellos y sus ropas impulsadas en la dirección del viento. El mar, turbulento y tempestuoso, lleno de remolinos y de espuma que cubrirá los intervalos entre sus empinadas olas, dejará al viento levantar en el aire agitado otra espuma más sutil, a semejanza de niebla espesa y cerrada. A los navíos que allí se encuentren los figurarás con las velas rotas en jirones, sacudidas por el viento, junto con trozos de cuerdas desprendidas; otros, cubiertos de mástiles despedazados por las olas furiosas. Algunos hombres, agarrados a los restos del naufragio, lanzarán grandes gritos. Figurarás las nubes llevadas por el

viento impetuoso a las altas cumbres de los montes, y formando a su alrededor remolinos semejantes a los de las olas al chocar con un peñasco. Y el aire aparecerá espantosamente oscuro, a causa del polvo, la niebla y las nubes tenebrosas.

Manera de representar la noche

579.- Una cosa enteramente privada de luz es toda tinieblas. Estando la noche en tales condiciones, si quieres figurar en ella una escena, dispondrás un gran fuego que teñirá de su color los objetos, principalmente los que estén más cerca de él; porque una cosa participa tanto más de la naturaleza de otra cuanto más próxima se halla de esta otra. Y si das al fuego un color rojo, rojas también deberás hacer todas las cosas iluminadas por él; mientras que las más alejadas de él deberán en mayor grado teñirse del color negro de la noche. Las figuras que es-tén situadas entre el fuego y tú deberán aparecer oscuras en la oscuridad de la noche, y no claras como el fuego; las que se encuentren a los lados serán medio oscuras y medio rojizas; y, en fin, las que puedan verse más allá de los confines de las llamas, aparecerán completamente iluminadas de luz rojiza en campo negro.

580.- En cuanto a las actitudes representarás a los personajes que se hallan cerca del fuego como resguardándose con las manos o con un manto del excesivo calor; y, volviendo el rostro al lado opuesto, mostrarás a los más alejados en el acto de huir; y mostrarás a la mayoría de ellos defendiéndose con las manos los ojos ofendidos por el vivo resplandor.

Paisajes

581.- (I). Un efecto de nubes sobre el La-go Mayor. He visto ya tales condensaciones de nubes en la atmósfera; y sobre

Milán, cerca del Lago Mayor, he visto una nube en forma de grandísima montaña, llena de peñascos incendiados, porque el sol, que ya tocaba el horizonte, la teñía de su color rojizo. Y esta nube atraía a sí todas las nubecillas que la rodeaban; y la nube grande no se movía de su lugar; antes bien, conservó en su cumbre la luz del sol hasta una hora y media después de anochecer, ¡tan inmensa era! Y hacia las dos horas de la noche se levantaron grandes vientos de una fuerza estupenda e inaudita.

582.- (II). Variadas coloraciones del mar.

El mar undoso no tiene un color único. Para quien lo ve de tierra firme es de un color oscuro, y tanto más oscuro cuanto más vecino al horizonte, observándose en él algunas manchas claras o lustrosas que se mueven con lentitud como blancas ovejas en medio de una tropa de ganado. Para quien lo ve desde alta mar, parece azul; y esto viene de que, desde la tierra, sus ondas reflejan la oscuridad de la tierra, mientras que, observado de alta mar, se ve el aire azul reflejado como en un espejo sobre la superficie de sus olas.

583.- (III). La isla de Chipre. De las costas meridionales de la Cilicia se ve, hacia el sur, la bella isla de Chipre, que fue el reino de la diosa Venus. Muchos, atraídos por su belleza, han destrozado los cascos y obenques de sus naves contra los escollos que la rodean y en medio de las olas vertiginosas. La hermosura del suave collado invita a los navegantes va-gabundos a recrearse entre sus floridas ver-duras que, agitadas por los vientos juguetones, llenan de suaves olores la isla y el mar que la circunda... ¡Oh, cuántos barcos nau-fragados en sus costas!, ¡cuántos despedazados en sus escollos! Aquí podrían verse innumerables navíos deshechos y medio cubiertos de arena, unos mostrando sólo la po-pa fuera del agua, otros la proa, o la carena, o las cuadernas: espectáculo que hace soñar con un juicio final de buques

muertos, prontos a resucitar. ¡Tan grande en la multitud de los que cubren toda la ribera septentrional!

Aquí los aquilones resuenan con varios horribles estruendos.

584.- (IV). Una ascensión al Monte-Rosa.

Afirmo que el azul que el aire muestra no es su color propio, sino que es causado por la humedad caliente, evaporada en diminutos átomos insensibles, la cual absorbe los rayos solares que la hieren y se hace luminosa bajo la oscuridad de las inmensas tinieblas de la región del fuego que la recubren.

585.- Y esto verá, como lo vi yo, el que suba al Monteroso (Monte-Rosa), cima de los Alpes que divide Francia de Italia. Esta montaña da nacimiento en su base a cuatro ríos, que riegan en cuatro direcciones contrarias toda la Europa; y ninguna montaña tiene su base a tanta altura.

586.- Su altura es tal, en efecto, que casi está por encima de todas las nubes; y rara vez nieva sobre ella, sino únicamente granizo de verano, cuando las nubes ascienden a mayor altura; y este granizo se conserva de modo que, si no fuera porque rara vez cae y rara vez suben tan alto las nubes (cosa que solamente ocurre un par de veces por generación), el hielo formado por capas sucesivas de granizo alcanzaría grandísima altura. Ellas aparecen más espesas a mediados de julio.

Pude observar sobre mí la oscuridad tenebrosa del aire, y comprobar que el sol hería aquí, más luminoso, la montaña, que en las bajas llanuras; porque se interponía menos aire entre la cima de la montaña y el sol mismo.

587.- (V).- La vegetación sobre una colina.

Sus hierbas y plantas serán de color tanto más pálido cuanto más árido y escaso, de humor sea el terreno que las nutre; y el terreno es más árido y pobre sobre las piedras de que se componen los montes. Los árboles serán tanto más pequeños y delgados cuanto más próximos estén a las cumbres de los montes, pues el terreno es tanto más estéril cuanto más vecino a dichas cumbres, y tanto más rico en humores cuanto más se acerca a la concavidad de los valles.

588.- Mostrarás, por consiguiente, ¡oh, pintor!, en lo alto de los montes, las piedras de que están constituidos, desprovistas de tierra en su mayor parte; y las hierbas que allí nacen, pequeñas, delgadas, pálidas y secas por falta de savia; y dejarás entrever el arenoso y magro terruño por entre las pálidas hierbas, y las menudas plantas, fatigadas, envejecidas, de ínfimo tamaño, con cortas y espesas ramificaciones y pocas hojas, descu-briendo en gran parte las raíces áridas y car-comidas, agarradas a las lajas y grietas de las rugosas peñas, así como los troncos mutilados por los hombres y los vientos. Aparezcan también por doquiera, superando montes y collados, peñascos vestidos de sutil y pálido musgo, y sólo en partes luciendo su verdadero color, que el rayo puso de manifiesto, hiriéndolos para vengarse del obstáculo opuesto por ellos a su trayectoria.

589.- Y a medida que desciendas hacia la base de los montes, las plantas serán más vigorosas y mejor provistas de ramos y hojas, y su verdor diferirá de una a otra de las especies que forman la selva; siendo además diversa de una a otra especie, la ramificación, tanto en la ordenación de los ramos como en su frondosidad. Las hojas estarán a diferentes alturas y afectarán contornos diferentes; ciertos árboles tendrán ramos rectos, como el ciprés; otros ramos esparcidos y dilatados, como el castaño, la encina y sus semejantes. Algunos tienen pequeñísimas sus hojas; o

escasas, como el enebro y el plátano. En fin, hay plantas que nacen separadas unas de otras; pero las hay también que crecen unidas, sin espacios intermedios.

Figuras alegóricas

590.- El colérico.- A la figura airada, la harás cogiendo a un hombre por los cabellos, obligándolo a volver la cabeza hacia el suelo y apoyándole una rodilla al costado. Elevará un puño en alto, tendrá los cabellos echados para arriba, las cejas bajas y fruncidas, los dientes apretados y las proximidades de cada extremo de la boca arqueados. El cuello será grueso y lleno de arrugas por delante, debi-das a la postura inclinada sobre el enemigo.

591.- El desesperado.- Le representarás hiriéndose con un cuchillo, y mostrando haberse desgarrado las ropas con las manos.

Sus pies estarán separados, sus piernas un poco dobladas, toda su persona inclinada a tierra y arrancándose y dispersando sus cabellos.

592.- La envidia.- La envidia ofende con ficciones de infamia, es decir con palabras calumniosas que atemorizan la virtud.

593.- Se la representa con las manos in-sultando al cielo, porque, si pudiera, emplearía sus fuerzas contra Dios. Lleva una bella máscara mentirosa. Golpean sus ojos la palma y el olivo; su oído, el lauro y el mirto, significando así que la victoria y la verdad la ofenden. De ella brotarán humaredas que figuran la maledicencia. Hazla flaca y seca, porque un afán perpetuo la consume. Una hinchada serpiente le roerá el corazón. Da-rasle un carcaj lleno de flechas en forma de lenguas, porque frecuentemente ofende con su lengua. Vistela de una piel de leopardo, porque este animal envidia

al león y lo mata alevosamente. Que lleve en la mano un vaso lleno de flores, y pon entre ellas escorpiones, sapos y otras bestias venenosas. Que vaya cabalgando a la Muerte, porque la Envidia nunca muere ni se cansa de dominar. Su bri-da irá cargada de diversas armas, todas instrumentos de la muerte.

594.- Apenas nace la virtud, cuando ya genera contra sí la Envidia, pues antes verás un cuerpo sin sombra que la virtud sin la Envidia.

Fábulas

595.- La mujer y la candela.- Las llamas duraban ya desde hacía un mes en el horno del vidriero, cuando vieron acercárseles una candela en un bello y lustroso candelero; se esforzaban, llenas de un gran deseo, en al-canzarla. Una de ellas, separándose de su curso natural, y pasando a través de un tizón hueco, del que se alimentaba, y escapándose por una pequeña hendidura del lado opuesto, se arrojó con suma gula y crueldad sobre la candela que le estaba próxima, y la devoró hasta consumirla casi enteramente; queriendo luego prolongar su propia vida, intentó en vano volver al horno de donde había partido, pero no pudo evitar morir y extinguirse junto con la candela. Así, finalmente, con llantos y arrepentimientos, se convirtió en humo de-testable, mientras sus hermanas seguían gozando de larga vida y espléndida belleza.

596.- Falso esplendor.- No contenta la va-nidosa y vagabunda mariposa de luz con poder volar cómodamente en el aire, y conquistada por la seductora llama de una vela, resolvió dirigir a ella su vuelo; pero su alegre carrera terminó en súbito dolor. La lumbre consumió, en efecto, sus alas sutiles, y el mísero insecto cayó todo quemado al pie del candelero. Tras muchas lágrimas de arrepentimiento, se

enjugó los húmedos ojos, y levantándolos al cielo dijo así: ¡Oh, mentirosa luz!, ¡a cuántos como yo debes tú en pasados tiempos haber tristemente engañado! Si quería ver la luz, ¿no debí acaso distinguir la verdadera, que nos viene del Sol, de la falsa, que se alimenta de vil sebo?

597.- La llama y la marmita.- Un resto de fuego que en un pequeño trozo de carbón había quedado entre las tibias cenizas, se nutría escasa y pobremente del poco alimento que conservaba todavía. Sobrevino entonces la criada de cocina, para preparar la comida ordinaria; colocó algunos leños sobre el hogar, reavivando en él con una pajuela el ya casi extinguido fuego; agregó sobre la llama otros leños, puso la marmita sobre ellos, y sin ninguna preocupación más se alejó tranquila.

598.- Y ocurrió entonces que el fuego, in-vadiendo los secos leños puestos sobre él, comenzó a elevarse, desalojando el aire de los intervalos que los separaban y deslizándose por éstos con alegres y juguetones movimientos.

599.- Habiendo así convertido los intersticios por donde introducía su aliento en alegres ventanas para su uso, iluminaba, con el brillo de las rutilantes chispas que iluminaba, con el brillo de las rutilantes chispas que despedía el espacio de la cerrada cocina, disi-pando la oscuridad que la entenebrecía. Las llamas, desbordando al fin, se mezclaban con el aire circundante y mostraban su regocijo cantando con dulces murmullos de suaves sonidos...

600.- El fuego, contento de encontrar le-

ños en el hogar, se acercó a ellos y dio en divertirse, tejiéndoles un velo de pequeñas llamas por entre los huecos que dejaban. Y

así, gozoso y festivo, aparecía aquí y allá, siguiendo su camino por las alegres ventanas que él mismo se abría.

601.- Cuando se vio ya muy crecido y grande sobre los leños del hogar, empezó a hincharse, transformando su ánimo tranquilo y manso en soberbia inaguantable, como jactándose de atraer todo el elemento del fuego sobre aquellos pocos leños.

602.- Y resoplando y llenando de estampi-dos y centellas el hogar, las llamas agranda-das se elevaban unidas hacia el aire... Cuando las llamas más altas fueron a pegar contra el fondo de la marmita colocada sobre ellas...

603.- Quien se humilla será exaltado.-

Colgada en la cumbre de un peñasco situado sobre la altura extrema de una altísima montaña, se hallaba un puñado de nieve que, recogiéndose en sí misma, empezó a trabajar con su imaginación y a decirse para sus adentros:

604.- ¿No me juzgarán acaso jactanciosa y soberbia al verme colocada, pequeña partícu-la de nieve, en tan elevado sitio, y permitien-do que tanta cantidad de nieve cuanta pueda ver desde aquí, ocupe un lugar inferior al mío? Mi pequeñez no merece a la verdad una posición tan elevada, y bien podría suceder-me, en prueba de mi insignificancia, lo que ayer aconteció a mis compañeras, las cuales fueron en pocas horas consumidas por el sol; y de ello fue causa el haber usurpado un puesto más alto que el que les correspondía.

Yo quiero huir de la cólera del Sol y descender hasta un lugar apropiado a mi mezquin-dad. Y, arrojándose abajo, fuese rodando por sobre las otras nieves. Pero a medida que bajaba su tamaño crecía en proporción, de manera que, al

terminar su curso sobre un cerro, se mostró casi tan grande como él. Y

ella fue la última que el sol derritió en aquel verano. Decimos esto a propósito de los humildes, que son exaltados.

605.- La navaja de afeitar.- Saliéndose un día la hoja de afeitar de su mango, que le sirve también de estuche, y habiéndose expuesto al sol, lo vio reflejado en su cuerpo, de lo que se envaneció grandemente y volviendo atrás su pensamiento, exclamó: 606.- ¿Volveré jamás a la tienda de donde acabo de salir? No, a buen seguro. ¡Dios no permita que tan espléndida belleza caiga en tan vil tentación! ¡Qué locura sería la de ir a rapar las enjabonadas barbas de rústicos al-deanos y ocuparme de mecánicos trabajos!

¿Convienen a este cuerpo semejantes ejercicios? Ciertamente, no. Prefiero esconderme en algún lugar secreto y pasar allí una vida de tranquilo reposo. Y en efecto, pasó unos cuantos meses oculta; pero vuelta al aire libre, al salir de su mango, se vio convertida en algo semejante a una herrumbrosa sierra, e incapaz ya de reflejar en su superficie al sol resplandeciente. Con inútil arrepentimiento lamentó en vano el daño irreparable, diciendo para sí: ¡Oh, cuánto mejor fuera ejercitar en manos del barbero, mi tan agudo filo, ahora perdido! ¿Dónde está mi lustrosa apariencia?

¡La odiosa y fea herrumbre la ha destruido!

Tal cosa ocurre a los ingenios que, en vez de ejercitarse, se entregan al ocio. Ellos, a semejanza de nuestra navaja, pierden su aguda sutileza, de manera que la herrumbre de la ignorancia los deforma.

607.- La agitación.- El torrente arrastró tanta tierra y tantas piedras en su lecho que tuvo que cambiar su curso.

608.- El papel y la tinta.- Viéndose el papel todo manchado de la negrura de la tinta, se lo reprocha; pero ella le demuestra que las palabras escritas sobre él serán motivo de su perduración.

609.- La piedra.- Una piedra de buen ta-maño, cubierta por el agua hasta hacía poco, se mostraba sobre un lugar elevado, en el límite de un bosquecillo deleitoso y junto a un áspero camino. Rodeábanla hierbas y diversas flores de bellos colores, pero al ver las muchas piedras que debajo de ella estaban desparramadas en el camino, entrole el deseo de dejarse caer sobre ellas, diciéndose a sí misma: -¿Qué hago yo aquí con estas hierbas? Es en compañía de estas hermanas mías donde deseo instalarme. Y, dejándose caer en efecto, fue a terminar en medio de ellas su caprichosa trayectoria. Pasado algún tiempo, las ruedas de los carros, los pies de los vian-dantes, las patas herradas de los caballos, empezaron a darle continuo trabajo, y revol-cada en el fango y pisoteada, cubierta de estiércol, dirigía vanamente su mirada hacia el lugar de solitaria y tranquila paz que había abandonado.

610.- Así acontece a los que, alejándose de la vida solitaria y contemplativa, vienen a vivir en las ciudades y entre gentes llenas de infinitos vicios.

611.- El agua.- Encontrándose el agua en el soberbio mar, que es su elemento, le vino el deseo de subir sobre el aire, y ayudada por el fuego elemental, elevándose en sutil vapor, parecía casi tan ligera como el aire mismo.

Subiendo en alto, llegó adonde la atmósfera es menos densa y más fría, y allí fue abandonada del fuego; y las pequeñas partículas condensándose y uniéndose, se hicieron pesadas. Su descenso, convirtió la soberbia en fuga.

612.- Cayó, pues, del cielo y fue bebida por la seca tierra, en la cual por mucho tiempo encarcelada hizo penitencia de su pecado.

613.- El castaño y la higuera.- Viendo el castaño a un hombre que, trepado sobre una higuera, doblaba sus ramas hacia sí y de ellas arrancaba los maduros frutos que iba metiendo en la abierta boca para romperlos y dilacerarlos con los duros dientes, empezó a sacudir sus largas ramas y a decir: -¡Oh, higuera, cuánto menos que yo debes tú a la naturaleza! Observa cómo dispuso ella, para mejor guardar a mis dulces hijos, vestirlos primero de una delgada camisa y envolverlos luego en una piel espesa y resistente; y todavía, no satisfecha de tanto favorecerme, les construyó una sólida habitación, defendida por espinas abundantes y agudas, a fin de que las manos del hombre no puedan dañar-la. La higuera entonces echose a reír junto con sus hijos, y cuando hubo concluido de reírse, le contestó así: -Tú ignoras que el hombre se ingenia, con pértigas, piedras y sarmientos, para hacerte bajar las ramas y privarlas de sus frutos, los cuales, caídos al suelo y golpeados con los pies o con piedras, salen estropeados y maltrechos fuera de la fortificada casa. A mí, entretanto, los hombres me tratan con manos cuidadosas y no -

como a ti-, con palos y guijarros.

614.- Las malas compañías.- La viña envejecida sobre el viejo árbol, arrastrada por su triste compañero, compartió su ruina.

615.- El sauce que, gracias a sus largas ramas, pretende superar a los demás árboles, por haber trabado compañía con la vid, poda-da todos los años, era estropeado siempre al mismo tiempo que ella.

616.- El ligustro y el mirlo.- El ligustro sentía en sus delgadas ramas, cargadas de frutos nuevos, las heridas que le causaba con sus garras y su pico un importuno mirlo; y lo acusaba con dolientes quejas, pidiéndole que, ya que le robaba sus delicados frutos, le de-jase al menos las hojas que lo defendían del quemante sol, y no lo descortezase, desnudándolo con sus agudas uñas, de su tierna piel. A ello contestó el mirlo con grosera as-pereza: -¡Calla, vil arbusto! ¿Ignoras que la naturaleza te manda estos frutos para mi nutrimiento? ¿No sabes que si estás en el mundo es para alimentarme? ¿No prevés, villano, que en el próximo invierno harán fuego con tu leña? Palabras todas éstas que fueron pacientemente escuchadas por la planta, aunque no sin lágrimas. Poco tiempo después, el mirlo fue cogido en una red y los cazadores cortaron algunas ramas para construir una jaula donde encarcelarlo, siendo casualmente elegidas para formar el enrejado de la jaula algunas flexibles varas del ligustro. Cuando éstas observaron que eran causa de la pérdida de libertad del mirlo, festejaron el caso, dirigiéndole estas palabras: -¡Oh mirlo! ¡Aquí estamos, no consumidas aún por el fuego, a pesar de tus pronósticos: te vemos a ti preso antes que tú nos veas quemadas!

617.- La nuez y el campanario.- Sucedió que la nuez era llevada por una corneja a lo alto de un campanario. Dejola caer el pájaro en una grieta del muro, y así la nuez se vio librada del mortal pico de la corneja. Suplicó entonces al muro que la socorriera, por la gracia que Dios le había concedido de ser tan eminente y ornado de bellas campanas de tan venerable sonido; y que no la abandonase en la desdicha que le había impedido caer bajo las verdes ramas de su viejo padre y sobre la blanda tierra cubierta de hojas caídas, realizando así el voto que había hecho mientras se hallaba en el fiero pico de la fiera corneja, de acabar su vida, si escapaba de este peligro, en cualquier modesto rinconcito. Movido a compasión, consintió el muro en

hospedarla en el lugar donde ella había caído. Al poco tiempo, empezó la nuez a abrirse y echar raíces por entre las fisuras de las piedras y ramas fuera de su cueva, hasta que estas ramas se elevaron por encima del edificio y aquellas raíces, cada vez más gruesas y retorcidas, abrieron los antiguos muros y saca-ron las piedras de sus viejos sitios. Tarde y en vano deploró entonces el campanario la razón de su desgracia, cuando vio en poco tiempo arruinados sus muros.

618.- El sauce y la calabaza.- El mísero sauce, encontrándose con que no podía gozar del placer de ver sus flexibles ramas tornarse tan gruesas como deseaba, o erguirse en alto, por impedírselo la vecindad de una vid o de alguna otra planta, por cuya culpa crecía sin ramas, estropeado y maltrecho, concentró en sí mismo todas las fuerzas de su espíritu y con ellas, abriendo de par en par las puertas de la imaginación, empezó en medio de continuas reflexiones, a buscar entre todas las plantas existentes, con cuál podría aliarse, que no necesitara de la ayuda de sus ramas.

Y tras un rato de nutrida imaginación (notrida imaginazione), la idea de la calabaza asaltó súbitamente su pensamiento y le hizo sacudir con alegría todas sus ramas, por parecerle que había encontrado la compañía más con-veniente a su propósito; ya que, en efecto, la calabaza es más apta a enlazar otras plantas que a ser por ellas enlazada. Y, tomada ya su decisión, extendió al cielo sus ramas, a la espera de algún pájaro amigo que le sirviera de intermediario para la realización de su deseo. Y como viera allí cerca una urraca, dirigiole estas palabras: -¡Oh, gentil pájaro, yo te ruego, en retribución del socorro de cierta mañana, pocos días ha, te prestaron mis ramas cuando un hambriento halcón, cruel y rapaz, iba a devorarte, y por los momentos de reposo que sobre mí encontraste muchas

veces, cuando tus alas lo pedían, y por tantos placeres como has gozado a mi abrigo mientras jugueteabas enamorado junto con tus compañeras: por todo eso te ruego que vayas adonde está la calabaza y le pidas unas pocas semillas, diciéndole que, una vez germinadas, yo las trataré tal como, si de mi propio cuerpo las hubiese generado; y emplea así todas aquellas palabras que la per-suadan de cuál es mi intención, aunque a ti, maestra en el arte de hablar, no hay necesidad de aleccionarte. Y si haces esto, recibiré tu nido sobre el codo de mis ramas, en compañía de tu familia, sin que me pagues alqui-ler. La urraca, después de convenidas con el sauce y ratificadas las capitulaciones, entre las cuales figuraba en primer término el com-promiso de no aceptar como inquilinos ni serpientes ni garduñas, levantó la cola, bajó la cabeza y confió a sus alas el peso de su cuerpo. Y agitándolas por el aire fugitivo y dirigiendo curiosamente su vuelo aquí y allá con ayuda del timón de su cola, se acercó a una calabaza, la saludó amablemente con algunas buenas palabras, le pidió las deseadas semillas, las cuales entregó al sauce -que las recibió con alegre semblante-, y las plantó en la tierra en tomo del tronco, previamente remo-vida con su pico. Las semillas brotaron al po-co tiempo, y se desarrollaron formando un ramaje que cubrió el sauce y le quitó, con sus grandes hojas, la belleza del sol y del cielo. Y

como si no bastara con tanto perjuicio, las calabazas que nacieron luego, empezaron a doblar con su excesivo peso las delgadas ramas de sus extremos, causándoles grandes incomodidades y dolores. El sauce agitábase y se sacudía inútilmente para arrojar lejos de sí las calabazas; pero los días pasaban en vanos y engañosos esfuerzos, pues la trama sólida y resistente, malograba sus intentos.

Sintiendo pasar el viento, le pidió que soplara con violencia y el viento accedió a su deseo.

Se abrió entonces hasta la raíz el viejo y hueco tronco en dos partes, las cuales se de-rrumbaron, con gran dolor del sauce, que hubo de reconocer que su destino lo conde-naba a no ser feliz jamás.

619.- El perro y la pulga.- Un perro dormía sobre la piel de un cordero capón, cuando una de sus pulgas, sintiendo el olor de lana grasienta, juzgó que allí encontraría mejor vida y más abrigo de los dientes y las uñas del perro de cuya sangre se nutría; y sin pen-sarlo más abandonó al perro y se introdujo en la espesa lana. Quiso, primero, con sumo trabajo, llegar hasta las raíces de los pelos; pero, tras mucho sudar, vio lo inútil de su empresa, porque estos pelos estaban tan apretados que casi se tocaban, y no había sitio entre ellos para atacar la piel. Después de mucho trabajo y fatiga, resolvió finalmente volver a su perro, y como éste se había ido entretanto, la pulga, quejosa y arrepentida, acabó por morirse de hambre.

620.- El mono y el pajarillo.- Encontró el mono un nido de pequeños pájaros y, muy contento, se arrojó sobre ellos, pero como ellos sabían ya volar, sólo consiguió apresar uno. Lleno de alegría, volvió con él en mano a su albergue y empezó a contemplarlo y a besarlo con entrañable amor; y tanto al fin lo besó, acarició y apretó, que acabó por sofo-carlo. Decimos esto por aquellos cuyos hijos se pierden por no haber sido castigados a tiempo.

621.- El ratón, la comadreja y el gato.- Estando el ratón asediado en su pequeño albergue por una comadreja que esperaba, vigi-lante, el momento de matarlo, veía, a través de una estrecha rendija, a su peligroso enemigo. Entretanto, llegó el gato, cogió a la comadreja y la devoró enseguida. El ratón entonces, después de sacrificar unas cuantas nueces a Júpiter, le dio las gracias efusiva-mente, pero habiendo salido de su cueva pa-ra gozar de la libertad que había

perdido, las feroces uñas y los dientes del gato le privaron luego no sólo de la libertad, sino también de la vida.

622.- La araña y el racimo de uvas.- Una araña metida entre las uvas, cogía las moscas que de esas uvas se alimentaban: vino la vendimia y fue machacada junto con las uvas.

623.- La misma araña, habiendo hallado un racimo de uvas, que por ser muy dulce eran visitadas por muchas abejas y diversas clases de moscas, creyó ser éste un sitio muy a propósito para sus emboscadas. Bajó, pues, a lo largo de su hilo sutil, hasta su nuevo puesto; y allí, por entre los intersticios de los granos de los racimos, asaltaba como un la-drón a los pobres animales, que no sospe-chaban su presencia. Pero pasados pocos días, los vendimiadores arrancaron el racimo y, junto con otros y con la misma araña, lo majaron. Y así el racimo fue lazo y engaño de la engañadora araña, como de las engañadas moscas.

624.- La ostra, el ratón y el gato.- La ostra que, junto con unos peces, había sido des-cargada cerca de la casa del pescador, próxima al mar, pidió al ratón que la condu-jese al mar. El ratón, con la intención de comerla, hace que se abra y la muerde. Pero ella la aprieta la cabeza y lo mantiene inmó-

vil: el gato sobreviene y lo mata.

625.- El halcón y el pato.- El halcón, no pudiendo soportar con paciencia que el pato huyese de él, escondiéndose bajo el agua, quiso, imitándolo, perseguirlo también bajo el agua; pero humedecidas sus plumas, no pudo remontar el vuelo y pereció ahogado, mientras el pato, remontándose en el aire, se bur-laba de él.

626.- La ostra y el cangrejo.- En la época del plenilunio, la ostra se abre cuanto puede; el cangrejo, introduciéndose

entonces un guijarro o una astilla, que le impide cerrarse, la devora. Tal ocurre a quien abre la boca y dice su secreto para provecho del malintencionado auditorio.

627.- Los tordos y la lechuza.- Los tordos vieron con mucha alegría que un hombre se apoderaba de una lechuza y la privaba de su libertad, ligándole las patas con fuertes lazos; la cual lechuza, con ayuda del visco, fue causa de que los tordos perdieran no sólo su libertad, sino también su propia vida. Dicho para aquellos pueblos que se regocijan viendo a sus gobernantes sin libertad, con lo que ellos mismos pierden todo socorro y caen presa del enemigo, que les arrebatará entonces muchas veces, además de la libertad, la vida misma.

628.- La araña.- La araña, queriendo envolver a la mosca en sus redes traidoras, pereció cruelmente entre ellas, muerta por el zángano.

629.- El cangrejo.- El cangrejo se mantenía oculto bajo una piedra y cogía los peces que penetraban en su escondrijo. Sobrevino una crecida, con su devastador arrastre de piedras, las cuales, rodando sobre el cangrejo, lo despachurraron.

630.- El olmo y la higuera.- Observando una higuera las ramas estériles de un olmo, su vecino, las cuales osaba robar el sol a sus frutas, verdes todavía, díjole en son de reproche: -¿No te avergüenzas, olmo, de estar delante de mí? Pero aguarda a que mis hijos lleguen a su edad madura, y verás luego cuál será tu suerte. Y sucedió que, pasando algún tiempo después un escuadrón de soldados por aquel paraje, la emprendieron a golpes con la higuera para quitarle sus ya maduros frutos. Y el olmo, viéndola toda estropeada, lacerada y con sus ramas rotas, le preguntó:

-¡Oh, higuera!, ¿no hubiera sido para ti mejor estar sin hijos, que venir a tan mísera situación a causa de ellos?

631.- Las plantas y el peral.- Viendo cómo tajaban un peral, el laurel y el mirto, gritaron con altas voces: -¡Oh, peral! ¿Adónde vas?

¿Dónde está la altanería que mostrabas cuando te veías cargado de maduros frutos?

¡Ya no podrás hacernos sombra con tu fron-dosa copa! El peral respondió entonces: -Yo iré con el labriego que me corta, y que me llevará al taller de un óptimo escultor, el cual me dará artísticamente la forma del dios Júpiter; y seré consagrado en el templo y adora-do como el mismo Júpiter, mientras vosotros, estropeados y despojados de vuestras ramas, me serviréis de ornato, puesto en torno mío por los hombres para honrarme.

632.- El asno sobre el hielo.- Habiéndose dormido el asno sobre el hielo de un profundo lago, su calor derritió el hielo, y el asno, para su daño, hundiéndose en el agua, se ahogó apenas despierto.

633.- La hormiga y el grano de mijo.- La hormiga encontró un grano de mijo, que sintiéndose ya en su poder, le gritó: -Si tienes a bien dejarme gozar el placer de reproducir-me, yo te devolveré ciento por uno. Y así fue hecho.

634.- Leyenda del vino y de Mahoma.-

Hallándose el vino, ese sublime licor extraído de la uva, en una rica taza de oro, ensober-becido por tanto honor, se sintió de pronto asaltado por un pensamiento contrario, y se dijo a sí mismo: -¿Qué hago, pues? ¿Por qué estoy tan alegre? ¿No advierto que estoy a punto de morir, dejando la habitación que me brinda esta áurea taza, para entrar en las

torpes y fétidas cavernas del cuerpo humano y transformarme, de odorífero y suave licor, en fea y sucia orina? Y como si eso no bastara, tendré todavía que permanecer largo tiempo en inmundo receptáculos, con la ma-loliente y corrompida materia que expelen las entrañas. Y gritó al cielo reclamándole venganza contra su adverso destino y pidiéndole que pusiese fin de una vez a tanta degrada-ción: que si el país producía las mejores uvas del mundo, tanto menos motivo existía para transformarlas en vino. Dispuso entonces Júpiter que el espíritu del vino bebido por Mahoma, subiera a su cerebro, enloqueciéndolo y haciéndolo cometer tales errores que, vuelto a su sano juicio, promulgó una ley que prohibía a los asiáticos el uso del vino. (Escrito al margen.)

635.- Apenas el vino entra en el estómago, comienza a hervir y a fermentarse; el alma empieza a abandonar el cuerpo, dirigiéndose hacia el cielo encuentra el cerebro, que es la causa de que ella haya abandonado el cuerpo; ya empieza a contaminarlo y a enfurecer-lo a la manera de un loco; ya comete irreparables errores, matando a sus amigos...

Profecías

636.- De los honores funerarios.- Se rendirán muy grandes y pomposos honores a ciertos hombres, sin que ellos lo sepan.

637.- Del día de los difuntos.- Muchos llorarán a sus padres muertos, llevándoles velas encendidas.

638.- De las nubes.- Gran parte del mar se escapará hacia el cielo, y no volverá por mucho tiempo: desde las nubes.

639.- De los buques.- Los árboles más grandes de las selvas serán llevados por el ímpetu de los vientos del Oriente al Occidente, es decir, por mar.

640.- De la siembra.- Los hombres arrojarán sus propias vituallas que, para sustentar-se, guardaban en sus casas.

641.- De las cartas.- Los hombres se hablarán y responderán desde remotísimos países.

642.- De los zapateros.- Los hombres ve-rán con placer gastar y romper sus propias obras.

643.- De las mulas.- Muchos tesoros y grandes riquezas serán confiadas a animales cuadrúpedos, que las llevarán a diversos lugares.

644.- De los cascabeles de las mulas.- Se oirán en muchos países de Europa instrumentos de varios tamaños y diversas armonías, con mucho cansancio de quienes los oyen de cerca.

645.- De las cabritas.- Volverán los tiempos de Herodes, pues los hijos inocentes se-rán arrancados a sus nodrizas, y morirán de grandes heridas causadas por la crueldad de los hombres.

646.- De los gatos que devoran los rato-nes.- Tus hijos, ciudad de África, serán despedazados en sus mismas casas por crueles y rapaces animales de tu país.

647.- De la bola de nieve.- Habrá muchos que crecerán derrumbándose.

648.- De las armas.- Obras del hombre causarán su muerte: las espadas y las lanzas.

649.- Del hierro.- Los muertos saldrán de bajo tierra, y con sus fieros movimientos ex-pulsarán del mundo a innumerables criaturas humanas.

650.- De las espadas y lanzas que por sí mismas son inofensivas.- El que por sí mismo es apacible y sin maldad alguna, se volverá feroz y terrible a causa de las malas compa-

ñías, y privará, con crueldad extrema, de la vida a muchas gentes; y más aún destruiría, si ciertos cuerpos sin alma, salidos de los peñascos, no las defendieran: esto es, las corazas de hierro.

651.- De las estrellas de las espuelas.-

Gracias a las estrellas, se verán hombres velocísimos, al par de cualquier animal veloz.

652.- De las bombardas.- Saldrá de bajo tierra quien aturdirá con sus gritos espantables a los circunstantes, y con su aliento dará muerte a los hombres y arruinará ciudades y castillos.

653.- Del pedernal que, con el fuego que produce, incendia los bosques y consume la leña cuyas brasas cuecen la carne de los animales.- Las grandes piedras de los montes, lanzarán fuego bastante para quemar la leña de muchos y grandes bosques y la carne de numerosas bestias salvajes o domésticas.

654.- Del pedernal y el eslabón.- Con piedra y con fierro se harán visibles, cosas que antes no se veían.

655.- De la avaricia.- Muchos habrá que, con gran solicitud y fatiga, perseguirán des-esperadamente algo que siempre les asustó, sin conocer su maldad.

656.- De los que se hacen más avaros a medida que envejecen.- Veranse hombres, apreciados por su juicio y

experiencia, que cuanto menos necesitan las cosas con más avidez las buscan y rebuscan.

657.- De la ambición de riquezas.- Los hombres correrán tras la cosa que más temen, es decir, que serán miserables por temor a la miseria.

658.- De las cosas que se comen, matándolas antes.- Será muerto a golpes despedia-dos quien los nutre.

659.- Del alimento vivo.- Gran parte de los cuerpos vivos pasará a través de los cuerpos de otros animales, a saber, las casas des-habitadas pasarán en pedazos por las casas habitadas, dándoles algo útil y llevándose lo perjudicial: en otras palabras, la vida del hombre se hace de las cosas que come, las cuales llevan consigo la parte muerta del hombre.

660.- De la boca del hombre, la cual es un sepulcro.- Se oirán grandes rumores provenientes de las sepulturas de aquellos que mu-rieron de mala y violenta muerte.

661.- De los dados.- Se verán los huesos de los muertos, ocuparse con veloces movimientos de la forma de quien los mueve.

662.- Del sonido de la gaita.- El viento, pasando por el pellejo de los animales, hará bailar a los hombres.

663.- De los pelotaris.- Pieles de animales sacarán a los hombres de su silencio, haciéndoles gritar y blasfemar.

664.- De la navegación.- Soplarán fuertes vientos que harán correr hacia el Occidente las cosas del Oriente, y hacia el Norte las del Sur. Y mezclándose todas, seguirán el curso del viento por largas extensiones del país.

665.- De la noche.- Llegará a suceder que ya no se podrá distinguir entre los colores, sino que, al contrario, todos ellos asumirán la cualidad de la negrura.

666.- Del fuego.- Nacerá un pequeño elemento que se agrandará con presteza, y este elemento no tendrá en ninguna estima las cosas creadas. Antes bien, gracias a su poder, tendrá la facultad de hacer que todas las cosas transformen su esencia en otra diferente.

667.- Del espejo cóncavo que enciende el fuego en el fondo de un horno, caliente el cielo del mismo, y en él vuelve el calor a re-flejarse hacia el fondo.- Los rayos solares encenderán fuego en el suelo, haciendo arder lo que está bajo el cielo y reflejándose en él para volver hacia abajo.

668.- De las constelaciones.- Y muchos animales terrestres y acuáticos subirán a las estrellas.

669.- De la sombra que se mueve con el hombre.- Se verán formas y figuras de hombres y de animales, que seguirán a esos hombres y animales a dondequiera que huyan; y el movimiento de aquéllas será igual al de éstos, pero causará asombro observar la diferencia de tamaño entre unas y otros.

670.- De las lenguas de diversos pueblos.-

El género humano llegará a un punto tal que cada hombre será incapaz de entender el habla de los otros -por ejemplo los alemanes y los turcos.

671.- De las linternas.- Los temibles cuernos de los forzudos toros, defenderán la luz nocturna contra la furia impetuosa de los vientos.

672.- Del mango del hacha.- Los bosques engendrarán hijos que serán causa de su muerte.

673.- De las hormigas.- Muchos pueblos se esconderán, junto con sus recién nacidos y sus provisiones, en oscuras cavernas; y en esos lugares tenebrosos se alimentarán, con sus familias, durante muchos meses sin ninguna luz accidental o natural.

674.- De las moscas.- Saldrán los hombres de sus sepulturas, convertidos en pájaros, y asaltarán a otros hombres, quitándoles el alimento de sus propias manos y mesas.

675.- De la extracción de agua con cubos en los extremos de una cuerda.- Muchos se ocuparán tirando hacia abajo una cosa, mientras otra se escapará en sentido contrario.

676.- Del foso.- Muchos se ocuparán en sacar material de algo que crecerá tanto más cuanto mayor sea el volumen extraído.

677.- De los nogales golpeados.- Cuanto más méritos tengan, más serán golpeados, y a sus hijos -arrancados, descortezados y desnudos- les romperán los huesos.

678.- De las nueces, aceitunas, bellotas y castañas.- Muchos hijos serán despiadada-mente aporreados, arrancados de los brazos de sus propias madres, arrojados al suelo y destrozados.

679.- De los árboles que nutren a las ramas injertadas.- Se verán padres y madres cuidando más a sus hijastros que a sus verdaderos hijos.

680.- De las embarcaciones que naufra-gan.- Se verán grandísimos cuerpos sin vida llevar, con furia, multitud de hombres a la pérdida de sus vidas.

681.- De los zuecos.- Los grandes fangales obligarán a los hombres a utilizar los árboles del lugar en que viven, para marchar sobre ellos.

682.- Del horno.- Por todas las ciudades, tierras, castillos y casas, se verá a unos, por deseo de comer, quitar a otros de su propia boca la comida, sin que éstos puedan en manera alguna defenderse.

683.- De los odres.- Las cabras conducirán el vino a las ciudades.

684.- De los segadores.- Muchos se moverán, unos contra otros, llevando en sus manos el cortante hierro. Pero no se harán ningún daño, salvo el que resulta del cansancio, porque, a medida que uno avanza, el otro se retira. Pero, ¡ay del que se introduzca entre ellos!, pues al fin será hecho pedazos.

685.- Del dormir sobre las plumas de los pájaros.- Habrá muchos que, olvidados hasta de su nombre y existencia, estarán como muertos sobre los despojos de otros muertos.

686.- De las jóvenes que se casan.- Se ve-rán padres entregar a sus hijas a la lujuria de los hombres, y aun premiarlos, olvidándose de sus anteriores celosos cuidados.

687.- De los médicos que viven de los enfermos.- Los hombres descenderán a tal grado de cobardía, que tendrán como un favor que otros aprovechen de sus males y de la pérdida de su mayor riqueza: la salud.

688.- De los metales.- Saldrá, de oscuras y tenebrosas cavernas, algo que acarreará a toda la especie humana grandes afanes y peligros y aun la muerte. A sus secuaces, tras muchas fatigas, les procurará contento; pero el que no sea su partidario, morirá abatido por la calamidad.

689.- Causará infinitas traiciones; se im-pondrá a los hombres, persuadiéndoles de que les conviene cometer asesinatos, latroci-nios y perfidias; esto hará finalmente sospe-chosos a sus partidarios; esclavizará a las ciudades libres; privará a muchos de la vida; afligirá a los hombres con sus arterías, enga-

ños y traiciones.

690.- ¡Oh, animal monstruoso!, cuánto mejor sería para nosotros que volvieras al infierno; por tu culpa las grandes selvas perderán sus árboles e infinitos animales su existencia.

Chistes (Facezie)

691.- De un fraile y un mercader.- Los hermanos mínimos acostumbraban observar la cuaresma en sus conventos absteniéndose de comer carne; pero cuando van de viaje, como viven de limosnas, les está permitido alimentarse de todo lo que les ofrecen. En-trando pues, en una posada dos de esos religiosos, en compañía de cierto mercachifle, se sentaron los tres a la misma mesa. Sirviéron-les, como único manjar, un pollo hervido, que otra cosa no había disponible en la mísera posada. Viendo el mercader que este único plato apenas bastaba para él solo, se volvió a los religiosos y les dijo: «-Si mal no recuerdo, vosotros no coméis en vuestros conventos y en días como éstos, ninguna clase de carne.»

A estas palabras los religiosos, de acuerdo con su regla, hubieron de contestar sin am-bages, que tal era la verdad, con lo que el mercachifle, muy satisfecho, se comió el pollo; y los hermanos tuvieron que conformarse como pudieron.

692.- Partiéronse luego en compañía y sucedió que después de andar un trecho, llega-ron a un río de bastante anchura y

profundidad. Como los tres iban a pie -los hermanos por pobreza, y el otro por avaricia- fue necesario para comodidad de la compañía, que uno de los frailes se descalzara y cargara sobre sus hombros al mercachifle, y así lo hizo, dándole a guardar sus zuecos entre tanto.

693.- Cuando el fraile se encontró en la mitad del río, le vino a la memoria una de las reglas de su orden, y este nuevo San Cristó-

bal, alzando la cabeza, preguntó al hombre que cargaba: «-Dime, antes de seguir adelante, ¿llevas contigo algún dinero?» «-Sin duda -contestó el otro-; ¿puedes pensar, acaso, que un mercader como yo emprenda viaje en otras condiciones?» «¡Cuánto lo siento! -

exclamó el fraile-; nuestra regla nos prohíbe llevar dinero encima». Y sin más, lo arrojó al agua. Comprendió entonces el mercader que ésta era la alegre venganza de su mal proceder, y sonriendo pacíficamente, con rubor y vergüenza la soportó.

694.- Agudeza de un artesano a su señor.-

Solía un artesano visitar a su señor, aunque sin el propósito de pedírle merced alguna.

Preguntole al fin el señor, cuál era el objeto de sus visitas, contestándole el artesano que sólo quería darse un placer que no estaba al alcance del otro, por cuanto satisfacía de ese modo un deseo muy común en la gente de su clase: el de ver a un hombre más poderoso que él, mientras que el señor no pudiendo ver sino a hombres que le eran inferiores, se veía privado de tal placer.

695.- Respuesta a un pitagórico.- Queriendo uno probar, con la autoridad de Pitá-

goras, cómo ya en otras épocas habla estado en el mundo, y viendo que su interlocutor no le dejaba concluir su razonamiento, le dijo: -Y

para demostrarte que, en efecto, no te enga-

ño, yo recuerdo que tú eras entonces moline-ro. El otro, sintiéndose ofendido por tales palabras, le replicó declarando que conocía la exactitud del hecho, confirmada por la cir-cunstancia -que ahora le venía a la memoria-, de que el amigo pitagórico era el asno que traía la harina al molino.

696.- Respuesta de un pintor.- Pregunta-ban a un pintor por qué, mientras sus figuras

-cosas muertas, al fin- eran tan bellas, sus hijos eran, al contrario, tan feos. -Es -

contestó el pintor- porque mis pinturas las hago de día y mis hijos de noche.

697.- Palabras de un moribundo.- Un enfermo estando ya a punto de morir, oyó golpear a la puerta de su dormitorio, y preguntó a uno de sus criados quién era el que así llamaba; y como el criado le contestara que era una mujer de nombre Buena, el enfermo alzó los brazos, dio las gracias a Dios en alta voz y ordenó a sus criados que la hiciesen entrar sin demora, a fin de que pudiera ver, antes de morir, una mujer buena, pues en toda su vida no había encontrado una sola que fuera digna de tal nombre.

Cartas

698.- A Ludovico el Moro.- Después, Señor mío ilustrísimo, de haber visto y examinado ya suficientemente las pruebas de cuantos se reputan maestros en la construcción de aparatos

bélicos, y de haber comprobado que la invención y manejo de tales aparatos no traen ninguna innovación al uso común, me esforzaré, sin detrimento de nadie, en hacerme oír de Vuestra Excelencia para reve-larle mis secretos; ofreciéndole para la oportunidad que más le plazca, poner en obra las cosas que, en breves palabras, anoto enseguida (y otras muchas que sugieran las cir-cunstancias de cada caso): 699.- 1. He concebido ciertos tipos de puentes, muy ligeros y sólidos y muy fáciles de transportar, ya sea para perseguir al enemigo o, si ocurre, escapar de él; así como también otros, seguros y capaces de resistir, el fuego de la batalla, y que puedan ser có-

modamente montados y desmontados. Y pro-cedimientos para incendiar y destruir los del contrario.

700.- 2. Sé cómo extraer el agua de los fosos, en el sitio de una plaza, y construir puentes, catapultas, escalas de asalto e infinitos instrumentos aptos para tales expedi-ciones.

701.- 3. Si la altura de los terraplenes y las condiciones naturales del lugar hicieran imposibles en el asedio de una plaza el em-pleo de bombardas, yo sé cómo puede arruinarse la más dura roca o cualquier otra defensa que no tenga sus fundaciones sobre la piedra.

702.- 4. Conozco, además, una clase de bombardas de cómodo y fácil transporte y que pueden lanzar una tempestad de menudas piedras, es tanto que el humo que producen infunde espanto y causa gran daño al enemigo.

703.- 5. En los combates navales, dispongo de aparatos muy propios para la ofensiva y la defensiva, y de navíos capaces de resistir el fuego de las más grandes bombardas, pól-vora y vapores.

704.- 6. También he ideado modos de llevar a un (¿punto?), preindicado, a través de excavaciones y por caminos desviados y secretos, sin ningún estrépito y aun teniendo que pasar por debajo de fosos o de algún río.

705.- 7. Ítem, construiré carros cubiertos y seguros contra todo ataque, los cuales, pe-netrando en las filas enemigas, cargados de piezas de artillería, desafiarán cualquier resistencia. Y en pos de estos carros podrá avanzar la infantería ilesa y sin ningún impedimento.

706.- 8. En caso de necesidad, haré bombardas, morteros y otras máquinas de fuego, bellísimas y útiles formas, fuera del uso co-mún. 707. 9. Donde fallase la aplicación de las bombardas, las reemplazaré con catapultas, balistas, trabucos y otros instrumentos de admirable eficacia, nunca usados hasta ahora. En resumen, según la variedad de los casos, sabré inventar infinitos medios de ataque o defensa.

708.- 10. En tiempo de paz, creo poder muy bien parangonarme con cualquier otro en materia de arquitectura, en proyectos de edificios, públicos o privados, y en la conduc-ción de aguas de un lugar a otro. Ítem, ejecutaré esculturas en mármol, bronce y arcilla, y todo lo que pueda hacerse en pintura, sin temer la comparación con otro artista, sea quien fuere. Y, en fin, podrá emprenderse la ejecución en bronce de mi modelo de caballo que, así realizado, será gloria inmortal y honor eterno de la feliz memoria de vuestro Señor padre y de la casa de Sforza.

709.- Y si alguna de las cosas antedichas parecieran imposibles e infactibles, me ofrez-co de buena gana a experimentarlas en vuestro parque, o en el lugar que más agrade a Vuestra Excelencia, a quien humildemente me recomiendo. Leonardo Da Vinci. Florentino.

710.- A Hipólito, Cardenal de Este, en Fe-rrara.- Muy ilustre y reverendo Señor: Hace pocos días que he llegado a Milán, y me encuentro con que un hermano mío se niega a ejecutar el testamento hecho por mi padre, tres años ha, poco antes de su muerte; y, aunque todo el derecho está de mi parte, no he querido faltar a mí mismo en cosa que considero importante, omitiendo pedir a Vuestra Reverenda Señoría una carta de re-comendación y protección para el señor Rafael Girolami, que es uno de los altos y poderosos señores, ante quienes se ventila este asunto, y que está, además, especialmente encargado por Su Excelencia el Gonfalonero de ocuparse de dicha causa, la cual será de-cidida y terminada para la próxima fiesta de todos los Santos. Por eso es por lo que, Mon-señor, ruego con todas mis fuerzas a Vuestra reverenda Señoría, quiera escribir una carta al mencionado señor Rafael con los giros hábiles y afectuosos que sabrá encontrar Vuestra Señoría, para recomendarle a Leonardo Vincio, apasionado servidor de Vuestra Señoría, como soy y pretendo ser siempre, a fin de que no sólo me haga justicia, sino que pronuncie una decisión en mi favor. Y no du-do que, de acuerdo con los numerosos informes que tengo, el señor Rafael -muy afecto a Vuestra Señoría- enderezará las cosas según mis votos, lo que yo atribuiré a la carta de Vuestra reverenda Señoría, a quien presento mi respeto. Et bene valeas. Florencia, 18 de septiembre de 1507. Leonardo Vincius, pintor.

711.- A Julián De'Medici.- Me he alegrado tanto, Ilustrísimo Señor mío, del restablecimiento tan deseado de vuestra salud, que me he sentido libre casi de mi propio mal. Siento de veras no haber podido satisfacer el pedido de Vuestra Excelencia, referente a aquel mentiroso alemán, por culpa de su maldad; a pesar de no haber omitido cosa alguna que, a mi juicio, le hubiera sido agradable. Lo invité a vivir en mi casa con el fin de observar continuamente su trabajo y de poder corregir sus errores. Quería además que aprendiera la

lengua italiana y pudiera hacerse entender sin intérprete. Se le pagó siempre su salario por anticipado. Pretendió después tener los modelos en madera de los trabajos en hierro, y llevárselos a su país. A ello me negué, di-ciéndole que le daría en dibujo el ancho, largo y espesor, así como la forma de lo que tendría que hacer: esto fue causa de que al fin quedáramos en malos términos.

712.- El segundo incidente consistió en que, habiéndose establecido con tienda aparte, provisto de banco e instrumentos, dormía en ella y trabajaba para otros; iba después a comer con los suizos de la guardia, gente holgazana, y que por eso se entendían bien con él. Y frecuentemente salían de a dos o tres, armados de escopetas, a cazar pájaros en los viejos monumentos, y no volvían hasta la noche.

713.- Y cuando yo mandaba a Lorenzo pa-ra rogarle que trabajara, contestaba, enoja-do, que no quería obedecer a tantos patronos y que sólo tenía que ocuparse de los armarios de Vuestra Excelencia. Pasaron así dos meses, sin variación, hasta que, habiéndome encontrado con Gian Niccolo, de la guarda-rropa, le pregunté si el alemán había terminado los encargos del Magnífico; a lo que me contestó que sólo se le había dado a limpiar dos escopetas. Después, y tras otros pedidos de mi parte, abandonó su tienda y empezó a trabajar en su habitación, perdiendo bastante tiempo en fabricarse un nuevo torno, limas e instrumentos de tomillo, así como devanade-ras para seda, las cuales escondía al llegar alguno de mi gente, pronunciando recrimina-ciones y juramentos: de modo que ninguno de mis criados se atrevía a entrar.

714.- Al fin he descubierto que este maestro Juan de los Espejos había hecho todo esto por dos razones: primero, porque pensó que mi venida aquí lo ha privado de la

relación y el favor de Vuestra Señoría; y segundo, porque dice que su nueva habitación le conviene para trabajar los espejos con mis criados, que ha convertido en enemigos míos y a quienes ha inducido a dejarle su taller donde fabrica, con otros obreros, muchos espejos que manda vender en las ferias.

715.- Fragmento de una carta a su padre.

«Queridísimo padre: A fines del pasado mes recibí la carta que me escribisteis, la cual, casi al mismo tiempo me causó alegría y tristeza: alegría, porque me enteró de que estás sano, y por ello doy gracias a Dios; y tristeza, porque me trae la noticia del mal estado de tus negocios...»

716.- Fragmento de una carta a uno de sus hermanos. «Mi queridísimo hermano: Sólo para decirte que hace muy pocos días me llegó una carta tuya, por la que veo que has recibido una herencia, lo que te ha causado extraordinaria alegría. Y esto me demuestra cuán equivocado estaba al juzgarte hombre prudente, pues te regocijas de haberte procurado un encarnizado enemigo que pondrá todo su empeño en privarte de la libertad, y que sólo con tu muerte...»

717.- Fragmento de una carta a su madrastra (Lucrezia Cortigiani, cuarta mujer de Ser Piero da Vinci), y a sus hermanas (Vio-lante y Margarita). «En el nombre de Dios, el día 5 de julio de 1507. Mi querida y amada madre, hermanas y cuñado: »Quiero haceros saber que, gracias a (¿Dios?), me encuentro sano. Espero que os pase lo mismo. Os recuerdo que dejé una espada en vuestra casa, y os diré lo que habéis de hacer con ella: lle-vadla a la Piazza delli Strozzi, en lo de Maso delle Viole, que me la guardará. (Esto me interesa mucho.) También os recomiendo mis vestidos. Os pido que, en mi nombre, tratéis con bondad a Deianira (¿joven sobrina

de Leonardo?), para que no piense que la he olvidado. Saludad por mí a Petro, mi cuñado, avisándole que permaneceré aquí hasta fines de septiembre; ...que me trasladaré luego rápidamente ahí y me ocuparé de su asunto en forma que le satisfaga.»

718.- Dos cartas de Benedetto de'Pertarti: parodiando los viajes fantásticos de Benedetto Dei, contemporáneo de Leonardo. Carta I.-

La negra cara, desde que se la ve por primera vez, es horrible y espantosa; especialmente los enrojecidos y hundidos ojos, que desde su puesto, debajo de las oscuras y ceñudas cejas, serían capaces de nublar el cielo y hacer estremecerse la tierra.

719.- Y puedes creerme si te digo que el hombre más intrépido desearía tener alas para huir de su mirada ardiente; y que el infernal Lucifer parecería un ángel, en comparación. Su fruncida nariz, de cuyas amplias ventanas salían abundantes y gruesas cerdas, hacía juego con la torcida boca de espesos labios, amarillos dientes y bigotes de gato. Su estatura supera la de un hombre a caballo en todo el largo de su busto.

720.- Lleno de impaciencia, transformada su ira en verdadera furia, empezó a penetrar por entre la multitud, agitando con rabia las robustas piernas y lanzando a puntapiés por los aires a los hombres, que caían unos sobre otros como espeso granizo; y muchos mataban así, al mismo tiempo que morían. Y este cruel espectáculo duró hasta que el polvo levantado por sus enormes pies, obligó al infernal monstruo a volver atrás, mientras que nosotros continuamos huyendo.

721.- ¡Oh!, ¡cuántos ataques fueron vanamente intentados contra esta endiablada bestia, que se reía de nuestros asaltos! ¡Oh!,

¡mísera gente, de nada os valen las fortalezas inexpugnables, ni las altas murallas de las ciudades, ni el reunirnos en multitudes; de nada las casas o palacios! Sólo os queda el recurso de esconderos en agujeros o cuevas subterráneas, como los cangrejos o los gri-llos, o de buscar la salvación en la huida.

722.- ¡Cuántas infelices madres y padres perdieron a sus hijos! ¡Cuántas míseras mujeres, a sus compañeros! A la verdad, mi querido Benedetto, a la verdad, yo no creo que desde que existe el mundo el terror haya provocado tantos lamentos y llantos en el pueblo.

723.- Ciertamente, la especie humana tiene que envidiar, en este caso, a todas las otras clases de animales: porque, si el águila vence en poder a todos los otros pájaros, en velocidad de vuelo no los vence; las golondrinas, con su presteza, escapan a la rapacidad del mirlo; los delfines, a fuerza de veloces, logran burlar la voracidad de las ballenas y de los grandes cachalotes; pero de qué nos servirá, ¡pobres de nosotros!, correr cuanto po-damos, si este fantástico gigante, con lento paso, gana al más rápido corcel. No sé qué decir ni qué hacer. Me imagino ya ir nadando por la descomunal garganta, y llegar de cabeza a encontrar desesperada muerte y confusa sepultura en el vasto vientre del monstruo.

724.- Carta II.- Habiendo resbalado y caí-

do el fiero gigante, por lo fangoso y ensan-grentado de la tierra, se hubiera dicho que una montaña se derrumba, sacudiendo la campaña como un terremoto, capaz de causar

pavor al mismo Platón, dios de los infiernos. Y, a causa del gran golpe, quedó medio aturdido sobre el suelo, de modo que la turba de gente volviendo adonde él estaba, pensó que había sido muerto, atravesado quizá por una saeta; y empezó entonces a correr sobre su cuerpo, como hormigas enloquecidas que se agitan sobre el tronco derribado de un roble. Y laceraban sus miembros con infinitas heridas.

725.- Vuelto en sí el gigante, viéndose cubierto por aquella multitud de hombres y sintiéndose aguijoneado por tantas picaduras, lanzó un mugido semejante a un espantoso trueno. Apoyó luego sus manos en el suelo, levantó el rostro espantable y, al tantearse la cabeza, se la encontró llena de hombres, prendidos de sus cabellos, a manera de pequeños parásitos. Sacudiola con violencia, e hizo volar por el aire a todos aquellos hombres, como granizo arrancado por el huracán, con lo que muchos de ellos perecieron...

Miscelánea

726.- Evolución histórica de la pintura.- Si el pintor elige para modelos pinturas ajenas, las suyas serán de poca excelencia; pero si aprende directamente de la naturaleza, conseguirá buen fruto. Así vemos que los pintores posteriores a la época de los romanos, imitándose siempre unos a otros, llevaron su arte a la decadencia. Después de éstos vino Giotti, florentino, el cual, nacido en montes solitarios sólo habitados por cabras y bestias semejantes, inspirado por la naturaleza, empezó a dibujar en las piedras las formas y movimientos de las cabras de su rebaño.

Comenzó luego a representar todos los animales que encontraba en el campo; y de ese modo, tras de mucho estudio, logró superar no sólo a los maestros de su tiempo, sino también a los de muchos siglos anteriores.

Después de él, volvió a declinar el arte, porque todos imitaban las pinturas hechas; y siguió así declinando hasta que Tomás Florentino, apodado Masaccio, mostró con su obra perfecta, cómo quienes tomaban por modelo algo que no fuera la naturaleza, maestra de los maestros, trabajaban en va-no.

727.- Nuestra mente abandonada a sí misma nos engaña.- No hay cosa que nos engañe más que nuestro juicio.

728.- La divisibilidad al infinito es una abs-tracción mental.- Lo que es actualmente divisible, lo es también en potencia; pero no todas las cantidades que son divisibles en potencia, lo son también en acto.

729.- Ley del mínimo esfuerzo.- Toda ac-ción natural se realiza por el camino más corto.

730.- Inercia de la materia.- Ninguna cosa inanimada se mueve espontáneamente. Su movimiento le viene de una causa exterior.

731.- A un amigo maldiciente.- Cierto sujeto dejó de tratar con un amigo suyo porque lo oía con frecuencia hablar mal de sus propios amigos. Dolido éste de ver al otro olvi-darse de la gran amistad que los uniera, y habiéndole preguntado cuál era la causa de su nueva actitud, respondió aquél: He resuel-to romper mis relaciones contigo, porque no quiero que, cuando hables mal de mí, que tanto te estimo, dejes una triste impresión en los que te escuchen. Mientras que, no viéndonos ya juntos, supondrán que nos hemos vuelto enemigos, y así cuando murmures de mí, según tu costumbre, no te reprobarán como lo harían si continuaran creyéndonos amigos.

732.- Del pintor que sólo usa del sentido práctico.- El pintor que retrata por práctica y a ojo, sin razonar lo que hace, es

como un espejo que reproduce las cosas que se le ponen delante, sin comprenderlas.

733.- Placer que nace de la contemplación de la naturaleza.- Los ambiciosos que no se contentan con el beneficio de la vida y de la belleza del mundo, sufren, como penitencia, desperdiciar la misma vida y no lograr la po-sesión de la utilidad y belleza del mundo.

734.- En todo viaje hay oportunidad de aprender algo.- La naturaleza es tan benigna que ordena las cosas de manera que, en cualquier parte del mundo, encontrarás algo que imitar.

735.- Leyes de la naturaleza.- La naturaleza no quebranta jamás sus leyes.

736.- Definición de la fuerza.- ¿Qué es la fuerza? Llamo fuerza a una virtud espiritual, a uno potencia invisible que, por una violencia incidental y externa, es causada por el movimiento y reside latente en los cuerpos, los cuales son entonces sacados de su estado natural de reposo y reciben de dicha fuerza una vida activa de maravilloso poder.